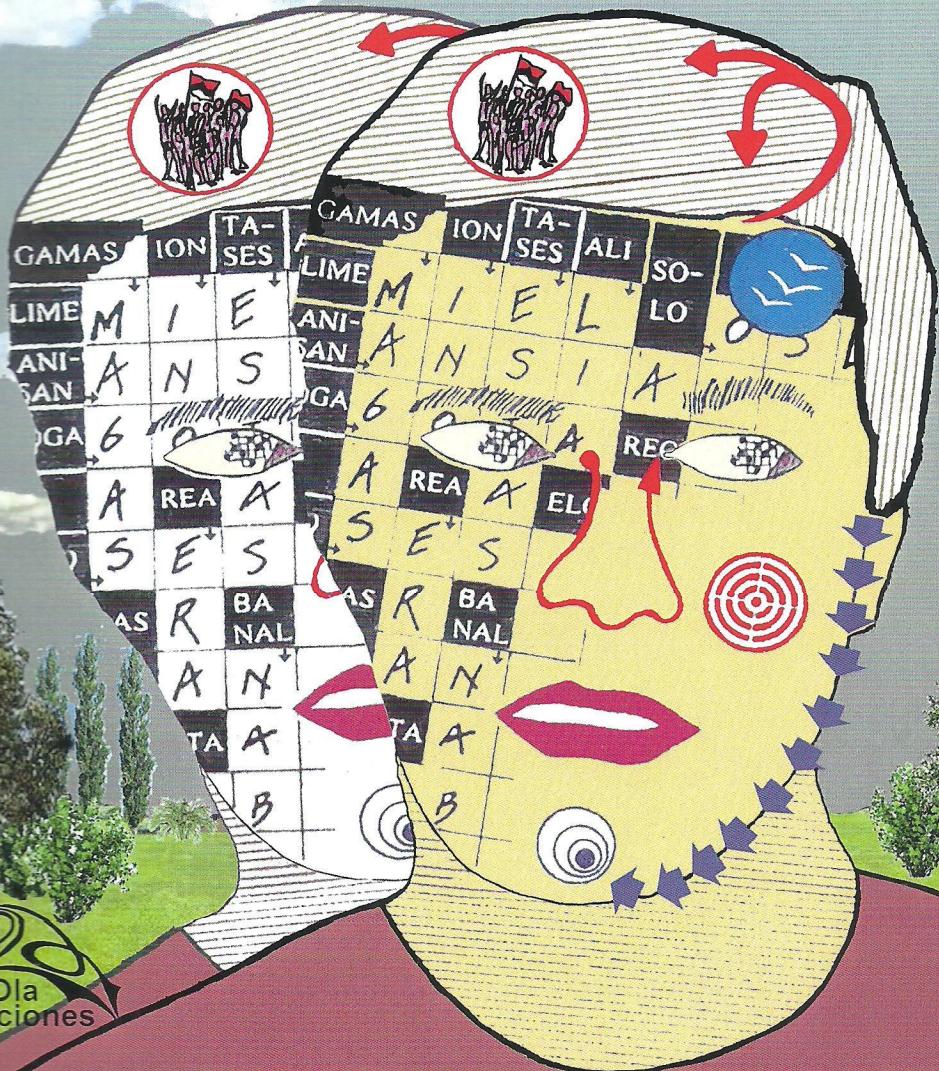
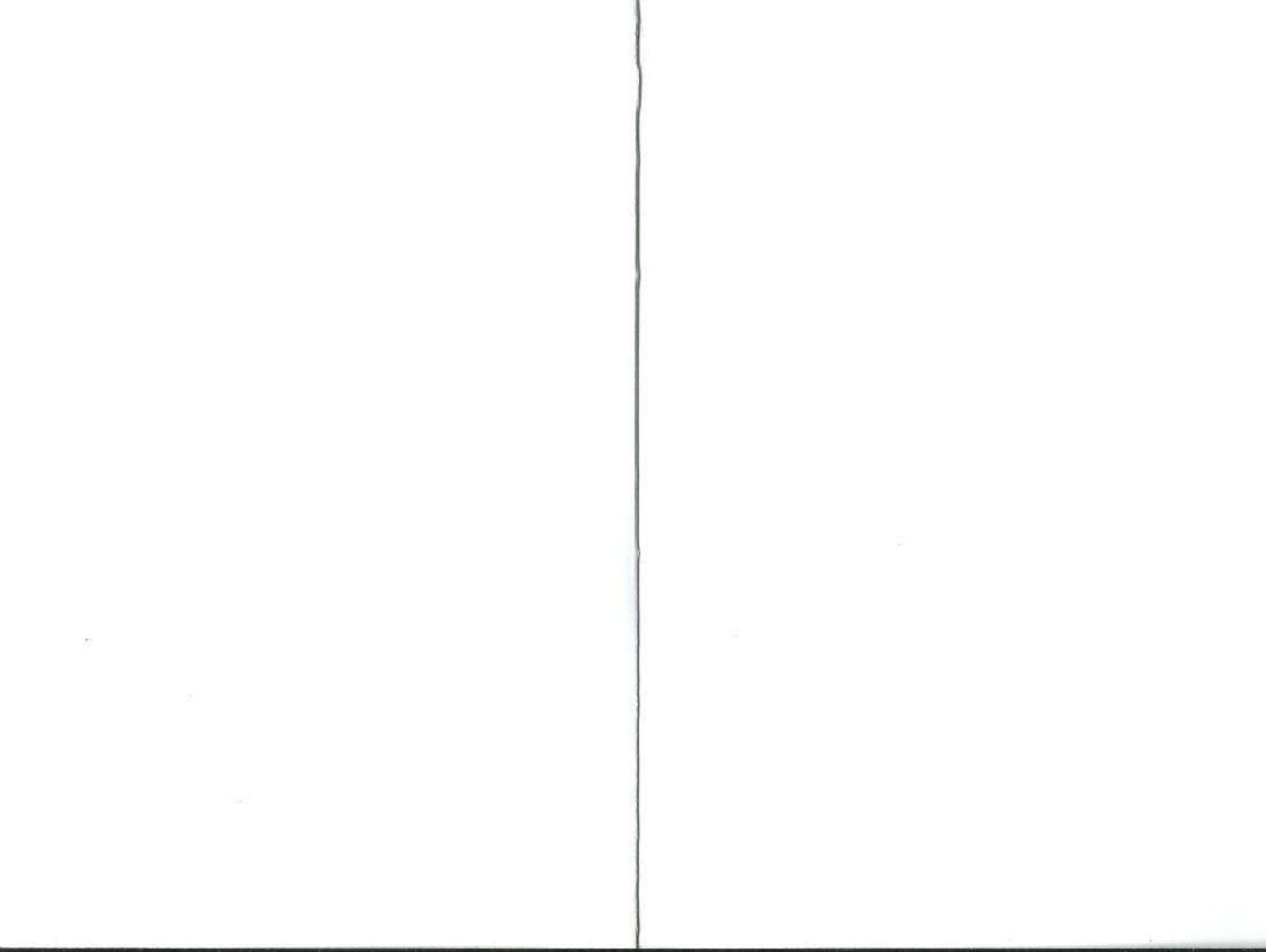


anagrama



Ola
Ediciones

castelao



anagrama

Fernando
roberto
castelao

Castelao, Fernando Roberto
Anagrama / Fernando Roberto Castelao. - 1a ed. -
Lomas de Zamora : Ola, 2019.
138 p. ; 21 x 15 cm.

ISBN 978-987-29287-4-2

1. Narrativa Argentina. I. Título.
CDD A863

©2019 Fernando Roberto Castelao
©2019 Ediciones Ola
Lomas de Zamora- Buenos Aires – Argentina
olacastelao@gmail.com
ISBN 978-987-29287-4-2
Queda hecho el depósito que marca la ley 11.723.
Impreso en Argentina en el mes de septiembre del 2019

Uno:

el vuelo de La mosca

La mujer repartía unas revistas pequeñas por entre las mesas y repetía al caminar: —“*El señor todo lo perdona, tan sólo debemos arrepentirnos de nuestros pecados*”.

¿Cuál será la gran ventaja de arrepentirse de algo? A simple vista daría la sensación de que la persona arrepentida queda al margen del hecho. Como si reconocer el error o la culpa nos redimiese de la acción. Pero yo sabía perfectamente que con eso no alcanzaba. Tal vez el arrepentimiento no exista.

Yo le había propuesto que nos encontráramos porque supuse que valía la pena. Más allá que este tipo de situaciones implica desempolvar cosas viejas y yo en general no soy partidario de eso.

Él siempre había sido un tipo interesante, repleto de vivencias, con el que era un placer hablar y creí que con eso bastaba.

Honestamente a mí el lugar me daba lo mismo, así que cuando lo llamé lo dejé elegir a él y eligió un bar en la Recoleta. El lugar se veía clásico pero eso no significaba nada.

Ahora frente a frente, no podía seguirlo. Aunque más que seguirlo, lo que no podía era soportarlo.

¿Cómo una persona puede cambiar tanto en tan poco tiempo? Aunque tal vez, él no era el que había cambiado tanto.

A ella tampoco podía seguirla. Hacía más de media hora que trataba de encontrar alguna lógica, pero me era imposible.

Me pareció que había entrado cuando entré yo, pero no podía asegurarlo con certeza.

Se movía inquieta, subía hasta los baños, bajaba coqueteando con su cuerpo por las escaleras y se ubicaba en algún rincón, como tratando de no ser vista. Después, de golpe, volvía a moverse como sostenida en el aire, como si orbitara a mi alrededor.

Aunque no sé si ella me había visto, es más juraría que no, porque estaba demasiado compenetrada en su recorrido.

No respetaba las rectas y movía su cuerpo sobre líneas imaginarias, todas irregulares y amorfas.

Yo jugaba al descarte y cuando la perdía, volvía a mirarlo a él.

González notaba claramente que no le estaba prestando atención. Es más, seguramente entendía que el vuelo de esa mosca era mucho más interesante que su cátedra de culitos lindos y aventuras baratas.

Daniel González era de Villa del Parque, trabajaba de taxista y había estudiado conmigo, aunque ya casi no recuerdo que cosa.

Hacía alrededor de cinco años que no lo veía, la última vez había sido en el casamiento de Patricia Sillis, una compañera que teníamos en común. Ese día tomamos demasiado y no recuerdo si nos despedimos. Pero salvo por la cara, la apariencia física y seguramente el documento, este no era el tipo que yo conocía.

El otro era callado, un tanto reflexivo, yo diría "apocado" como el buen vino. Este en cambio estaba como metido en un molinete, exaltado y verborrágico. Lo único que hacía era panfletear su "flota" de cinco taxis que trabajaban para él y juro que eso era lo más liviano, porque en algunos pasajes su narración se tornaba incomestible. Parecía que repetía un discurso probado y efectivo, un mensaje heredado de macho en macho, de generación en generación.

Ella en cambio, parecía desorientada.

Era extraño el equilibrio entre un amigo de otra vida y una mosca de ocasión, recién llegada al bar.

A decir verdad, yo tenía más afinidad con la mosca. Porque quizás en el fondo éramos parecidos.

Muchas veces mis recorridos eran así, confusos y aparentemente improductivos, como los movimientos en el aire de este insecto. Aunque yo tenía la sospecha de que esa mosca, sabía perfectamente lo que quería.

En qué bendito instante se me había ocurrido llamar a este muchacho, si ni siquiera había sido sencillo encontrarlo. Tuve que rastrear su número, hablar con "parientes", dejar mensajes.

¿Por qué había hecho esto? ¿Qué era lo que yo esperaba?

La mosca se posó por un instante en una publicidad de Fernet y quizás fueron los colores del cartel, pero en ese momento recordé la remera de un tipo que había pasado caminando por enfrente del estacionamiento, donde había dejado el auto la semana anterior. Lo recordaba porque el tipo se tropezó y antes de que me acercara a ayudarlo se puso de pie y me miró como si supiera que yo lo estaba observando. Sonrió y siguió. Entonces pude ver en su remera el afiche del grupo de teatro "De la Guarda", que tenía un muñequito volando sobre un fondo negro con letras amarillas. En ese momento no le di importancia, pero al otro día así como salido de la nada, decidí llamarlo a Daniel, él había hecho un trabajo de diseño con ese grupo.

La mosca siguió volando y yo volví a escucharlo atentamente, pero nada de lo que decía tenía que ver con el tipo que yo conocía.

¿Dónde estaba el otro? ¿Dónde habían quedado sus ideales y ese aire fresco de libertad y utopía que él siempre respiraba?

Yo me había equivocado al imaginar algo que ya no existía. ¿O era que quizás nunca existió?

Ahora entendía, fue el tipo de la remera el que me hizo recordar a González por eso lo llamé.

Volví a mirarlo y noté que me estaba poniendo nervioso. Por un instante me olvidé de la mosca y del tipo.

Algo empezó a darme vueltas en la cabeza, una idea vaga, un pensamiento, una visión. Estaba confundido y no podía distinguir si lo estaba describiendo a él o a mí mismo.

Tal vez era yo el que había cambiado y me había puesto insopportablemente insociable.

Por suerte una especie de instinto de supervivencia me asignó nuevamente el rol de "bueno" en esta escena y pude volver a la mosca, pude volver a juzgar sin culpa.

Lo que más recordaba y admiraba de González era su filosofía de vida, esa manera que tenía de encarar todo y hacer simple lo difícil. Era totalmente opuesto a mí. Era como un perro de la calle, simpático, sucio y astuto, pero este tipo no era él, no. Yo estaba sentado frente a una réplica de mi compañero que llenaba el aire con palabras que no decían nada. Como esas mascotas que exageran mostrando los dientes para impresionar o para intentar que no se le vean las pulgas. Pero lo peor era que este tipo no era una imagen. Tenía que aceptar que el que estaba enfrente mío, era González.

La mosca y la imagen que yo tenía de mi compañero, habían entrado conmigo.

El seguía hablando como si nada y como todo perrito bobo, no era inofensivo. Narraba con velocidad y orgullo, como el que pesca por primera vez, sabiendo con claridad que su puesta en escena servía para ensuciar el juego.

Se lo veía feliz por abrumarme, regocijado con mi confusión. ¿Pero, qué se oculta tras el vuelo de una mosca?

Lo peor de todo era sentir que el tipo estaba logrando su finalidad, haciéndome sentir sencillamente un infeliz.

Podía tirar un poco de azúcar en la mesa y a la mosca la tenía. ¿Pero cómo lo paraba a él? ¿Cómo le decía: —me equivoqué, chau y a otra cosa? Honestamente no me animaba a dejarlo patinando en el aire. Era un idiota pero no podía hacerlo.

El mozo interrumpió la conversación con dos pocillos de café.

Yo aproveché para levantar la vista, pero ahora sin disimular.

Recorrió el bar discretamente y pude ver que cuatro mesas atrás de la nuestra, un hombre me miraba fijo.

Seguí el recorrido respetando la inercia y después volví la mirada hacia ese lugar. Fue extraño. El tipo ya no estaba y digo extraño porque esa cara me resultaba familiar, al menos conocida.

Le resté importancia al hecho y volví a fingir atención. Treinta palabras después González me quiso hacer ver que mi actuación tenía algunos baches.

—¿Me estás escuchando? —preguntó.

—Sí, te escucho.—dije y pensé —respuesta equivocada.

—Te pregunto porque hace quince minutos que venís siguiendo a esa mosca. —agregó mientras sonreía.

—No... Te estaba escuchando. —le dije y pensé, que ya hacía media hora que la estaba siguiendo. A veces me sentía mal por ser tan complaciente.

La mosca dejó de respetar los espacios y se acercó. No sé por qué, pero ya me resultaba familiar. En un momento, por el color de sus alas supuse que podía ser aquella que había adiestrado en Mar del Plata, en una casa de gitanos que habíamos alquilado una vez. Quizá había sobrevivido estos tiempos de locura y estaba acá, agradeciéndome la paciencia de aquel verano.

El insecto en un acto de coraje "cabralesco", pareció entender la escena y se posó en la mesa.

Yo con un guiño le agradecí la acción y con una actitud traicionera aplaudí en el aire y la maté sin discreción y sin códigos.

González sonrió complacido y yo me insulté por dentro, por no entender nada de nada. Entonces él propuso tomar otro café, sin haber terminado el anterior y yo me adelanté una jugada.

—Bueno, pedilo que yo voy hasta el baño. —le dije convencido.

Supuse que una caminata me podía aportar alguna solución pero no fue así. El paseo por el baño no me aportó nada de nada.

El tiempo transcurría y yo sabía que tenía que volver a la mesa a decirle algo. Que me tenía que ir, que se me había hecho tarde o cualquier cosa medianamente coherente como mínimo, pero no pude o no quise o qué sé yo.

Lo cierto es que cuando salí, dispuesto a escaparme por un costado, González ya no estaba.

Se había ido dejando un papel que decía: —“Estoy apurado, me tengo que ir. Nos hablamos”

Los cafés los pagué yo y la mosquita, pobre, parecía feliz.

Podríamos decir que la causa de su muerte había sido bastante noble. Casi me la llevó para hacerle un cuadrito con una lápida, una cosa diminuta, nueve por trece, no más. Un souvenir.

Pero no sé por qué razón sentía que el souvenir era yo. No era una cuestión de maltrato, era mi sensación.

A veces la memoria es engañosa y uno recuerda cosas que iban a suceder pero no sucedieron.

Yo tenía la imagen de una fiesta a la que no fui, por estar ocupado preparándome para ir a esa fiesta.

¿Cómo carajo había llegado hasta acá?

Y no lo digo por el recorrido específicamente. Se sabe que la gente está feliz, si uno es lo que debe ser, si uno juega el juego. El tema era, ¿cómo había hecho para soportarme tanto tiempo?

Aunque tampoco era ingenuo.

Algo tenía ese fuego, para que yo lo sintiese tan encantador.

Causa y efecto. Ángeles y demonios. Todo en la vida debe tener su razón de ser, intacta y lapidaria.

Aunque cuanto más reflexionaba, menos lo entendía. Quizá esa sea la finalidad del pensamiento. Pero no podía evitar tentarme conmigo mismo, pensaba tan lindo. Eran tan lúcidas y creativas mis reflexiones, que hasta me olvidaba que no eran reales.

En los pensamientos cualquier culo se ve hermoso.

De todas formas tuve un respiro, fue de Recoleta a Lomas. Manejé casi sin pensar, apenas alguna que otra cosita mecánica.

Empezó a llover y había refrescado. Me miré en el espejo del aire y caí de nuevo.

Era una tarde ideal para lustrar zapatos, leer revistas viejas, resolver crucigramas o jugar al Teg. Pero a mí se me dio por reflexionar. Quería solucionarlo todo de una buena vez. ¿Y quién puede dudar de tan noble intención?

Me tiré en el sillón con un café de filtro, unos cigarrillos y me dejé llevar por una película que honestamente empezó mal. Muchos reproches y recuerdos desordenados. Más bien eran obligados, excedidos de pragmatismo.

Eran recuerdos lentos, sucios y poco claros, como en una película de Kieslowski. No había manera de llegar al nudo de la historia, porque para mí no había ninguna historia. Y cuando creía que tenía una pista, lo perdía todo y quedaba en cero.

Como si me estuviese quedando sin memoria, sin referencias nítidas, sin pasado, ni recuerdos claros.

Tal vez yo había vivido siendo un tipo ajeno a mí, un tipo que ni conocía, un extranjero que vivía en mi cuerpo.

Como quien duda de su apellido, o se pierde en su propio baño.

Se me hacía difícil encontrarle un lado positivo a esta situación. Todo parecía inconcluso, como si faltara un dato clave, una cuota impaga o una materia sin rendir.

¿Cuánto tiempo podemos pasar buscando ese lugar? El punto exacto en el cual nosotros somos útiles para la vida en sociedad.

Hay momentos en los que sentimos que las cosas se nos tornan imposibles. Como cartas de auxilio de un naufrago a otro.

Pero más allá de todo eso, probablemente lo que tenía era miedo de descubrir algo que no estuviese en los planes, miedo de saber toda la verdad. Quizá me estaba volviendo loco o quizás la locura era la mejor excusa que había encontrado.

Podemos pasarnos la vida buscando ese lugar tan lejano y tan cercano a la vez. Ese sitio en el que la gente es distinta y tan sólo descansa suspendida como Leda en un cuadro de Dalí.

Ese punto en el que nuestros padres fuesen jóvenes para siempre y nosotros estuviésemos cuidados y protegidos, como cuando éramos niños.

Probablemente lo más parecido a ese lugar sean nuestros recuerdos. Donde todo funciona correctamente, donde no hay lugar para la realidad. Mucho menos para la vida.

Entre tanta sutileza frené el coche en una estación de servicios sobre Camino Negro. Saqué un café de la máquina y no pude evitar que se mezclaran el cálculo y el deseo, no quería ir a trabajar.

A lo largo de mi vida trabajé de muchas cosas, hoy era profesor y tenía responsabilidades concretas.

No era un buen ejemplo decir que uno se siente libre cuando no cumple lo que hay que cumplir. Pero casi siempre es más divertido el recreo que la hora de clase.

Yo sabía que hacer lo que sentía no me iba a dejar tranquilo, porque generalmente esa idea de libertad se vuelve tortuosa e insistente en poco tiempo, se enfriá como el café.

Estuve a punto de cambiar de decisión y finalmente no lo hice. Aquel día llegué tarde pero fui a trabajar.

Cuando volví a casa me di cuenta rápidamente de que esta vez nada era igual. Era el momento de la confesión, de la búsqueda del hombre que quedaba en mí. No me conformaba la vaga idea de suponer que tan sólo había tomado el camino incorrecto.

Toda la vida me moví detrás de alguna que otra certeza, pero las vueltas me habían demostrado que nada era ni tan sólido ni tan seguro como para cerrar los ojos y dejarse llevar.

No sabía por qué pero desconfiaba del mundo, de todo lo que me rodeaba. Tal vez sea una herejía decirlo pero desconfiaba de lo más sagrado que tiene una persona que son sus recuerdos.

Y eso no me provocaba ni alegría ni alivio, por el contrario me hacía sentir frágil, triste y solo. Vacío de misterio y de sentido.

En ese momento me sentí acorralado como un gato y empecé a moverme rápido y sin control por toda la casa.

Sabía que era una estupidez pero no dejaba de caminar.

Para recuperar la calma recurrió a una solución tan vieja como efectiva, me metí en el baño.

¿Qué podía encontrar en mi búsqueda? ¿Qué sentido tenía mirarle el culo a cada uno de los recuerdos de mi vida?

¿Qué ganaba con dar vuelta por el aire, como si fuesen sábanas, a mis añoranzas, a mis decisiones, a las tardes de otoño, a mis poemas y a mis amores?

Era como buscar a cada uno de los protagonistas sentarlos frente a mí y cuestionarlos. Como preguntarle a una vieja novia: ¿Por qué te dejé?

Como si yo no hubiese estado en mi vida, en el preciso instante en que ésta se vivía.

No parecía un pensamiento racional, pero lo dramático era que una gran parte de mi ser estaba dispuesta a aceptar el desafío.

Dos:

La hija

Tocaron el timbre. Yo demoré en salir y no fue porque no estaba vestido, tardé porque me sentía desacomodado.

Una chica bonita de unos veinte años esperaba del otro lado de la puerta. Seguramente intentaba venderme algo. Decidí abrir pero masticando una respuesta justa y adecuada para la ocasión.

Ella me desconcertó sonriendo como si nos conocieramos. Yo sonréi porque es lo que corresponde cuando alguien te sonríe.

—¿Cómo estás? —dijo con soltura.

—Bien —respondí.

—Te olvidaste el reloj en mi casa —dijo y me lo dio.

Mis ojos no pudieron evitar su elocuencia. Era una sorpresa para mí suponer qué había estado haciendo en la casa de esta mujer, que además no sabía ni quién era.

Salvo por un detalle, todo esto que estaba pasando era irreal. El detalle, obviamente, era mi reloj.

¿Qué podía decirle? "Gracias". Otra cosa no se me ocurrió. No sé por qué pero entendí que no podía dejar que se vaya así.

Empezó a caminar hacia el remís que la había traído y yo rápidamente forcé una ocurrencia.

—¿Dónde lo había dejado? —pregunté.

—En el baño, colgado del picaporte del lado de adentro.

—¿Vos lo encontraste? —repregunté estirando el diálogo.

—Sí, ¿por qué me preguntas eso? —deslizó.

—Se nota que sos muy observadora. —improvisé.

—No, no es eso. Es que yo también lo cuelgo en ese lugar y cuando lo fui a poner estaba tu reloj. De entrada no sabíamos de quién era, pero papá supuso que era tuyo. Él me dio tu dirección. Mi viejo te aprecia más allá de los desacuerdos que tienen. —dijo en un tono intimista.

Bueno, ahora sabía que la chica no estaba sola en la casa y que yo debía tener alguna diferencia con su padre. Además, por su manera de hablar y por su edad, intuía que no era una cuestión pasional. Pero eso solo no me alcanzaba. Me jugué todo en una consulta que supuse importante.

—¿Cómo era tu nombre?

—Me llamo Julietta, con doble te. —dijo mientras subía al auto.

Realmente mi pregunta no había aportado nada. Me acerqué a la ventanilla del remís y traté de conseguir algo más.

—Julietta yo a vos te veo una cara muy familiar, como si te conociera de otro lugar.

Ella sonrió sin darle importancia a mi comentario y yo quedé ahí, mientras el auto se alejaba.

Uno debería decir lo que tiene que decir y no lo que corresponde. Puteando subí a mi auto y después de un desencuentro cortito logré ubicar al remís. Paró a las pocas cuadras, en la esquina de San Carlos y Avellaneda. Ella bajó y entró a una casa.

Doblé como pude una cuadra antes intentando no ser visto. ¿A qué había ido yo a ese lugar?

Esa era la casa de Jorge Ragaci, un tipo que era ingeniero y había sido jefe mío, en la Compañía Química. ¿Cómo había dejado mi reloj en ese lugar?

No entendía bien qué era lo que estaba sucediendo y no era la primera vez en la vida que me pasaba una cosa así. No tenía ningún sentido ese olvido.

Yo no tenía ninguna relación con él, apenas si lo conocía de mi paso por la empresa. De aquella época me habían quedado algunos recuerdos y muy pocas deudas.

Cuando trabajaba ahí no me daba cuenta de nada. Tenía un Citröen, algunos cuentos y una novia, ese era todo mi capital.

Vivía a quince cuadras, pero casi siempre llegaba tarde. Lo bueno del 2CV era que podía echarle la culpa. Era todo tan simple.

Mi trabajo de técnico se desarrollaba en un clima cordial y campestre. La fábrica estaba al lado de la reserva de Santa Catalina y yo la recorría en bicicleta, supervisando los tonos de verde de ese bosque, el canto de algún pájaro y de vez en cuando alguna que otra botella de detergente "Vencedor" limón.

Después algo cambió en el mundo, en mi mundo. Algo que me hizo tomar una decisión "vocacional".

Una vez había soñado volver a encontrarme con Ragaci. En el sueño necesitaba hablar con él, porque sentía que no me alcanzaba con mi explicación. Era como que más allá de todos mis motivos personales yo necesitaba conocer la otra historia.

El sueño no tenía un final claro, porque yo me despertaba cuando estaba entrando en su casa.

Ahora sabía que algo no concordaba, al menos eso. Porque no podía negar todo, pero tampoco recordarlo. Las imágenes se escalonaban en mi pantalla, confusas, borrosas y desconcertantes.

Tuve la sensación de que mis sueños y mis recuerdos se estaban asociando en una orgía poco lícita.

Era como si uno pudiese recordar solamente lo que imagina y no la realidad, como si armáramos un gran resumen de las buenas jugadas del partido.

Tal vez no sea importante saber en qué momento pasaron las cosas. Es más, quizás no tiene relevancia si realmente pasaron o no. Como si en la vida pudiésemos juzgar todo por la intención y no por el hecho en sí mismo.

Mi casa se fue llenando de ruiditos de vida. Mi familia había llegado del colegio.

Saludé y me fui al altillo a seguir con el razonamiento, pero no pude ni llegar a prender la luz.

Desde el pasillo me avisaron que alguien me buscaba. Bajé rápido y pude ver que era la hija de Ragaci.

Ella no sonreía como la primera vez. No me dejó ni saludar.

—Mirá, volví porque me quedé bastante molesta con lo que dijiste. —disparó en el acto.

—¿Qué fue lo que te dije? —deslicé sorprendido.

—Que no sabías de dónde me conocías.

—No, esperá, no me malinterpretes. —intenté aclarar.

—¡No, escúchame a mí! —dijo levantando la voz en la puerta de casa. Yo gesticulé para intentar calmarla, pero fue peor—. Vos a mí me conociste ayer cuando viniste a mi casa y lo único que hiciste conmigo fue jugar al Estanciero.

—Está bien, quedate tranquila.

—Si me viste por casualidad en otro lugar, no era yo. Olvidate. Lo que hago con mi vida es mi problema. —deslizó con un tono amenazante y se fue sin esperar mi respuesta.

Yo quedé en silencio observándola partir.

Lo del Estanciero había sido como una llave que destrabó todo el sueño en mi cabeza. Un sueño, que ya no parecía un sueño.

Como una catarata toda la escena se volcó sobre mi cuerpo. Tan nítida que debía ser real.

Tres:

Ragaci

Cuando llegué a su casa, el tipo estaba saliendo con el auto. Decidí seguirlo y no lo hice buscando emoción, tan sólo era mi falta de decisión para encararlo y hablarle, aunque honestamente no sabía qué le podía decir.

Veinte cuadras después entró a un hipermercado. Sentí que esto que estaba haciendo era una tontería, pero igual lo esperé.

Quince minutos después no soporté la espera, bajé del auto y me metí en el comercio. Busqué disimuladamente por entre las góndolas pero no lo encontré. Finalmente me di por vencido pero cuando salí hacia el auto lo volví a ver.

Con la astucia de un detective retomé la persecución.

Él manejaba como si nada, no sospechaba de mi presencia.

Sin darme cuenta me acerqué demasiado. Cuando llegamos a la casa, había un patrullero esperando en la puerta. Me hicieron bajar del auto y me pidieron documentos, sin dejar de apuntarme.

Yo me sentí un pelotudo en el medio de semejante escena.

Él los había llamado desde su celular y me miraba asombrado, mientras un cana revisaba mi auto y otro me palpaba de armas.

—¡Ragaci yo trabajaba con usted en la Compañía Química y necesitaba hacerle unas preguntas, sólo eso! —le grité desesperado.

Él se acercó lentamente, mientras el policía me hacía callar.

En ese momento creo que me reconoció o quizás fingió reconocerme para aliviar su curiosidad.

—¿Usted lo conoce? —reaccionó el policía ante el acercamiento.

—Sí, viéndolo de cerca creo que sí. —le contestó al policía y después me apuntó con el dedo—. ¿Qué es lo que quiere usted?

—Yo trabajé en la Química en el año ochenta y cinco, un tiempo y después me fui.

—Pero yo a usted no lo eché —dijo apresuradamente.

—No, yo renuncié y vine porque quería hacerle una consulta con respecto a eso, solamente unas preguntas.

Ragaci habló con los policías explicándoles la situación y luego me hizo pasar a su casa.

Lo ayudé a bajar algunas bolsas del supermercado sin poder dejar de preguntarme ¿qué carajo estaba haciendo ahí?

Parecía que él estaba solo en la casa y mientras me hablaba de los precios de las cosas se puso a preparar café.

Nos sentamos alrededor de un escritorio pequeño y no me dejó ni aclarar el motivo de mi accidentada visita. Fue un monólogo de por qué ya no estaba en la gerencia de la compañía. Yo sonreía incómodo, mientras acomodaba mi discurso después del sobresalto inicial.

—¿Qué era lo que necesitaba usted? —dijo sorprendido como si recién me hubiese visto.

—Mire yo renuncié a la compañía en octubre del ochenta y cinco —le dije como para ubicarlo en situación.

—Sí me acuerdo. —respondió sin dudar.

—¿Se acuerda? —contesté asombrado.

—¿Cómo no me voy a acordar?, ¿Qué se piensa? —respondió con ímpetu—. Realmente fue sorpresivo lo suyo. Creo que usted se iba a dedicar a la música, ¿no?

—No, no era exactamente eso. —aclaré.

—¿No tocaba la guitarra usted?

Golpearon la puerta. Él se disculpó por la interrupción y salió unos minutos, después entró decidido y me habló como si tuviésemos confianza.

—Venga que le presento a mi familia.

Todos parecían descontentos con mi presencia, aunque más que descontentos parecían confundidos.

La mujer se acercó amablemente, moviéndose como si tuviese un exceso de electricidad en el cuerpo. Sonreía rápido y paraba, volvía a sonreír y volvía a parar.

Le di la mano mostrándome cordial, intentando no prestarle demasiada atención a sus movimientos.

El hijo, de unos treinta años, parecía el más molesto por mi presencia y la hija me miraba inquieta como si entendiera perfectamente la situación.

Sobre la mesa pude ver el tablero de un juego, era "El Estanciero". Ragaci rápidamente hizo la invitación.

—Todos los martes jugamos al Estanciero en familia y hoy faltó mi yerno. Porque Julietta —dijo señalando a la hija— está por divorciarse. Cosas que pasan. Aunque no están casados, son novios, pero hace como seis años que están juntos.

—¿Qué tiene que ver eso papá? ¿Qué necesidad tenés de contar todo? —deslizó la hija visiblemente molesta.

—Está bien no te alteres, el señor es como un amigo. —se justificó sonriendo Ragaci.

—Qué tiene que ver, aunque fuera tu hermano. ¿Qué tenés que meterte en mi pareja o en mi separación?

—Todavía hija, no te separaste. —deslizó la madre que cada vez se veía mas inconexa.

—¿Qué cambia eso, en este momento? —contestó la hija.

—El ánimo querida. A mí me cambia el ánimo. —dijo la mujer.

—Pero ese es tu problema! Vos pensás que yo me voy a joder la vida para que vos estés de ánimo, mamá.

—¡Basta carajo! Ahora es la hora de jugar y vos hablale con más respeto a tu madre. —gritó Ragaci apretando el puño.

La familia se quedó en silencio como si supieran lo que venía después de ese grito. El tipo acomodó el gesto y con una sonrisa histriónica continuó con el relato.

—A mí se me ocurrió que usted podría ocupar el lugar de mi yerno. En el juego, por supuesto. —me indicó.

—No... Por favor, de ninguna manera.

—No se puede negar amigo. Usted necesita hablar conmigo y la partida no se suspende por nada del mundo, ni siquiera por velorio. —dijo y dirigiéndose a la mujer continuó—. ¿Te acordás Mabel cuando jugamos el día del velorio de tu tía Norma?

La mujer sonrió, seguramente eso quería decir que se acordaba.

Si Ragaci había querido ponerme en un aprieto, lo había logrado. La pregunta se destrozaba, repiqueteando en mi cabeza: ¿Podía decirle que no aceptaba?

Claro que podía. Pero por esas cosas de la lógica y el destino, no se lo dije. Me tocó el color verde.

Ragaci juntó sus manos, como si fuera a rezar y habló con una especie de emoción muy particular.

—Recuerden siempre que jugamos por jugar, no por otra cosa. Porque el juego es la energía de la vida.

Repartieron los billetes pequeños y algunos tiros más tarde, ya estaba en la cárcel esperando el "habeas corpus".

Decidí aprovechar el descanso para ir hasta el baño. Ninguno se inmutó. Yo entré y recuperé el aire. ¿Valía la pena aceptar esto?

Colgué mi reloj en el picaporte y me lavé las manos como intentando sentirme menos deshonesto.

Alguien golpeó la puerta. Intuitivamente grité "ocupado", pero al hijo no le alcanzó con mi respuesta.

—Ya sé que está ocupado, pero es su turno. ¿Le falta mucho para salir? —insistió disconforme.

—No, ya salgo.

—Lo estamos esperando. Necesitamos terminar el juego.

No podía creer la insistencia de esta gente, ni siquiera en el baño me dejaban tranquilo. Yo necesitaba aire, estar un poquito a solas. La puerta sonó de nuevo. Yo tiré el botón.

—¿Necesita algo? —preguntó mi ex jefe.

Parecía un complot de tontos, primero el hijo ahora el padre.

—Ya voy Ragaci, un segundito y voy.

Me podía quedar en ese lugar hasta que el juego se suspenda y sólo salir cuando hayan guardado el tablero. Pero en esta casa la terquedad era un bien de familia.

El silencio se empezó a hacer profundo y la respiración de Ragaci se fue volviendo cada vez más sólida. Obviamente tenía toda la intención de que yo la escuchara a través de la puerta.

No tenía sentido seguir en ese lugar con semejante presión. De golpe gritó como hablándole a la familia.

—Ya viene, no está haciendo ruidos así que ya viene.

Yo sentí vergüenza ajena y salí del baño sin hacer comentarios.

Volvimos a la mesa y continuó la partida. Tiré y moví sin pensar, tal vez esperando alguna crítica, pero estaban muy compenetrados en el juego.

Llegó el turno de la mujer. Pocas veces en mi vida había visto a una persona tan exagerada como ella. Compraba tierras y se emocionaba en cada compra como si el juego fuera real.

—Mi papá, casi nos obliga a jugar a esto. —deslizó la hija confirmando que estaba viva.

—¡Callate Julietta! —replicó el hermano.

—Eso no es cierto hija. Vos sabés que si querés, podes levantarte e irte. —acotó Ragaci.

—No es malo jugar en familia cada tanto —dije tratando de aliviar la tensión y la mujer sonrió frente a mi complacencia.

—¿Vos le venís a pedir plata a mi viejo, no? —dijo la hija irónicamente y sin esperar mi respuesta continuó—. Porque si no es así, ¿no entiendo para qué decis esa pavada?

—A mí particularmente me parece una buena idea esto de generar un lugar de encuentro para la familia. —dijo con una convicción exagerada ante la sonrisa socarrona de Julietta que no dejaba de cuestionarme.

—Callate un poquito hija que lo vas a hacer desconcentrar al señor. —agregó la madre.

Y la mujer tenía razón, porque casi sin darme cuenta me dejé llevar por el vértigo del juego y mal vendí mis campos de Córdoba, que tanto me había costado obtener. Fue un mal negocio sin duda. Una mala tarde para andar llevando el pescado a la red.

Respiré profundo y traté de compenetrarme, no podía perder así como si nada sin dar pelea, sin demostrarles algo de mi astucia, pero ese ventanal era muy grande y daba al fondo de la casa. Sin querer me volví a dispersar.

El jardinero vaciaba la bolsa del pasto recién cortado. Su cara me pareció familiar, otra vez esa cara...

Fijé la vista y me di cuenta de que era el tipo del bar, estaba casi seguro. ¿O era el de la remera de "De la guarda"...? —dudé.

De pronto se movió hacia un costado y lo perdí.

La distracción me hizo caer en las "garras" de esa mujer insaciable. La señora de Ragaci lograba jugando sobre ese tablero todo aquello que no podía lograr en su vida. Se estaba quedando con todas mis tierras y yo no podía seguir con este bendito juego. Sencillamente no podía seguir haciendo cosas que no quería hacer. Por suerte Julietta me ahorró una reacción.

—Me voy, estoy cansada. —deslizó.

—Ahora hay que terminar el juego. —ordenó el padre.

—No papá, no puedo más.

—Por favor hija. —deslizó la madre buscando acordar.

—Le dejo mis tarjetas al señor. —dijo señalándome, pero la moción no fue bien recibida.

Se cruzaron las miradas por unos segundos y finalmente el hijo guardó el tablero.

La sonrisa de Ragaci decoraba el fondo de la escena, intentando disimular lo indisimulable. Mientras sonreía peleaba con su mujer para que le devuelva las fichas y los billetes que se había guardado en una billetera de cuero que tenía sobre la mesa.

Creo que sólo yo la vi guardarse disimuladamente en el corpiño un billete de diez mil.

Rápidamente nos fuimos quedando solos, Ragaci y yo.

En realidad nadie tenía ganas de jugar, lo hacían por tradición. Menos yo, que confieso haberlo hecho por vergüenza.

El sirvió café y lentamente se fue instalando en su rostro un garabato reflexivo con el que intentaba mostrarse adulto, como quien toma carrera para atreverse a algo.

Yo intuí que era el momento serio de la tarde.

—Bueno, ¿Qué opina de las elecciones? —preguntó desde la nada, buscando desorientarme.

No le pude responder, porque tardé demasiado en encontrar algo de lógica en su pregunta. Él se vio obligado a aclarar.

—Quiero decir que es un momento difícil del país. —Tomó un sorbo de café y continuó—. ¿Qué le parecen las corrientes liberales?

—No tengo una opinión firme acerca de eso. No sé qué decirle. —deslicé y en ese instante el sorbo de café me tocó a mí.

—Ustedes los jóvenes no entienden nada de nada. —afirmó lapidario y dispuesto a desarrollar su teoría.

No tuve más paciencia y lo interrumpí sin escuchar lo que seguía.

—Ragaci, ¿se acuerda del día en el que yo renuncié?

No lo sorprendió ni la interrupción, ni el cambio de tema.

—Era otro momento del país. Uno podía darse el lujo de hacer cosas que hoy ni sueña.

—Está bien, es verdad. Pero dejando de lado al país, ¿usted se acuerda de mí, de lo que le dije ese día?

—Lo que ocurre es que hablar de la empresa, no me trae buenos recuerdos. Me cuesta, porque yo le di mi vida a esa compañía y después las cosas cambiaron y se complicó todo.

—Está bien, pero más allá de lo que le ocurrió a usted.

—Entiéndame, no es tan fácil separar las cosas. Yo no soy una máquina. Usted está como demasiado ansioso, cree que lo único importante es su historia.

—No, no era esa mi intención, al contrario, yo le pedía que me cuente eso pero obviando lo que le pasó después, para que no se incomode. —dijo exagerando mi amabilidad.

—Está bien, pero vamos despacio. ¿Qué es lo que quiere saber? —me dijo como concentrándose en el diálogo.

—¿Qué recuerda de mi renuncia? ¿Qué fue lo que dije ese día? —pregunté con decisión.

—¿Eso es lo que quiere saber? —respondió algo desilusionado. Asentí con la cabeza, mientras él tomaba aire.

—Bueno créame que yo entiendo perfectamente su pregunta, pero no puedo aislarla y sacarla del contexto de la empresa. —dijo con un tono dubitativo.

No comprendía lo que decía, si quería tocar el tema o no. Tomó aire y sin dejarme pensar en nada se largó a hablar.

—Ese día usted vino decidido, como lo está haciendo ahora, se metió en mi oficina y me dijo que se iba a armar una banda de rock o algo por el estilo.

—Bueno no era exactamente eso. Yo estaba filmando y quería estudiar cine, dedicarme a eso a hacer películas.

—Bueno rock, cine, no es tan distinto. —dijo molesto, después se levantó y fue hacia un bar de algarrobo que tenía en un rincón del comedor y volvió con una botella de whisky importado. Sin hablar sirvió dos vasos hasta la mitad y me entregó uno. Yo ni siquiera quise perder tiempo en negarme.

—Usted se cree que es el centro del universo, pero no es así. —deslizó de manera confusa.

—Yo no dije nada de eso. —afirmé.

—Espere, espere, espere, cálmese un poquito y déjeme hablar. —me indicó con autoridad.

El tono de su voz y esa repetición del "espere" me hicieron recordar los días en la empresa y casi sin querer sonréi con nostalgia. Estaba hablando con mi "jefe". Como cuando uno se cruza con su maestra de primer grado y le dice "señorita" ignorando el paso del tiempo.

Ragaci vació el vaso de un trago y se volvió a lanzar.

—Esto que le voy a contar queda acá eh... —deslizó en voz baja—. ¿Se acuerda de mi secretaria? —dijo y continuó sin esperar mi respuesta—. Bueno yo salía con ella, seguramente usted lo debía saber porque esas cosas siempre se comentan en el trabajo.

—Algo se decía, pero pensé que sólo eran rumores.

—Bueno, los martes salíamos una hora antes y nos íbamos a un departamento que yo le había comprado. Nuestro lugar en el mundo —dijo y se detuvo como si recordara, después se me acercó como preparando una confesión—. Le digo la verdad, estuve a punto de separarme y dejar todo por ella. Pero bueno, por esas cosas de la vida y realmente por suerte, me desperté a tiempo. Ella empezó a no querer salir, un martes tenía que ir al dentista, un martes al psicólogo y así uno tras otro.

Se generó un silencio incómodo, yo dudé en decir algo pero no sabía qué. De golpe él se levantó energicamente y volvió a poner whisky en su vaso.

—Me sirve a mí por favor. —le dije como para acompañarlo.

Él estaba tan compenetrado en sus cosas que ni me escuchó.

—Yo sabía que me estaba engañando con alguien de mi propio equipo. —dijo de golpe, después tomó un trago y se acercó rápidamente—. ¿No tiene nada para decirme?

—¿Nada, con respecto a qué?

—¿Salía con usted? —disparó sin tapujos.

—No, por favor Ragaci. No sé de dónde sacó eso, pero es una locura. —contesté sorprendido.

—Lo único que le pido es que no me minta. Ya puede decir la verdad, total pasó mucho tiempo. —deslizó.

—Pero créame, yo no le estoy mintiendo, no sé por qué dice algo semejante. Le soy sincero, conmigo no tenía nada que ver. —le dije como pude.

—¡Por favor! Déjese de joder si yo veía como se miraban en el comedor. A mí no me engaña o ¿piensa que soy estúpido? —insistió con vehemencia.

—¡Ahí está! —dije levantando la voz—. Usted está equivocado porque yo no comía en el comedor de la empresa. Usted me confunde con alguien.

El tipo se quedó en silencio, como quién pierde una apuesta, pero porfiado insistió una vez más.

—¿Usted no era el que controlaba el ala de envasados en el laboratorio viejo?

—No, yo estaba en el fondo en las sopladoras y controlaba la parte nueva.—respondí con seguridad.

—Ah, entonces yo me confundo con el otro pibe, el que había entrado con usted. ¿Eran parecidos, no?

—La verdad mucho no me acuerdo de la cara, pero me parece que no nos parecíamos en nada.

Este hombre no sabía ni dónde estaba parado y lo peor era esa terrible necesidad que tenía de contarme sus dramas.

Casi sin darle importancia a mi presencia, iba llenando todos los huequitos con palabras que no me dejaban participar.

—Quizá usted piense que era una tontería lo que yo hacía, pero todos los martes seguía saliendo antes del trabajo para ponerla incómoda. Quería despertarle celos. A decir verdad, era una pavada de juventud. Pero mire, le voy a contar algo que nunca le conté a nadie. —deslizó.

Cuando una persona te dice eso, es porque el dato ya salió publicado hasta en los diarios locales.

—¿Y por qué me lo va a contar a mí? —le dije intentando rehusarme al papel de confesor.

Ragaci se sorprendió, pero reaccionó con velocidad.

—¿Y por qué no? —dijo y sin dejarme respirar arrancó de nuevo—. Bueno, un martes me fui a tomar un café a un shopping y en ese lugar conocí a la que debió haber sido la mujer de mi vida. —Se frenó en un suspiro largo y continuó—. Ella estaba ubicada a tres mesas de la mía y no parábamos de mirarnos y no se lo digo como un detalle romántico, le juro que es la verdad.

Sus ojos eran atrevidos e intensos y yo no me animé a nada.

Imagínese estaba casado y tenía una amante, que seguramente me engañaba, pero era mi amante al fin y al cabo. Meterme en otra historia hubiese sido una locura. De golpe ella se paró y se fue como si nada.

Yo tardé unos segundos en reaccionar y después decidí buscarla. Caminé por todo el shopping, pero nada. Salí de ese lugar tan molesto que casi no encuentro el auto.

¿Cómo podía haber sido tan estúpido? —pensaba. Ni siquiera le había dicho una palabra, alguna cosa que ella pudiera recordar. Algo como para entrar en su mundo. No sé, un chiste.

Y sabe que pasó. Salí del supermercado tan compenetrado en esa mujer, que le juro por Dios que no la vi. —Hizo una pausa, se tocó la frente y siguió hablando pero visiblemente consternado—. No la vi y me la llevé por delante con el Peugeot. Fue en la esquina del shopping. No entendía nada de nada, estaba desesperado. Y ella desde el piso me miraba, viva todavía, pero mal herida.

Nunca voy a poder sacar esa mirada de mi cabeza. Esos ojos verdes azotándome el alma. —deslizó emocionado—. Y la verdad es que ella tampoco se va a poder olvidar de mí. Jamás en su puta vida.

Me quedé helado. No podía negar que la historia me había conmovido, aunque había algo en el relato que no me cerraba. No era una cosa grosera más bien era sutil, pero me molestaba. Me llevaba a no terminar de creerle.

El tipo se levantó, dio una vuelta por el comedor que era bastante amplio y corrió las cortinas que daban a la calle. Después sonrió exageradamente como un loco.

—Sea honesto, dígame si no me tenía que haber dedicado a la literatura, a contar historias de amor, de ficción y de muerte. —dijo de manera irónica.

Quedé totalmente desconcertado y no era por su historia de amor, sino por la parodia posterior. No entendía para dónde quería ir este tipo, pero sospechaba que él tampoco sabía que era lo que estaba haciendo.

—Tenía que haber hecho como usted que se dedicó de lleno a la música o bueno al cine que es casi lo mismo. —dijo con firmeza—. Imagíneme de escritor, sin tener que trabajar como ingeniero en esa planta oliendo todo el día a “Formitox”. —dijo, después aspiró profundamente y continuó—. Sea honesto, pero realmente honesto, ¿soy bueno no? —dijo sin dejarme hablar y contestó él—. No acepto una negación en eso, porque yo sé que usted se creyó la historia.

No iba a discutir eso con este sujeto. Si le decía lo que había pensado, iba a sonar como el que adivina un número y lo dice después que salió. Sonréi aceptando la ocurrencia.

Él ahondó en su tontería, intentando explicar aquello que no tiene explicación ni sentido.

—Es todo mentira. Es un invento mío. Nada de eso fue real, ¿me entiende? Creo que lo máximo que me pasó, lo más salvaje de mi vida fue andar a caballo o una vez en Santa Teresita que me subí a un jet ski. —dijo mientras sonreía nervioso, pero rápidamente continuó—. Después me separé de mi mujer y me fui a vivir con la puta de mi secretaria. Pero me cagó, me engañó.

Ella estaba conmigo por comodidad y obviamente por dinero. Le importaba tres carajos lo que me pasaba a mí. Ni me hablaba. Y sabe qué terrible es estar con alguien sin tener ni un diálogo.

Asentí con la cabeza y con eso le bastó para continuar.

—No, usted hace así con la cabeza pero no me entiende. Porque hay que estar ahí para entender. Entre hombres se lo digo, cada vez cogíamos menos.

—El sexo es importante en una pareja. —dijo como si fuera una gran reflexión, pero el tipo ni me escuchó.

—Quiere que le diga la verdad, ya no me acuerdo si la encontré con otro o la soñé en la cama con mi propio hijo. Pero bueno para el caso era lo mismo. Así que regresé a mi casa, volví con mis hijos y con mi mujer, pagué una terapia familiar y me quedé con ellos. —dijo y sonrió—. Ojo, de todas formas mi mujer es una gran mujer. —deslizó con autoridad y me miró fijo para ver si decía algo. Yo ni me moví y el tipo continuó—. Ahora estoy tranquilo y cómodo. Orgulloso de mi familia y de poder hacer cosas como la que hicimos recién, sentarnos, reunirnos y jugar entre todos, en este caso al Estanciero.

A esta altura me había perdido en algún recoveco de mi cabeza. No entendía si era un gesto de honestidad romántica de este hombre o estaba sentado frente a un inmenso idiota. Pero no había tiempo para semejante deducción porque el tipo no paraba.

—Bueno, mejor me voy. —le dije.

—Está bien, yo ya le conté lo que sabía y lo que pensaba. Ahora que comió, puede volar tranquilo eh. —deslizó convencido.

—No quiero engañarlo Ragaci, pero la verdad es que no me dijo nada. Pero bueno no importa.

—¿Cómo qué no? ¿Qué quiere que le diga? —insistió como si se hubiera sorprendido por mi afirmación.

—No, nada, está bien.

El tipo no dijo nada más, se puso de pie y me acompañó a la puerta en silencio. Yo salí de ese lugar vacío.

Sonrió de nuevo y se arrimó a la ventanilla de mi auto.

—¿Qué era lo quería saber? ¿Usted quería conocer exactamente lo que me dijo el día de su renuncia? —preguntó.

—Está bien ya no tiene importancia, déjelo así.

—Lo suyo fue parecido a lo de la chica que atropellé en mi historia. ¿O acaso se cree que su renuncia fue tan especial? ¿Qué piensa que dice la gente cuando renuncia a algo? —deslizó con un tono desafiante.

Suspiré intentando hacerle sentir mi incomodidad. Realmente me molestaba que intentara darme consejos.

—Está bien Ragaci le agradezco de todo corazón, con lo que hablamos me alcanza. No hace falta que siga, no tiene demasiado sentido. Ya está bien.

—Por favor espere un poquito, déjeme terminar. —dijo y continuó—. La gente cuando renuncia siempre repite lo mismo, que se van en busca de un destino mejor, de una vida mejor, un culo mejor o a veces dejan todo por la vocación.

Todos esos movimientos, renuncias y cambios están repletos de una excesiva pedantería. Siempre se van callando a gritos lo que en realidad piensan. ¿Y sabe qué es lo que piensan? —preguntó y sin esperar mi respuesta continuó—. Que los que nos quedamos somos estúpidos y que el lugar es una mierda.

Intenté frenarlo porque se notaba en el tono un exceso de bronca, pero no me dejó ni balbucear.

—No me diga nada, usted mismo me gritó en la cara que mi trabajo era una mierda.

No lo dijo con palabras, pero le juro que yo lo escuché. Se fue de la empresa agrandado y presumido, como si con su presencia nos hubiese hecho un gran favor.

—Usted se equivoca conmigo. Yo siempre fui un tipo respetuoso de los demás. Me está confundiendo con otra persona.

El tipo sonrió irónicamente y yo entendí que no había retorno.

—Usted se fue flotando a su mundito fantástico y ahora vuelve acá, cabizbajo como un perro mojado. Me da lástima y sabe por qué, porque mi relato no está publicado en ningún lado, pero yo tampoco vi su película en cartel.

casteLao

Lo que dijo me impactó, me desacomodó y sin querer entendí que el orden que había mantenido a lo largo de mi vida, se había desmembrado. Parecía a simple vista que no había valores ni tiempos. Las cosas habían empezado a desencadenarse sin ninguna razón aparente. Aparecían y se iban sin respetar la lógica ni las buenas costumbres.

cuatro:

Lorca

Hubo una época en que todas las tardes de miércoles iba hasta capital y entraba al hall principal del cine Lorca.

No iba a ver una película simplemente me ponía a esperar cerca de la boletería por si ella había decidido regresar.

Me paraba quietito y soportaba las miradas desconfiadas de los empleados que me observaban molestos. Seguramente sospechaban de mi presencia y tan sólo aguardaban que yo me fuera de una buena vez.

Leía un programa viejo durante una hora mientras me iba emocionando. Soñaba despierto con la escena del reencuentro y apoyado en la pared iba apilando imágenes. La que más me conmovía era la que se repetía insistente en mi cabeza. Ella entraba lentamente sin pisar el suelo, con el mismo vestidito de flores amarillas que tenía cuando se fue...

A veces lo malo de discutir es que uno con el tiempo recuerda que discutió pero no sabe cuál era el motivo.

Entramos de la mano pegajosos como caramelos de miel atacados por el sol y todo parecía memorable. Habíamos ido a ver "Irreversible" de Gaspar Noé.

A los cinco minutos de empezada la película ella se puso molesta, estaba muy incómoda y se quería ir del cine.

Le dije que aguardara unos minutos y creo que sin querer me levantó la voz. Sin darnos cuenta empezamos a intercambiar comentarios en una discusión que era sencillamente absurda.

Cada vez se ponía más molesta y me repetía incansablemente que la película no le gustaba.

Le dije que no iba a dejar de verla porque nunca me levanto del cine antes del final, aunque la película sea espantosa, es como una cuestión de respeto hacia el director.

En ese instante pensé haber encontrado una solución a su inquietud, pero pensé mal porque ella no se calmó, al contrario, empezó a gritar, hacía gestos y por momentos parecía que tenía ganas de golpearme.

La gente comenzó a quejarse y creo que los dos nos hartamos de una situación que parecía no tener final.

—Hagamos una cosa. —le dije con tranquilidad—. Si querés salí y esperame afuera, yo cuando termine voy.

Ella no dudó y salió de la sala. Indudablemente no soportaba el desarrollo de la película.

Yo como había prometido me quedé hasta el final y salí.

Estaba conmovido, era real que la película había sido intensa, pero de todas formas quería saber qué le había parecido tan terrible como para no soportar un poco más.

Recorrió el espacio con la vista y no la encontré.

Ella tenía actitudes que a veces sonaban imprevisibles.

Esperé quince minutos y empecé a dar vueltas por el lugar. Fui hasta los baños, salí hasta la puerta y recorrió con la mirada la avenida Corrientes, pero nada. Ya va a volver —pensé.

Era extraño que se haya ofendido porque ella no era de molestarse por esas cosas, tenía una personalidad fuerte y lo máximo que podía llegar a hacer es cargarme por mi mal gusto, pero no más que eso.

La película me había parecido interesante porque dejaba en claro que de acuerdo a cómo contemos las cosas, cambia el desarrollo de la historia. Contada al derecho hubiese sido una película fuerte pero sencilla, pero alterar el orden la había vuelto claramente perturbadora.

El tiempo transcurría y yo no la encontraba.

En un momento me harté, ya no sabía qué más hacer.

Tomé la decisión de tratar de ubicarla en el teléfono fijo de su casa. Todavía no habían llegado los celulares. En ese momento me di cuenta que no podía llamarla así nomás, porque los padres me iban a responder: —Fue al cine con vos.

Busqué unas monedas y decidí llamar a una amiga que teníamos en común, para que triangule la conversación.

Obviamente le dijeron que se había ido al cine.

No fue fácil contener la ansiedad, pero realmente no quería preocupar a su familia.

Algo nervioso me volví a casa.

Lo peor de ese viaje de vuelta fue soportar a mis propios pensamientos, que estaban empecinados en tejer historias complejas en mi cabeza.

Esa noche casi no pude dormir.

Al otro día volví a insistir y sin un motivo aparente me dijeron que estaba ocupada. Yo noté que no me quería atender.

Estaba molesto porque realmente yo no le había hecho nada.

El tiempo calma las aguas —me dije— y dejé pasar unos días hasta que las cosas se normalicen. Cinco días después no soportaba más el silencio.

Me tomé el tren y me fui hasta su casa.

Cuando llegué al edificio, con demasiadas dudas, noté que estaba más nervioso que el primer día que nos encontramos.

Por la vereda de enfrente pude ver a Laura, la amiga que teníamos en común.

Yo creo que ella me vio y se hizo la desentendida, como si la pusiera incómoda mi presencia.

Caminé rápidamente y la alcance.

—Laura. —le dije, ella giró mostrándose sorprendida

—No te había visto, ¿cómo estás? —me respondió.

—¿Venís de su casa? —pregunté ansioso.

—Sí, sí. —respondió algo incómoda.

—Yo sé que es tu amiga y no quiero que me digas nada que no me puedas decir, ¿pero tenés idea qué fue lo que pasó? —pregunté cómo suplicando una explicación.

—No sé qué decirte. —deslizó acomodándose el pelo—. Ustedes tenían una pareja re linda y realmente no sé qué pasó.

—Decís tenían como si ya hubiésemos terminado.

—Es una manera de decir. —respondió incómoda.

—Bueno no te preocupes, realmente necesito hablar con ella y que me diga qué carajo le pasó.

La saludé y seguí. A los tres pasos su voz me detuvo.

—Escuchame, no me gusta meterme pero ella no está en la casa. —me indicó con un tono dubitativo.

—¿Salió? —le pregunté.

—La situación es un poco incómoda pero yo a vos te aprecio. —deslizó intentando amortiguar lo que iba a contar—. Ese día que fueron al cine, bueno esta es la versión de ella no, me comentó que la película le había resultado desagradable, que arrancaba de una manera demasiado violenta y bueno me dijo que salió en un momento porque no se ponían de acuerdo. De alguna manera le molestó que no la acompañaras. —dijo, hizo una pausa leve y continuó—. Estuvo ahí parada quince minutos, después salió hasta un kiosco y compró unos chicles. En el ínterin en que ella estaba parada, entró un grupo de personas, chicas y chicos que eran amigos y uno que se acercó, se tropezó y sin querer le tiró el café encima. Fue un accidente. Ella se molestó y casi por casualidad se pusieron a hablar. —después de decir eso se frenó de golpe y rápidamente como si quisiera terminar de contar todo, me miró y aclaró—. Insisto no te lo tomes a mal, pero esto es textualmente lo que ella me dijo. Fue hasta el baño a limpiarse el saquito blanco que tenía y cuando regresó se encontró con el muchacho que era brasilerio y la estaba esperando.

—¿Entonces? —deslicé ansioso.

—Me confesó que sintió algo como nunca había sentido en su vida. Como una especie de amor a primera vista. Se puso a hablar con el tipo, él la trajo en su moto hasta acá y en tres días se fue a vivir a Buzios con él.

La miraba absorto sin entender nada.

—Yo obviamente no estoy de acuerdo con lo que hizo, ni la familia tampoco. Dejó todo lo que tenía y se fue a la mierda. —aclaró Laura intentando tomar partido.

—¿Qué es una joda? —dije sin pensar demasiado, porque realmente nadie jode con esas cosas.

—Discúlpame yo te lo estoy contando pero no tengo nada que ver. Sé que suena ridículo, pero fue lo que pasó. —volvió a tocarse el cabello y continuó—. Yo vine a hablar con los padres porque están destrozados, pensé que ellos no saben ni dónde está, ni con quién se fue.

—¡Qué pelotuda de mierda! Se calentó con un pendejo y se fue. —protesté molesto.

—Sí, digamos que es algo así. Realmente el tipo era pastor evangelista y tiene cuarenta y dos años. Digo era, porque ahora creo que vende empanadas de camarones en la playa, o algo así. Una especie de buscavida, un atorrante. —Laura me miró a los ojos y siguió hablando como si intuyera que yo no podía decir nada—. Honestamente yo todavía no lo puedo creer. Por eso entiendo que estés sorprendido.

—No, no estoy sorprendido, o tal vez un poco. Pero es una forra. Aunque bueno cada cual sabe lo que hace, ella sabrá lo que gana y lo que pierde. —le dije intentando soportar estoicamente un dolor en el pecho que me asfixiaba. Intenté disimular por todos los medios lo que estaba sintiendo, pero creo que Laura lo notó y se ofreció a acompañarme.

—No quedate tranquila, estoy bien no pasa nada. Gracias igual Laura. —le dije, después le di un beso y me alejé con el pecho abierto y el corazón roto.

A veces es tan complejo entender cómo se dan los sentimientos.

Cómo armamos telarañas en el aire mezclando recuerdos y pensamientos

y casi sin darnos cuenta transformamos las historias, las deformamos, las llenamos de porquerías, hasta que nos calzan en el relato y entonces las contamos como verdades absolutas.

Nunca quise ir a ver a los padres, generalmente cuando la gente está así busca un culpable y yo era la persona más indicada para ocupar ese rol.

No sé si alguna vez me creí del todo la historia del brasilerito y el amor a primera vista, pero era el relato oficial.

Yo preferí pensar que era otra cosa y durante un año entero todos los miércoles volví al Lorca, no para ver cine, si no a esperarla. Y me quedaba una hora en el hall aguardando su regreso.

Sólo quería verla entrar y que sonriendo me dijera todo está bien, no pasó nada, fue sólo un juego.

Un día me cansé y no volví más.

cinco:

La entrevista

No llego a entender bien que es eso del instinto. Instinto animal, instinto de supervivencia, instinto asesino. Parecería que a todas esas cosas difíciles de encuadrar, se las llama instintivas. Bueno yo manejaba ese auto por instinto, pero ese no era el problema principal, lo que me desconcertaba era saber si esto lo estaba viviendo o ya lo había vivido.

Prendí la radio buscando una referencia. Pero no quería música, necesitaba escuchar gente, voces que hablen y digan cosas.

Buscando encontré una entrevista que parecía interesante. El tipo tenía un tono agradable, seguramente era psicólogo o sociólogo, por los temas que tocaba.

Un par de cuadras después me parecía un idiota y no era que el tipo había cambiado el discurso, era yo que sentía una especie de envidia por lo que él decía. Estuve a punto de apagar, pero una reflexión salida del parlante me detuvo. Una reflexión que me sonó tan clara, como familiar.

Ese reportaje era mío...

Presté atención y lo comprobé, eran mis líneas. Toda mi vida lo había imaginado, es más lo tenía escrito más de una vez con algunas variantes en el lenguaje y varios finales. Lo tenía tan ensayado que hasta en el baño lo repetía. Para mí era algo cotidiano. Lo había armado abierto, para que pudiese soportar distintos tipos de entrevistadores y tenía detalles técnicos y salidas simpáticas que lo hacían verse más actual.

Las respuestas eran frescas y ágiles, pero cuando llegaban al oído se escuchaban sumamente interesantes y comprometidas.

Hasta podía entregarlo por escrito sin necesidad de estar en el lugar de la entrevista.

Estaba tan bien articulado que podía usarlo cualquiera, como el texto de un acto escolar.

Paré en un semáforo y llegó la pregunta siguiente. Contestamos juntos al mismo tiempo, exactamente la misma respuesta.

Sentí que me bajaba la presión. Era a mí a quién le habían hecho esa entrevista. Yo había estado en ese lugar en algún momento de mi vida. Ese tipo que hablaba en la radio tenía que ser yo, estaba casi seguro.

Subí el volumen para escuchar mejor, pero el operador puso un tema de Supertramp que me gustaba y no pude corroborar si el de la entrevista era yo.

De todas formas traté de hacer memoria, porque algo recordaba de una tarde y unas preguntas. Estaba con una mujer gorda en un cuarto cerrado y mi voz hacia eco en algún rincón. Lo que no recuerdo era si la mujer estudiaba periodismo o era periodista.

Lo cierto es que vibraban en mi cabeza algunas reflexiones sobre la vida, la paz mundial y los tiempos del hombre moderno.

Quizá todas las cosas se parezcan un poco. Los periodistas, las entrevistas y las respuestas. Todas las cuestiones humanas tienen bastante en común.

El mozo trajo un cortado en vaso de vidrio y una medialuna de manteca. Volví a sentirme extrañamente desconcertado.

Yo hubiera jurado que estaba en el auto escuchando un reportaje en la radio, manejando hacia algún lugar.

Estaba perdiendo el rumbo, como si me alejara de la costa para meterme en el mar. Perdiendo todas las referencias que me ataban a la realidad. Tal vez, me estaba fallando la idea de realidad.

Podía asegurar muy poco, casi nada. Y realmente me molestaba no saber qué parte era esta, ni cuál podía venir.

Y no era un capricho matemático. Imaginar puede resultar inquietantemente divertido, pero acá no se veía nada. No podía distinguir cuál de los personajes era el real. Estaba en el auto, imaginando el bar, o estaba en el bar creyendo verme en ese auto.

El café caliente sobre mis labios me devolvió un segundo de realidad, pero fue sólo eso. Al instante me volví a perder.

¿Había entrado a la casa de Ragaci o lo había imaginado todo?

Venía de allá, no podía negarlo. Pero mi reloj se había encaprichado en marcar las ocho y cuarto. Si todo era lógico, no había habido tiempo para estar en lo de Ragaci.

Debía controlar el kilometraje o la pila de mi reloj. Pero qué importancia tenía eso en este momento.

Las cosas en la vida funcionan como escaleras de anagramas, las mismas letras, pero otra palabra y otra y otra...

Siempre hay una historia original, casi real, que a medida que pasa el tiempo se va modificando lentamente y año tras año cambia algo en el relato, hasta que se convierte en otra historia. Y en ese momento, es la única verdadera. La única que hay.

¿Yo renuncié o me echaron?

Era muy distinto encarar a Ragaci y putearlo porque me echó, en vez de tratar de dilucidar como había sido mi renuncia.

Tuve la sensación de que todos mis recuerdos eran inexactos, hasta llegué a pensar que siempre recordamos lo que nos conviene y eso, sinceramente me asustó. Vivimos rodeados de recuerdos irreales, tramposos y direccionalizados, como quien vive escribiendo un guion para su vida. Algo que le sirva para sostener la hipótesis, porque tiene la sensación de que sin eso, nada se puede sostener.

¿Realmente me importaba lo que pudiese pensar Ragaci? ¿Qué podía modificarse en mi vida si él hubiera cambiado el discurso? Quizá todos tenemos historias armadas, reportajes armados, respuestas armadas. Volví a sentir un escalofrío.

Tal vez, lo mejor era dejar de analizarlo todo y seguir buscando. Hay momentos en los que las cosas se nos ponen tan complejas y pesadas que la vida se torna insopportable. Nos ponemos tan exigentes y minuciosos que cuando encontramos una respuesta, sentimos que no nos sirve para nada y nos dan ganas de volver a la pregunta. Como si la verdad fuese sólo el final de la historia, como si no comprendiésemos que al decir la verdad se acaba la narración, se nos acaba el cuento.

¿Y si esa chica te hubiese dicho que sí?

Me paré de golpe, como empujado de atrás. Fui hasta el baño dejando todo en la mesa, parecía que en ese momento lo único importante fuese mear. Después de unos segundos mirando bolitas de naftalina, me encontré con los espejos que no decían nada nuevo, nada que yo no supiera.

Pensé en salir, pero lo que había afuera de ese baño ya lo conocía, así que decidí empujar la puerta vaivén que había en el fondo después de los inodoros.

No parecía el mismo lugar. Sobre un costado había placares, sobre el otro un banco largo de madera.

El sitio se veía descuidado, pero un jabón blando en una jabonera hacía suponer que el lugar estaba en uso.

Tal vez era una locura, pero decidí darme un baño. Colgué mi ropa y me metí en la ducha. Dicen que el agua del duchador casi siempre nos relaja.

Pude recordar las tardes de calor en el colegio. Después de patear un poco y antes de entrar a taller nos duchábamos clandestinamente y nos secábamos con los guardapolvos o "tomando prestadas" las toallas de los chicos que estaban en la clase de educación física.

No era una cuestión de higiene, era la rebeldía y el desafío que nos provocaba hacer lo que no se debe hacer. O dicho de otra manera, hacer lo que dicen los que mandan, que no debemos hacer. Al fin y al cabo la rebeldía es igual que la adaptación.

Cerré la ducha con cierta reticencia porque no quería salir.

En ese momento noté, que al igual que en el colegio, no tenía nada con que secarme y no había a quien robarle la toalla.

Por suerte mi pañuelo estaba limpio y retorciéndolo después de cada pasada quedé más o menos presentable.

Estaba relajado, lo podía sentir en los hombros y en el cuello. Si hubiese estado en mi casa, juro que me hubiera tirado a descansar un par de horas.

Pero mi conciencia me recordó que estaba en el baño de un bar y ese banco de madera no me iba a servir de mucho. Creanme que lo intenté, pero la madera de pino solamente es blanda cuando uno la va a cortar.

Salí tranquilo, pero cuando mi mano cerró la puerta de ese baño, me di cuenta que había vuelto a perder el control.

Tardé unos segundos en reaccionar. Lo primero que atiné a hacer fue volver al baño. Pero algo me detuvo.

Abrí los ojos con violencia intentando verlo todo de una vez, de un sólo pantallazo. Las cosas no estaban en su lugar.

En mi mesa, no había nada. No estaban mis carpetas, ni el café, ni mi lapicera. Es más, ni siquiera estaba la mesa.

Y aunque parezca una estupidez, esto no era un bar.

Alimentando lo absurdo, lo único que había quedado en pie de ese tiempo y ese espacio anterior, era yo.

Por la situación, las características del lugar y la gente que me rodeaba, no era un buen momento para analizar nada.

Lo bueno era que estaba limpio.

Sin que se note, empecé a caminar por el salón. No había que ser demasiado entendido para darse cuenta que estaba metido en el medio de una fiesta. Y en toda fiesta, cuando uno no sabe qué hacer, come, baila o camina. Yo decidí caminar.

seis:

La Fiesta

Me movía lentamente, intentando no ser visto, buscando pasar desapercibido entre la gente.

Todos hablaban en pequeños grupos y la mayoría sonreía. La gente siempre sonríe en las fiestas.

Yo no me acercaba porque no distinguía ninguna cara conocida o tal vez eran conocidas y por eso no me quería acercar.

Por alguna razón supuse que era menos llamativo arrimarse a algún lugar que continuar caminando solo.

Me acerqué a un grupo en el que dialogaban con simpatía. Específicamente estaban contando chistes.

Se notaba que venían siguiendo una ronda. El primero que escuché, lo agarré empezado, el segundo era un chiste de gallegos, contado por un pelirrojo. Para mi gusto era malo.

Algunos sonrieron de compromiso, otros ni se esforzaron y yo lo hice por caridad. Después se generó un silencio. Era el turno de un hombre calvo de ojos claros. La mujer que estaba frente a él sostenía con esfuerzo un gesto de tristeza, como para refutar la alegría de las fiestas.

Cuando el pelado terminó con su relato, ella empezó a reírse de una manera exagerada, realmente grosera. Su risa nos hacía sentir incómodos. Hasta el contador del chiste notó el exceso, sabiendo que su pieza no había sido tan buena. Creo que todos esperábamos ansiosamente el final de esa risa, aún los que la habían acompañado con una sonrisa leve, para no dejarla sola.

Pero la mujer siguió con esa carcajada molesta y desbocada.

El cuentista intentó detenerla con alguna sutileza inofensiva, pero ella seguía y seguía y seguía. Sin ni siquiera modificar el rumbo, nos metió en la mágica metamorfosis de risa por llanto y se largó a llorar...

Lloraba furiosa y plena, sin remedio ni atenuantes. Uno la interrogó tratando de ayudar. Ella se detuvo ante la interrogación y después de observarnos, volvió a llorar.

Algunos se ahogaban en suspiros, otros masticaban un fastidio recién parido. Ella sin parar se fue alejando, hasta perderse tras la puerta del baño.

La función de los chistes se suspendió rápidamente, como pasa en los picados cuando se pincha la pelota o el dueño de la misma se la lleva. Esa actitud de desarme instantáneo, escondía cosas. A mí me beneficiaba, ya que el que seguía en la improvisada ronda era yo y sabía lo que me costaba contar un chiste. Digamos que la suspensión había actuado a mi favor.

Ciertamente un chiste no es sólo un chiste, para mí representaba mucho más. Era la exposición directa frente a un grupo de personas dispuestas a mí alrededor, a las que yo imaginaba despiadadas a la hora de la crítica.

Paradójicamente, nunca recordaba ninguno, me divertían pero los olvidaba en el acto.

Miré todo el salón tratando de entender cómo había llegado hasta acá. No sabía qué hacía metido en este lugar.

Estaba como las personas que ven una cola y se ponen, sin saber para qué es.

Si hubiera tenido que arriesgar, habría dicho que esto parecía una inauguración de algo, quizás un local comercial o una estación de servicios. Aunque todas las inauguraciones son parecidas. Se puede decir que en el fondo, todas las fiestas son parecidas.

Lo bueno es sonreír y criticar los atuendos ajenos.

No sé por qué, pero en un momento me pareció ver que todos tenían un guardapolvo encima de la ropa.

Tal vez, más que en una fiesta estaba en un recreo, que en resumidas cuentas, es como una fiesta pero más corta.

Quizá yo estaba dormido y me soñaba metido en aquel recreo.

Me acerqué a un grupo de personas que parecían alumnos y ninguno se molestó. Siguieron hablando como si yo no estuviera ahí. Pero mirándolos bien esos "chicos" no eran alumnos míos, eran mis compañeros y ese lugar era mi colegio.

Probablemente por el apuro o por la incomodidad, yo no había registrado bien la escena, pero había una sola persona caminando con guardapolvo azul. Los demás tenían trajes de medio pelo.

El del guardapolvo que se movía por enfrente era yo. Daba vueltas sin hablar con nadie, igual que ahora.

Traté de adivinar hacia donde estaba yendo, traté de sentir qué era lo que estaba buscando. ¿Cuál era el destino de ese giro?

Me veía preocupado, serio. ¿Por qué carajo, no me reía? Si estaba metido en el medio de una fiesta.

¿Por qué estaba tan ensimismado, como si me dolieran los huevos o como si la vida fuese una pesada carga?

¿Por qué no me reía ahora, en este mismo momento, si al fin y al cabo estaba en la misma fiesta?

De la nada alguien me llamó. Yo me acerqué con una sonrisa injustificada, saludé y me dejé llevar.

Prestaba atención, pero realmente no entendía de qué hablaban. Al ver mi cara una chica que estaba frente a mí se detuvo y me miró fijamente a los ojos. Me sentí cuestionado por esa mirada. Interpreté que me quería preguntar algo y contesté.

—Es todo muy emocionante acá. Yo estaba dando vueltas por el patio y me acerqué para escuchar lo que hablaban.

—Está bien. No hay problema. —me dijo.

—¿Estaban hablando de la escuela? ¿O es algún tema personal? —pregunté intentando afianzarme.

—Es algo personal, pero no tiene importancia. Era una cosa del pasado, un recuerdo.

—Disculpá no sabía. ¿Algún recuerdo en especial? —pregunté más por incomodidad que por curiosidad.

Ella no contestó, apenas esbozó una sonrisa cuando sus compañeros empezaron a alejarse. Lentamente nos fuimos quedando solos y yo me incomodé aún más.

—Si tenés que irte con tus compañeros, andá. —volví a acotar.

—No, ellos no son compañeros míos. Yo me acerqué para preguntarles algo, pero realmente no los conozco.

—Ah. ¿Y a quién buscás?

—¿Cómo sabés que busco a alguien? —dijo y volvió a sonreír.

Esa mujer estaba jugando con las palabras, pero algo me hacía sentir que no había mala fe en su juego.

—No, realmente no lo sé. Asocié muy rápido como vos dijiste que les preguntaste algo, yo supuse que buscabas a una persona.

—Sí, estoy buscando a un chico que venía a la escuela.

—¿Te quedó debiendo algo? —dije sin pensar.

—De alguna manera se podría decir que sí. Pero digamos que lo busco porque era especial para mí. —dijo y se detuvo. Miró hacia los costados y habló en voz baja, con un poco de vergüenza—. Siempre supe que él me quería decir algo y yo quería que me hablara, pero nunca lo hizo y esa fue la única vez en la vida que me pasó algo así.

—¿Cómo era él? —le pregunté.

Ella se quedó enganchada de mi pregunta, intentando recopilar información. Después de unos segundos en blanco se conectó y trató de mostrarme lo que traía encima.

—Era muy dulce y tímido. Tenía un año menos que yo y cuando llegó a sexto me puse de novio y me olvidé de lo que había pasado, no le di importancia. Pero con el tiempo el recuerdo se hizo presente, como algo inconcluso. —dijo conmovida.

—Una historia de amor.

—No, no lo sé. Es como una cosa idealizada, qué sé yo. —dijo como si estuviera metida en un callejón sin salida, pero rápidamente se rehizo—. Decidí aprovechar esta reunión para ponerle algún final a esta historia. Me prometí hacerlo y no quería quedarme tan sólo con la promesa.

Yo la miraba esperando la aclaración, el detalle. No alcanzaba con imaginar un adolescente dulce y tímido. Con esos requisitos podíamos llenar la Plaza de Mayo.

—Pero bueno, no te jodo más con mi historia. —dijo sintiéndose expuesta—. Seguramente vos tampoco lo conocés.

—Puede ser. Lo que pasa es que no alcanza con tu descripción para poder ayudarte. No decís si era alto, bajo, gordo flaco, raro, qué sé yo. Entendeme, hacen falta más datos.

—Lo que pasa es que yo tampoco me acuerdo de eso. —dijo con un dejo de melancolía.

—¿Entonces para qué lo buscás?

—No es tan así. Yo recuerdo lo que sentía cuando hablaba con él. Ese es el secreto de mi búsqueda, mi sensación.

—¿Buscás lo que sentías? —insistí.

—¿Sueno absurdo, no? —deslizó algo resignada.

—No, un poquito nada más. —dije buscando complacerla.

En ese momento los dos sonreímos, pero ella lo hizo con ingenuidad. Yo en cambio hacía un rato largo que me había dado cuenta quién era esa mujer.

El tiempo puede erosionar el físico de las personas, puede hacer estragos por todos lados, pero hay cosas que no cambian.

Ni siquiera los más terribles y hondos dolores, pueden desdibujar la forma de una sonrisa.

Los años pueden apagarla y sacarle el brillo. El tiempo la puede lastimar, puede ensuciarla. El odio y el desamor la pueden volver irónica o cruel. Pero la forma es una marca indeleble que se lleva hasta el final.

Yo conocía esa boca, esa manera de esconder la alegría para que apenas se pueda ver, para que el otro sepa que algo te agrada sin que nadie lo haya dicho.

Ella tenía una sonrisa secreta, adolescente, única. Como todas las sonrisas. Hasta las huellas digitales pueden fallar, pero una sonrisa nunca se le escapa al alma.

—Bueno, gracias igual. —deslizó.

—Si lo veo, te aviso. —acoté.

—Fue muy agradable hablar con vos. —dijo y se fue.

Yo tuve miedo de decirle la verdad o quizás fue vergüenza. Había un abismo entre mis ganas y lo correcto. No pude llegar a un desempate, mis compañeros se habían acercado y venían con un clima acorde a la situación, festivo.

Hay cosas que son tan previsibles y exactas. Las relaciones entre compañeros son así y nosotros no éramos una excepción.

Algunos hacían lo mismo que hace veinte años y yo, no quise defraudarlos. Las “amistades” se manejan de esa forma y al que se sale del rebaño (destierro y excomunión).

No cumplir el rol asignado de antemano implica falta de cariño, vejez o vanidad. Por si acaso no intenté sorprenderlos y me reí cuando correspondía y contesté lo que querían escuchar.

Lo mío podía verse como un acto de habilidad, pero por alguna razón me sentía como un boludo.

Tenía que hacer algo pensé y empecé a buscarla con la mirada entre la gente. Cuando la vi, le hice un gesto con la mano y sonréí hasta que llegué a su lado.

—Alejandra, necesito hablar con vos, —le dije con seguridad.

Ella me miró sorprendida.

Antes de que pudiera empezar a hablar dos personas me saludaron efusivamente y con mucha confianza. No sabía quiénes eran, pero acepté el saludo. Después ellos siguieron y nosotros nos quedamos solos, frente a frente.

—Yo no te dije mi nombre. —deslizó insegura.

—Sí, eso ya lo sé. Lo que pasa es que la persona que buscas soy yo. —dije con certeza.

—No. —dijo sin dudarlo y con un exceso de seguridad.

—Sí, soy yo. Un poco más viejo, pero soy yo. —afirmé con la convicción de que con la verdad alcanzaba.

—No, disculpame pero no. Tu sonrisa es parecida, pero yo busco a otra persona.

—No entiendo por qué no me creés. Era yo el que no me atrevía a hablarte. Pero no todas las cosas eran como vos decís.

A ella mi afirmación le cambio el gesto. Yo dudé en seguir, pero era una cuestión personal.

—Alejandra, no estaba tan claro que vos tuvieras algún tipo de interés en mí.

—No sigas. La persona que yo estoy buscando, nunca se hubiera atrevido a decirme esto. —me indicó.

—En eso tenés razón, jamás me hubiera animado. Pero ha pasado mucha agua por debajo del puente.

Ella se quedó en silencio y yo sentí que era el momento exacto para la última aclaración.

—Yo no te hablé porque no podía, tenía miedo de que me rechaces. Con el tiempo entendí que lo que más me gustaba de vos era eso, la imposibilidad de hablarte. Me gustaba imaginarte riendo, me encantaba tu sonrisa.

Ella se puso mal. Seguramente dije algo que le molestó.

Frunció el ceño y sus ojos crispados empezaron a desprender chispazos suaves.

En un momento pensé que iba a gritar con violencia, y eso me paralizó. Pero poco a poco su dureza se fue apagando. Se deshizo y se transformó en sonrisa.

No me animé a acompañarla y la sonrisa quedó sola, perdida en su cara. Pero no duró mucho. Rápidamente fue mutando en una maraña de ternura. Tan cierta como inconcebible.

—Te agradezco lo que hacés por mi. De alguna manera me hiciste sentir bien. Fue un momento agradable, pero los dos sabemos que vos no sos la persona que yo estoy buscando.

Este gesto de hacerte pasar por él es un signo de solidaridad, de valentía o tal vez de descaro, que es una valentía distinta. De todas formas te lo agradezco.

No tenía demasiado sentido continuar con la discusión. Realmente ella no me esperaba a mí. Es decir, esperaba a un tipo que jamás iba a volver y en el fondo ella lo sabía con claridad. Quizá por esa razón lo esperaba...

No era un problema físico era algo demasiado claro, ella esperaba la imagen, su imagen, su recuerdo.

Yo opté por parecer un tipo valiente, que no era poco y continuar con mi camino. Aunque había que reconocer, que la osadía la había puesto ella.

La saludé amablemente con una sonrisa.

Por detrás mío llegó un hombre. Ella manejando los tiempos, me lo presentó como su marido.

A él lo conocía, había sido un compañero de división de Alejandra. Muy irónico para mi gusto y aunque se lo veía avejentado, seguía igual.

—¿El quién es? —¿El lento? —dijo señalándome.

Soporté el embate con altura. De última para ellos, el tipo del que hablaban no era yo. Podía hacerme tranquilamente el desentendido, pero yo sabía la verdad.

Veinte años habían pasado y esta vez tenía que defenderme, defender mi imagen, mi pasado y mi nombre.

Dudé en dejar pasar la ironía, pero no. Tenía que atreverme a la sutileza de hablar por mí. El tipo me dio la mano.

Mi abuela decía: "la vida no te espera, tenés que ir a buscarla".

—¿Y te sirvió eso? —contesté.

—Claro que sí. Yo no me duermo, yo voy al frente. —afirmó.

—Casi sin pensar, faltó que dijeras. —acoté con ironía

—Obviamente. —deslizó algo sorprendido.

—Te agradezco el consejo y veo que aprendiste la lección.

—No sé adónde querés ir. —respondió molesto.

—En la vida lo primero que uno busca desesperadamente, es no quedarse solo. Después el casamiento, el auto, la casa, los hijos y al final, uno se dedica a comprar. Y compra como un loco, compulsivamente. —le dije.

—No te entiendo lo que querés decir.

—Quiero decir que uno siempre está intentando buscar un motivo para justificar su infelicidad. Pero vos ya debés saber, que no alcanza con ir al frente para poder ser feliz.

Quizá entendiste mal el refrán de tu abuela. La cosa es buscar y no escapar, es sentir y no comprar. Me entendés, "Pierre Cardin". —le dije con un exceso de ironía, sorpresiva y desconocida para mí. Él, como era previsible, se molestó.

—¿Qué te pasa tonto? —disparó molesto y exaltado.

Sospeché que me había metido en el casillero equivocado, pero por una cuestión de hombría seguí para adelante como él decía.

—Pará, no te calentés. Estamos en una fiesta. —lo frené—. Yo te estoy diciendo que voy a seguir tu consejo, para poder ser como vos. Para poder caminar por el salón vestido con ese saco bien apretado en la panza, para ser feliz por algún chiste pelotudo que me contaron. Voy a hacer lo que vos decís y voy a ahorrar plata para cambiar el auto y viajar a Punta Cana.

Es más, me encantaría sentir la angustia que vos sentís cuando te veo pasear mirando "culitos", mientras tu mujer está rastreando a otro que ni conoce, pero que la ilusiona más que vos, obviamente.

El tipo se me vino encima, pero por suerte lo agarraron.

Yo me alejé sin decir nada más. Estaba golpeado pero enterito.

siete:

el discurso

Cuando estaba convencido de que irme del lugar era lo mejor, anunciaron mi presencia por los parlantes del salón y me invitaron a subir al escenario. Casi no tuve tiempo de dudar y empecé a caminar hacia el micrófono pasando por entre la gente.

La mujer que conducía el acto me hizo recordar que tenía que leer el discurso de conmemoración.

Busqué en los bolsillos, porque un hombre precavido debería tener algo guardado como para sobrellevar la situación pero no tenía nada. Tal vez yo no era un tipo precavido o quizás había llegado el momento de improvisar. Cerré los ojos y me dejé llevar.

—"Nos toca sembrar cuando todos cosechan. No hay nada por fuera, nada que sacar, nada que mostrar, nada de nada.

Todo nos parece tan terrible como si este fuese el fin. Tal vez, debemos entender que cada momento es único, que lo positivo es saber que el mundo puede seguir sin nosotros.

Aceptar que uno no es tan importante, causa un gran alivio.

No se amotinan las muchachas en la puerta de mi hotel y no es sólo porque yo no duermo en hoteles. No hacen cola en las librerías esperando mi última novela y no es un problema de edición, es porque a las personas que hacen cola no les interesa mi última novela.

No existen los periodistas que me persiguen, ni los críticos del espectáculo que se desesperan por mi biografía.

No hay en el mundo recolectores de fotos, ni colecionistas de firmas que anhelen encontrarme. No soy un tipo famoso y quizás nunca lo sea. No soy un símbolo de esta sociedad, ni un referente de nada. No soy un genio, ni un galán, ni un consejero espiritual.

Así podría seguir indefinidamente durante el resto de mi vida, enunciando todo aquello que no soy y aunque estas palabras suenen ingenuas, aunque todo esto nos resulte obvio, no lo es.

Soñé con muchas cosas en mi vida, pero no pagué la cuota. Hoy por hoy, no sé si acusar públicamente al deudor que hay en mí o agradecerle la omisión.

Cada vez que pude entrar a la "fiesta", me escapé. Y me quedan un sinfín de añoranzas de todo lo que no fui. Tengo un baúl lleno de segundos tiempos donde gano todos los partidos, donde el joven con futuro se alza con los triunfos y es reconocido por sus pares. Además, aún me quedan miles de videos filmados en aeropuertos y plazas, desbordados por mi presencia. Con madres desesperadas, prohibiéndoles a sus hijas acercarse a mis brazos.

Podrán acusarme de adolescente y tal vez estén en lo cierto. Pero hay una deuda en mí, que se vuelve interminable.

Me veo claramente desde lejos, contándoles a mis nietos que yo conocí a Suar y escribí en canal trece. Y además, llegué tarde por muy poco, a un reportaje con Catalina Dlugui. Y también firmé un contrato televisivo con TVA y bla, bla, bla.

No acepté nada de eso, porque yo estaba para mucho más.

Y me puedo escuchar, como metido en una grabación, repitiendo mi hit de quince minutos de fama. Como si desde allá para acá, no hubiese pasado nada. Como si todo este tiempo no hubiera existido. Como si yo no hubiese estado en este lugar o aún más crudo, como si yo no hubiese estado vivo.

¿Cuánto tiempo más tenemos que caminar con el cadáver a cuestas? ¿Cuánto más voy a seguir con esa deuda fatal?

Con la vergüenza de andar caminado por ahí con mi casete bajo el brazo, mostrando mi currículum para que sepan quién soy. Para que se den cuenta de que estoy acá, delante de sus narices. Para que sepan que me cansé de todo lo que no fui, pero que casi soy.

Podría entregarles ahora mismo una declaración jurada en la que me declaro un pelotudo y por decreto dar por muerto al famoso, a la promesa, al genio y al desvirgador de historias fatales. Podría hacerlo ya mismo y sacar de mi cabeza la gran ilusión.

Desligarme de una buena vez de aquel muchacho y por si acaso llevar en el bolsillo del saco, la promesa de volver. Volver a ser lo que casi fui...

Créanme que estuve tan cerca de acceder al cielo azul, o tal vez era el infierno. Pero no se asusten amigos.

Perdí todo lo que traía para perder, tan sólo me quedaron algunas fotos viejas.

Por supuesto que puedo seguir con esto o puedo decretar el fin. Pero nada de eso me serviría para vivir.

Les aseguro que no voy a negar nada de nada, pero también les digo que voy a hablar de lo que quiero. Porque me di cuenta que lo más importante, no sale en los diarios, ni en los libros, ni siquiera en las biografías no autorizadas.

Voy a hablar poco, sólo lo necesario. Algun comentario acerca de la vida, de los aromas de estación y por si alguno lo desea, puedo pasarte la receta de mi pasta frola. Una receta común sin demasiadas pretensiones, sacada de un libro de cocina, que tan sólo sirve para tomar unos mates mirando el atardecer, hablando de cosas simples, leves y sutiles."

Quedé en silencio con los ojos cerrados. Había dicho todo lo que sentía, lo que quizás nunca debí decir.

Pude percibir en el cuerpo esa esclavitud a la que me estaban sometiendo mis propias palabras. Estaba convencido de que éste había sido el peor discurso de mi vida, o por lo menos el más descontextuado de todos.

Tenía miedo, aunque más que miedo era vergüenza. Pero era tanta que no me atrevía a abrir los ojos.

Realmente no sé cuánto tiempo estuve así. Creo que cuando la incertidumbre superó a la vergüenza, levanté la frente y los abrí. El salón estaba vacío. Repleto de gente, pero vacío. Me había quedado solo, o casi solo.

En el fondo había un tipo que aplaudía, tal vez estaba en pedo, pero aplaudía.

Frunci los ojos para poder verlo mejor. Esa cara me resultaba conocida, no sabía quién era, pero había algo en su expresión que me era familiar. Él sonrió como celebrando mi atención, como festejando el encuentro y me habló con un tono desafiante.

—Honestamente me parece que te faltó algo. ¿Por qué no cerrás los ojos e intentas seguir? —me dijo.

Sentí en sus palabras un dejo imperativo, como una orden poco feliz y apenas disimulada. Me sentí molesto e intenté de buena manera hacérselo saber.

—No necesito cerrar los ojos. Fue una casualidad que los tuviera cerrados, tan sólo eso.

El insistió mostrando que sabía más de lo que decía, como si me conociera, como si supiera lo que yo podía llegar a pensar.

—A simple vista parecía como que tenías miedo. Y no es un problema de apreciación.

Era agresivo, lo sentía. Podía no contestar esta vez y seguir con el discurso o podía intentar un buen golpe. Quizá era eso lo que él quería, lo que yo siempre hubiese hecho. Enderecé la figura y me largué, levantando la voz como para que todos me escuchen.

—Señores. Confieso que he fracasado. Pero para que vaya quedando claro, esto no es una búsqueda de excusas. Cualquier fracaso tiene que ver con el parámetro, con el lugar desde dónde se observe la situación y con el punto exacto hacia el que uno se propone ir.

Lo bueno de esta historia, es que no hay historia y créanme que lo bueno de este fracaso, es que si lo miro desde otro lugar no existe ningún fracaso.

Tenemos infinitas coartadas para no sentir nada, para justificar nuestro miedo a la soledad, a la tristeza, al abandono, al desprecio. Pero vivimos sumergidos en trucos, trampas y artilugios, que no nos benefician en nada.

Manjares psicológicos que parecen satisfacer nuestro apetito, pero que siempre nos dejan vacíos. Nos desesperamos en la búsqueda de garantías, pero todos los garantes viven en el pasado. Toda esa seguridad reside en un piso alto del hotel que tenemos en nuestras cabezas. Pero cuidado, porque si uno acepta la garantía queda expuesto a lo peor.

Dicen los que saben, que algunas deudas no caducan jamás. Nadie pero nadie, se muere por intentar vivir."

La gente seguía igual, como una pausa en el tiempo.

El tipo me miraba fijamente, pero esta vez no hubo aplausos. Giró en silencio y se fue del salón.

Yo conocía esa mirada, pero no había caso, no podía recordar quién era. Esa voz áspera, esa seguridad que intentaba trasmitir de manera poco clara.

Honestamente no darme cuenta me generaba una especie de incertidumbre.

Quizá era el mismo tipo del bar o el que estaba en el jardín de Ragaci. Podía ser, pero realmente no estaba seguro.

Sali de la escuela algo perdido. No sabía ni qué calle estaba cruzando. Tal vez la víctima de una amnesia selectiva era yo.

ocho:

el tren

Una ráfaga de aire me dobló las rodillas. Senti que no iba a poder superarla, pero rápidamente se perdió en la bocacalle.

Me sentía flojo y buscaba una referencia, como quien camina por Tokio intentando encontrar un cartel de Coca Cola para sentirse como en casa.

Debo reconocer que mi referencia histórica eran los trenes, por eso caminé hasta que encontré la estación.

Alguien me saludó. Yo respondí pero sin saber quién era. Llegué y busqué el andén más cercano, en realidad eso era lo de menos, ya que con los trenes tarde o temprano se mezclan el ir y el venir. Todo es una cuestión de tiempo.

El tren arrancó.

Me llamó la atención no ver vendedores ambulantes, hasta que de golpe un tipo giró y supe que estaban ahí.

Levantó su bolso del piso, empezó a caminar sonriente, sacó algo y arrancó con su monólogo estudiado y prolífico.

Nadie le respondía, casi ni lo miraban.

Uno tampoco lo puede mirar con exageración, porque no sabe cómo lo puede llegar a interpretar.

Cuando llegó hasta mí me entregó en la mano un costurerito de viaje. Yo dudé pero finalmente lo agarré. Él me miró a los ojos y me habló en voz baja, con seguridad.

—Agárralo y hacé que me lo comprás. —me dijo.

—No, está bien te agradezco. —respondí.

—Gracias. —dijo y se movió como si guardara la plata.

Por supuesto que yo no le había dado nada. Después de eso, dos o tres le compraron y yo para disimular escondí el costurerito.

El tipo terminó la venta, guardó sus cosas en el bolso y fue hasta la puerta de salida con la intención de pasar al siguiente vagón.

Yo dudé en llamarlo, no por quedarme con esa porquería, si no para no despertar sospechas entre los pasajeros.

No pude pensar demasiado porque en ese momento giró, como si se acordara de mi presencia y caminando rápido volvió hacia mí. Yo saqué el costurero de mi bolsillo y lo puse en mi mano, como para devolvérselo disimuladamente.

—¿Qué te pareció, maestro? —dijo con elocuencia levantando la voz, demasiado alta para mi gusto.

La gente empezó a mirarnos y tuve miedo de que me consideraran cómplice de este tipo.

—Me pareció bien, pero podría hablar un poco más bajo porque la gente nos está escuchando. —le indiqué.

El tipo sonrió excesivamente como despreocupado.

—¿Quién nos está escuchando, ellos? Quedate tranquilo que no pasa nada. —dijo el vendedor, sonrió de nuevo y levantó aún más la voz. —¡No pasa nada!

Yo me puse nervioso frente a su osadía. Él no se inmutó.

—Mirá este morocho que está acá —dijo señalando a uno. Es hincha de Lanús, labura en un corralón y se llama Alejandro. Está juntado con una mina que le lleva diez años, Gladis se llama la "viejita". Muy buena mujer y lo quiere en serio.

El tipo se detuvo como ordenando los datos.

El morocho sonreía sin inmutarse, como si aceptara la descripción o en el fondo no le diera ninguna importancia.

El vendedor se secó la frente y continuó con el relato.

—Realmente este forro no la quiere. Lo que pasa es que está cómodo porque la vieja tiene un negocio en el Once, que le quedó del matrimonio anterior y con eso lo banca.

Él vive tranquilo con ella y con sus dos hijos, los de la mujer se entiende ¿no? Por ahora él no quiere saber nada de tener pibes. Además entre nosotros, Alejandro se mueve a una compañerita del corralón que está en la parte administrativa.

Miré hacia el costado pero el tipo ni nos miraba.

A esta altura hubiera preferido comprarle todos los costureritos a tener que seguir soportando su monólogo.

—A aquella la de la punta, la que está sentada como una virgencita —dijo señalando a una mujer—. Viene de saludar a la tía. Se llama Norma y vive sola. Ves que parece una santa.

Realmente es una santa, pero de noche labura en un show de strippers.

Tendrías que verla moviendo ese culo, parece otra persona.

Yo estaba seguro de que la mujer había escuchado la descripción del tipo, pero no dijo nada de nada.

Mi incomodidad había desplazado claramente a mi vergüenza y todo esto me parecía una exageración. El tipo insistía casi adrede, como sabiendo lo que me pasaba.

—Normita... Hubiera vendido a mi vieja con tal de entrarle, —agregó como recordando.

Yo estaba demasiado molesto y por momentos tenía la sensación de que el tipo estaba loco.

—A estos los conozco a todos, si son siempre los mismos, —insistió y sin tomar aire siguió—. Miralo a Alberto. Hace tres años que viaja al centro buscando laburo y nada. ¿Pero sabés cuál es la clave de su fracaso rotundo? No quiere conseguirlo y de eso está totalmente convencido. —dijo y frenó de golpe como si recordara algo, después giró hacia mí y me habló cambiando el tono—. Vos la verdad me sorprendiste. Porque acá sos nuevo. Nunca te había visto subir en Llavallol.

—Lo que pasa es que yo viajo poco en tren. Tal vez en otro tiempo lo hacía más...

—Ya sé. —dijo el tipo interrumpiéndome, sin darle importancia a lo que yo pudiera decir—. Seguramente vos te estarás preguntando si entre todas estas personas hay alguna normal. Pero sabés qué, no existen las personas normales. Cada uno de ellos piensa que es normal y todos tienen una especie de manual que les dice cómo deben hacer las cosas.

En ese momento supuse que se iba a detener, pero no lo hizo y arrancó con más fuerza.

—Mirala a Sara, ama de casa. Hoy fue al centro a hacer unos trámites. El marido trabaja en un banco y tienen un hijo. Ves, parece normal. ¿No es cierto Sarita? —dijo hablándole al oído a la mujer y volvió hacia mí—. Sólo que hace más de ocho meses, que todos los martes como hoy, tiene que hacer trámites en Capital. —Después de decir eso giró, como si ya supiera lo que continuaba—. ¡Mirá al Japonés Oscar! —dijo señalando a un tipo oriental—. Éste era un maestro del billar, ahora como lo ves está hecho pelota, ni el taco puede sostener. —dijo mientras se le acercaba. Se ubicó a diez centímetros del tipo y siguió contando sus defectos y alguna que otra virtud.

Me costaba prestarle atención, eran demasiadas descripciones para un viaje corto. Realmente estaba un poco cansado de escucharlo y se lo hice saber.

—Está bien, ya noté sus habilidades de presentador. Pero a mí todas estas cuestiones no me interesan, no es algo que me importe en lo más mínimo. Es más, no sé ni para qué me lo cuenta.

—¿Eh? Que rápido me cortaste. Vos sabes que yo pensé que me ibas a dejar presentarte a algunos más.

—No. Sinceramente me aburre esto. —insistí.

—Esto no es aburrimiento. Esto que a vos te pasa tiene que ver con los celos. Sencillamente, te estás poniendo celoso. —me dijo sonriendo de manera socarrona.

—No entiendo lo que hacés. No le veo la gracia.

El tipo se dio vuelta y levantando la voz se dirigió a la gente.

—Señoras y señores, tenemos entre nosotros un pasajero nuevo, un adicto al ferrocarril, un suicida en potencia, uno de los nuestros... Treinta y tantos años, escritor aficionado y fundamentalmente melancólico. ¿Y saben qué? Hoy martes nos ha venido a buscar.

Yo estaba realmente sorprendido, no entendía nada. Era como que esto no podía estar pasándome a mí. Por detrás apareció un hombre ciego que tocaba la guitarra, yo lo tenía visto de otro lugar.

El vendedor como si nada continuó gritándose al oído. Decidí no escucharlo más. Él se dio cuenta de mi actitud y se alejó, pero siguió diciéndole cosas a los pasajeros.

De golpe se detuvo como si fuera el momento indicado y empezó a aplaudir. Todos aplaudían y me miraban como en un cumpleaños sorpresa. El tren se detuvo en la estación.

Más aturrido que temeroso, decidí bajar, pero me taparon la puerta. Una mujer me dio un beso en la mejilla y bajó del tren.

Un hombre me dio la mano con emoción, otro en un gesto visiblemente fraternal, me tocó el hombro.

Y así fueron pasando. Primero se saludaban entre ellos, después a mí y luego bajaban. El vagón se fue vaciando hasta que quedamos solos el vendedor y yo.

—No te servía ninguno? —me dijo resignado.

—No sé de qué me hablás?

—Otra vez con eso. Ya es hora de que reacciones. No te das cuenta de que estás dando vueltas como un caballo y no te queda nada. Te acabo de presentar un montón de personajes listos para usar, con latido propio. Y vos seguís encerrado en tu mundo. A veces sos demasiado egoísta.

Ya me había sorprendido el hecho de que nadie reparara en la voz de este tipo. Él describía a la gente y nadie se inmutaba. Algo extraño había en eso. Y ahora la adivinanza, que me quería hacer tropezar otra vez.

—¿Para qué tanta reflexión? Al pedo viejo. —dijo de mal modo.

—Ya está, no sigas. Reconozco que es un buen truco, una buena jugada, pero ya está. ¿Qué es lo que querés? ¿Querés que te pregunte quiénes eran? ¿O cómo lo hiciste? —respondí.

—Eran extras podríamos decir y cómo lo hice, ¿qué importancia tiene ahora? Lo hice y punto.

—¡No te hagas el boludo! —le grité y sin esperar su respuesta seguí—. Hace años que conozco el secretito de la adivinanza. Es como el jueguito de la copa.

—Mirá que bien. —ironizó—. ¿Y entonces que esperás para empezar a hacer las cosas bien? ¿O vas a seguir hablando con tu jefe por el asuntito de tu renuncia? ¿Cuándo vas a comprometerte a algo? —me preguntó.

—¿De qué estás hablando?

—No te hagas el tonto. ¿Cuándo vas a hablar de cambiar el mundo? ¿Cuándo un poquito de poesía combativa? —dijo y se puso a cantar un tema de Silvio Rodríguez.

—¿Eso qué cambia?

El tipo siguió cantando sin contestar mi pregunta. Se fue acercando a la puerta del tren, que seguía detenido y sin decir nada se quedó ahí mirando hacia afuera.

Por la ventana pude ver que las personas que habían bajado del tren estaban reunidas alrededor de una mesa. Reían y brindaban como en vísperas de navidad. No tenía sentido seguir parado ahí tratando de encontrar algo de cordura entre tanta estupidez.

Caminé hacia la puerta apoyado en una de mis mitades, mi parte segura. El tipo se dio vuelta y me detuvo tomándome del brazo, apoyándose en la otra mitad.

—¿A dónde vas? —me dijo.

—Me voy de acá.

—Pero todavía no me contestaste.

—Sí que te contesté, te respondí con una pregunta. Te dije qué cambiaba un poco de poesía combativa. El que todavía no dijo nada sos vos. —le indiqué.

—¿Qué cambia? Lo cambia todo. El compromiso con un ideal, te hace sentir que podés cambiar el mundo.

—Claro está bien, pero sería diciendo y escribiendo cosas que no siento en lo más mínimo.

—No las sentís, pero deberías sentirlas. —dijo mientras miraba hacia los costados. Después se perdió en un silencio corto, como si se estuviera envuelto en una especie de resignación, que para mi gusto no se veía real. Yo hubiese jurado que estaba actuando la escena.

—¿Vos entendés que hay cosas que la gente quiere escuchar? Cosas que realmente le importan. La metafísica, la filosofía, la disciplina que encierra el yoga. Tantos temas y tantas variantes para elaborar tus propias historias. La psicología social, las tendencias de izquierda, el desarrollismo, las resistencias combativas.

Naciste en un lugar ideal para escribir sobre la sociedad. Este es el momento y el tiempo exacto. ¿Por qué carajo no aprovechas el designio que te brinda tu estrella, tu destino? —me miró seguro y volvió a insistir—. ¿Por qué no lo hacés de una buena vez y te dejás de escribir tantas pavadas?

—Porque no lo siento así. Porque no me interesa. Yo creo en las personas, no en las sociedades. Siento más el latido de un corazón, que el de una masa de corazones. Esto que yo hago, es cara a cara. Es tan simple como hablar de los dolores de huesos, las penas cotidianas y los placeres baratos.

En el fondo todos saben que no existe la revolución o mejor dicho, podemos decir que existe porque nunca va a existir.

Cuando uno llega a ella, en ese mismísimo instante, desaparece. Es como imaginar la utopía de un gran cielo, aun sabiendo que nunca la vas a alcanzar.

—¿Y eso qué tiene de malo? —insistió.

—Eso es un engaño. No es real. No queremos alcanzar a esa mujer, queremos soñar con ella, con su cuerpo, con su alma, pero no queremos encontrarla.

Todo lo bueno se da cuando ella no está. Cuando está ahí no nos sirve. Porque se acaba la ilusión y empieza lo único que no podemos ni sabemos manejar, que es la realidad. —deslicé con una convicción escalofriante.

—Estás equivocado. Esas son pavadas, boludeces. ¿Quién por ejemplo, no va a querer un mundo mejor? —me preguntó.

—Nadie. O vos acaso pensás que si toda la gente quisiera un mundo mejor, como lo expresa habitualmente, el mundo sería lo que es. Ni en pedo. Eso es hipocresía, así se llama. Decimos lo que debemos decir, lo aceptado socialmente, pero en el fondo queremos otra cosa.

—Vos no tenés salida. Pensando como pensás tu vuelo siempre va a ser cortito, no te animás ni a despegar del suelo.

Por esa razón es que te jode tanto ser un hijo de la clase media trabajadora. Y hagas lo que hagas, nunca vas a poder dejar de ser un boxeador que escribe aforismos.

Había sido agresivo el hijo de puta. Sabía que a mí alguna vez me había dolido ese hueso. Seguramente me quedaba algo de ese dolor. Como cuando nos quemamos y deja de arder, pero parece que va a seguir ardiendo.

Es simple, el que reparte las cartas elige el juego. El que manda decide el valor de cada pieza.

Los juegos humanos son sencillamente juegos de poder.

Siempre hay alguien escondido que nos marca cual es el tema del día y nos van indicando los vericuetos culturales, los males y sus antídotos y finalmente los caminos correctos.

Pero yo tenía una ventaja, a mí no me molestaba entrar por la puerta de servicio. Al contrario, comúnmente me resultaban más atractivos los atajos que las grandes avenidas.

Yo sabía que durante la reflexión, mi cara había cambiado.

El tipo lo notó y sonrió casi vencido.

Ese hombre sabía demasiado de mí...

La sonrisa que tenía se le fue transformando en una mueca y la mueca le ocupó la cara. No estaba vencido estaba descubierto.

Sin saludar se bajó del tren, silbando una vieja canción de cuna y no sé si fue la manera de caminar o la canción, pero al verlo bajar decidí seguirlo con la mirada.

Un tipo lo esperaba sentado en el andén. Prendieron un cigarrillo y empezaron a hablar.

No sé por qué recordé la cara del hombre de la fiesta.
¿Cómo no se me ocurrió?

nueve:

el marido de mi prima

A veces estaba demasiado distraído, como si la forma de elegir mis prioridades se estuviese volviendo anárquica.

Quizá tan sólo era un problema de contexto. Como ese tipo que tomaba sol plácidamente al costado de la nueve de julio.

Uno parece que no ve, aquello que no está esperando ver. Como si existiera una observación previa de las cosas, una antesala de las emociones y los miedos. Como si la conciencia se hiciera cargo por propia voluntad, de protegernos de todo lo que nos pudiese llegar a pasar.

Siempre recuerdo la primera vez que lo vi, aunque no sé bien, si fue en un cumpleaños de mi tía o de mi prima.

Tenía todas las características para ser un tarado, pero el tipo sabía mostrarse y siempre caía bien parado.

La historia era así, mi abuela paterna tenía una prima en Córdoba, creo que todavía vive. Realmente se veían muy poco, pero cada tanto se iban de vacaciones para allá. La señora se llamaba o se llama Amanda y mi papá cada vez que iban, jugaba con Inmaculada, la hija de esta mujer.

Son esas relaciones parentales esporádicas, que cuando se cuentan se van transformando y siempre alguno comenta con ilusión y emoción "nosotros nos criamos juntos."

Tal vez el objetivo real de semejante afirmación radique en la necesidad que tenemos de armarnos un pasado más o menos atractivo y recordable,

Inmaculada, quedó viuda al poco tiempo de casarse y se juntó con un tipo de origen polaco. Con él tuvo una hija muy hermosa, a la que decidieron llamar Gladis.

Gladis, venía a ser mi prima tercera o cuarta, digamos.

Me llevaba apenas dos años, pero a mis quince eso parecía algo más que una eternidad.

Honestamente la había visto dos o tres veces en mi vida y con eso me bastaba para conocer sus límites, como si fuera un mapa político número tres de Argentina.

Para ser totalmente sincero era la prima ideal...

El padre de Gladis, el polaco, tenía familiares en Solano. Un verano vinieron a visitarlos y nos invitaron a todos a almorzar. Recuerdo que era domingo y hacía mucho calor. Gladis tenía una bikini puesta sobre sus diecisiete años y yo estaba contento.

Tenía ganas de acercarme para hablarle de cualquier cosa y poder mirarla de cerca. Y mientras ella tomaba sol yo orbitaba como un conquistador. Estuve a punto de acercarme, pero ese tipo me rompió la ilusión.

Caminaba por el fondo de la casa con dos amigos y desde lejos se le notaba el aire de idiota.

Los amigos se fueron y él no tuvo mejor idea que acercarse a mí haciéndose el simpático. Sonreía y me preguntaba cosas pelotudas, cómo me iba en la escuela, si tenía novia, etc. Me trataba como a un nene y apenas me llevaba cuatro o cinco años.

Yo lo observaba y le contestaba por obligación, pero percibía en él algo raro, como que lo hacía para caerme simpático.

Estaba seguro que este tipo no era de la familia. Cuando lo llamaron confirmaron mi presentimiento. Se llamaba Osvaldo y era el novio oficial de Gladis.

Un hombre de veinte besaba y abrazaba sin vergüenza a mi prima de diecisiete, mostrando en nuestras narices su adquisición, su pertenencia. Él iba a rozar ese cuerpo que ardía. Porque mi prima se quemaba por debajo de la piel.

El Polaco había conseguido un televisor de veinte pulgadas y ese domingo pasaban a River en directo. No encontré mejor plan que ese, para una noche que pintaba mal.

Comí rápido los canelones de mi tía Inmaculada y volví a subir para ver el segundo tiempo.

Quince minutos después, el tipo llegó a la habitación y se ubicó a mi lado para ver el partido.

Me resultaban insoportables sus acotaciones. Hablaba como si supiera de fútbol y opinaba de cada pase y cada jugada.

Lo bueno fue que mis viejos estaban cansados y nos fuimos temprano. Lo malo, que tuve que soportar durante todo el viaje los comentarios acerca de este muchacho, trabajador y responsable.

Por vergüenza o miedo a levantar sospechas, no me animé a decirles que a mí me parecía un boludo.

Por suerte o no, yo tenía la imaginación a favor y nadie podía sacarme los contornos de mi prima de la cabeza.

El tiempo todo lo cura, dicen los que están "enfermos" y poco a poco me fui olvidando de Gladis y de Osvaldo.

Pero duró poco el olvido. Exactamente hasta que a ellos se les ocurrió legalizar el vínculo y aparecimos en un lujoso salón de fiestas, con toda la familia recibiendo a los novios.

Para mí era el final de una etapa y lo bueno es que cuando algo termina, otra cosa comienza.

Algo iba a suceder y yo presentía que lo que venía era mucho más importante que la luna de miel en Buzios.

A los quince días se vinieron a vivir a Quilmes, después de tanta playa y tanto sol.

En ese momento, yo trabajaba en la cervecería y día tras día, con la excusa de tratar de tardar menos, el auto se me desviaba y cambiaba de recorrido.

Día tras días, casi sin darme cuenta, me iba acercando más a la casa de mi prima lejana. Hasta que un día martes, casi por "casualidad" pasé por la puerta.

Ella, por otro tipo de casualidad, justo estaba entrando a su casa y entonces me vio. Paré y bajé a saludarla.

Reconozco que insistió demasiado para que pase a tomar unos mates. Reconozco que no me resistí tanto y entré.

Habían arreglado una casa vieja que tenía muchos ventanales. El sol entraba filtrado a cada paso que uno daba y se mezclaba por entre las piernas, formando claroscuros en el aire.

La primavera era cálida para ser noviembre. Gladis tenía una remera corta, dos trenzas y el jean que le apretaba el alma, calcado sobre las piernas.

En un momento tuve la extraña sensación de que ella me estaba esperando y se lo hice saber.

—¿Esperabas a alguien o me estabas esperando a mí?

Ella sonrió y esa fue la única respuesta. Nunca supe si me estaba esperando o no, pero lo que estaba claro era que Gladis sabía bien lo que quería.

Yo me dejé llevar hacia el "pecado". No como un cordero, me dejé llevar con ganas, con muchas ganas.

Como dicen los aduladores del destino, pasó lo que tenía que pasar. Estaba escrito que iba a pasar y quedó escrito con tinta indeleble en mi cuero, para siempre.

Gladis fue un pedacito de sol, manejado por mis manos y sus deseos. Fue la concreción de un sueño, la liturgia de un hecho que tenía fecha de ejecución antes de nacer.

Al hacerle el amor sentí que estaba entrando en muchas mujeres al mismo tiempo. En todas las que habitaban mi alma.

Ella gozó con la indecencia que brota de la despreocupación, envuelta en ese aroma neutro que emana el deseo o al menos, fingió decentemente que estaba gozando.

Digamos que para mis ojos nublados, era más o menos lo mismo.

Y me dejé llevar por el deseo, por el placer, por la perversión.

Cada gemido me aceleraba el pulso y cada grito me desafiaba a seguir cayendo sin dirección.

Perdido, prohibido, inconcluso, deshonesto. Caminaba por el borde del peligro, por las fronteras de mi imaginación.

¿Qué más podía hacer esa mujer por mí? ¿Qué otra cosa, podía hacer yo por ella?

Sentimos el frío del final, la angustia después del placer. Sabíamos que la historia había terminado.

—Saludos por tu casa. —fue exactamente lo que ella dijo.

—Igualmente. —dije yo.

Fue como dar matemática previa, sin nunca habérmela llevado. Como una hoguera que arde con ansias y después del fuego, no queda nada de todo lo que había habido alguna vez.

No fue una decepción para ninguno de los dos, ese no era el tema, fue una deuda, sólo eso.

De ahí en más el auto empezó a viajar derechito, nunca más se desvió para la casa de mi prima.

Lo que no supuse en aquel momento era que todo iba a cambiar y que yo no olvidaría jamás ese día.

Siete meses después, el destino se encaprichó en hacernos encontrar en el velorio del Polaco. Una llamada imprevista del cielo o del infierno, con pago revertido.

En aquella ocasión lo más importante no fue nuestro encuentro. Gladis estaba distante, obviamente sus motivos radicaban en el dolor. A Osvaldo se lo notaba acongojado, realmente lo debía estimar mucho al Polaco.

Yo no veía la hora de salir de ese lugar. Los velorios siempre me quitan el aire. Es como que la muerte aspira tan fuerte, que me seca la garganta y no me deja respirar.

Osvaldo se me acercó, como si fuésemos amigos de toda la vida y se puso a llorar desconsoladamente sobre mi hombro.

Hice lo que pude dentro de mis posibilidades para intentar calmarlo, pero había algo en él que me provocaba rechazo.

La escena no me cerraba de ninguna manera. Tal vez era la posición de su cuerpo o quizás la humedad de sus manos. Sinceramente no sé qué era, pero cada lágrima que derramaba ese hombre me empujaba a no creerle.

Me costaba aceptar lo que me indicaba la intuición, pero no podía evitar sentir que él estaba fingiendo. No dudaba de su estado de congoja, pero sí de su búsqueda desesperada de apoyo en mí.

Probablemente Osvaldo sabía lo que había pasado entre nosotros, casi no tenía dudas de que era así. Y si no lo sabía, sus sospechas eran tan grandes que parecían certezas.

Fuimos hasta la esquina a comprar cigarrillos.

En un momento se me cruzó que lo mejor era hablar con honestidad y decirle toda la verdad. Pero en realidad este no era el mejor momento. Además aquel encuentro había sido tan efímero, que yo muchas veces sospechaba de su existencia, como si aquella tarde hubiese sido tan sólo una carta sin enviar.

A veces creía que la imaginación estaba empecinada en armarme un recuerdo tan real, que se me volvía irreconocible.

Por cierto, no podía contarle una historia repleta de dudas. ¿Qué le podía decir? "Creo que me acosté con Gladis."

A veces la sinceridad es capaz de colocarte en posiciones complejas y difíciles de sostener.

Osvaldo, que hacía más de un año que no fumaba, compró cigarrillos. Siempre un velorio es un buen momento para volver.

Yo guardé mi sinceridad para otro momento.

Él pagó los cigarrillos y me los regaló, conteniendo sus ganas.

Después me miró a los ojos, con el ceño fruncido y mucho frío en la mirada. Yo esperé lo peor.

—Acá a dos cuadras hay un bar, necesito tomar algo.—me dijo.

No lo contradije y fuimos juntos a un lugar en donde volcaban los hombres abollados y los heridos de muerte, "Lo de Goyo".

No me dejó ni elegir, como si supiera que para soportar lo que venía yo también necesitaba algo fuerte.

Pidió dos ginebras y don Goyo trajo la botella.

En ese momento empezó el primer diálogo serio que tuve con este "buen hombre".

—Yo lo quería mucho al Polaco, era como mi viejo. Pensá que hace años que lo conozco y uno se encariña. —dijo emocionado.

—Sí, es cierto. Además era un buen tipo. Un tipo duro, pero realmente dado, no.

—¡¡Era un hijo de puta!! —dijo Osvaldo y yo sentí que estaba perdiendo el control. Vacié el vaso de ginebra en mi boca y él insistió—. Un hijo de mil puta.

—¿Por qué decís eso? —pregunté confundido.

—Gladis no era su hija. Inmaculada lo engañó una vez, sólo una y la pobre quedó embarazada. —Hizo una pausa leve, llenó los vasos y continuó—. El Polaco no era tonto, él no podía tener hijos, eso lo sabía de antes. Se la bancó como un caballero y sólo esperó a que Gladis fuera una señorita para vengarse.

Osvaldo tenía la sutil habilidad de dejarte agarrar el timón, pero el barco siempre lo manejaba él. Sabía claramente cómo hacer para que uno trastabille y dude.

Yo estaba casi seguro de que todo lo que decía era irreal. Mentía para impactarme. Él preparaba el juego y tanteaba mi cara hasta encontrar el momento exacto en el que podía decirme lo que él necesitaba decirme.

Yo conocía el juego, pero así y todo me había impactado.

—¿Cómo sabés vos que eso es real? —le dije.

—Lo sé. No voy a estar esperando que alguien me lo confirme. ¡O vos pensás que el Polaco me iba a decir algo? ¡O mi mujer iba a hablar de este tema? Yo lo sé y con eso me basta. —dijo algo molesto y volvió a tomar.

—A mí me parece increíble. Es más, no puedo aceptarlo como algo real. Vos deberías hablar con ella, para que te lo cuente y se alivie. —le dije con honestidad.

Él se metió la mano entre los cabellos como reflexionando.

—Gladis no da para hablar. Ya nada es como era antes entre nosotros dos, —dijo y como si se quedara sin palabras se ahogó en un silencio profundo. Después tomó impulso y volvió al diálogo—. Yo sé que ella desde hace un tiempo me engaña.

Me quedé en silencio mientras él volvía a vaciar el vaso en su boca y sin emitir sonido, se sirvió otro y lo volvió a vaciar.

Yo traspiraba a causa del miedo. No sabía cómo podía reaccionar este tipo.

Quizá aquella tarde, sin darme cuenta me había olvidado algo en su casa. Tal vez Gladis lo escondió, pero en un momento de bronca le dijo toda la verdad, como para herirlo.

Pero aún teniendo en cuenta esa posibilidad decidí ir para adelante, como quien busca salir de la posición incómoda.

—¿Y vos, cómo sabés eso?

Osvaldo me miró a los ojos y sin responder a mi pregunta se largó a llorar. Exagerado y ruidoso como los chicos malcriados. Lo hacía sin límites ni vergüenza, sin tapujos ni restricciones.

Yo en una reacción instintiva le palmeé la espalda, buscando darle algo de contención. Sabía ciertamente que el llanto no es buen conductor de las sensaciones de un hombre herido.

Al rozar su cuerpo pude percibir algo, no era físico, era algo inmaterial. Una sensación leve que me llevó a desconfiar nuevamente de él. No lo soportaba ni cuando estaba llorando, porque sabía que buscaba generar climas tensos y asfixiantes. En esos contextos él jugaba su mejor papel de víctima inocente envuelta en penas. Saqué la mano lentamente y creo que él entendió que no valía la pena un exceso de interpretación. Se secó la cara con un pañuelo y siguió, casi recomuesto.

—Es una larga historia, pero creo que siempre me engaño. Honestamente yo pensé que con el tiempo iba a cambiar, pero la realidad me demostró lo contrario.

Yo sé que parezco un idiota, pero no la dejo porque en el fondo, ella me da lástima.

No estaba sentado frente a un hombre real. Este tipo era una paradoja inconclusa, un actor sin guión ni destino.

Cómo él podía sentir lástima, si su imagen era penosa.

Si se desgarraba por dentro, cuando confesaba el engaño.

Osvaldo se desdecía y desde su malestar proyectaba sensaciones confusas y desordenadas que sólo buscaban exagerar su pena.

Sonrisas y lágrimas, soberbia y lástima. Tal vez todo era igual. Tal vez lo importante era el impacto y no la forma.

Mis pensamientos se enroscaban rápidamente, mientras sus dedos se entretenían mezclando un sudor frío con lágrimas de hombre grande y cansado.

Con el paso de los minutos el diálogo se desvirtuó. Creo que los dos conocíamos el rol, creo que él sabía que su historia se diluía. Por eso arrancó con fuerza, decidido y empecinado.

—Se nota desde lejos que Gladis no es una mujer feliz. No hay que ser un entendido para comprender que está todo el tiempo buscando el límite, buscando lastimarse.

El contenido dramático de la escena, con ese hombre vaciando la quinta ginebra en su boca me conducía inexorablemente hacia el punto de mayor tensión de nuestro encuentro.

—Hace poco metió un tipo en casa, uno nuevo. ¿Y sabés por qué lo sé? Porque yo coloco las cosas en lugares claves y me doy cuenta en el acto.

Es más, a veces las cosas están tan desordenadas, que creo que las desacomoda con toda la intención de que yo lo note.

—¿Y por qué pensás que hace eso?

No lo sé. Pero me parece que busca la agresión, el dolor. Imaginate llegar a tu casa y ver eso. Hago un esfuerzo sobrehumano para contenerme. Y vos podés pensar que yo exagero, pero no. Hay días que llega de trabajar y va directo al baño, sin ni siquiera saludarme. ¿Y sabés a qué? A cambiarse la bombacha.

—Bueno, pero ¿por qué soportás esas cosas?

—Qué se yo. —dijo como resignado pero rápidamente subió la apuesta—. Ella quiere que la deje pero no la voy a dejar. Gladis me necesita. Necesita que yo esté ahí cuando llega, cuando se cambia. Todo lo que hace lo hace para mí. Ella me regala su actuación, su juego y necesita que yo esté observándola. Sé que parece una gran locura pero es así.

¿Qué podía decir yo? Tan sólo estaba confirmando lo que sospechaba, éste tipo tenía todo claro, se hacia el tonto pero sabía perfectamente de que hablaba.

Quizá en algún momento me hizo dudar, debo reconocerlo, pero fundamentalmente yo la conocía a Gladis y no era como contaba Osvaldo. Ella era una chica infranqueable, segura y decidida que siempre se destacó por ser honesta.

Supuse que tenía que decir algo para limpiar su imagen.

—A mí me parece que vos te equivocas Osvaldo. Además si todo es tan así como lo contás, yo te diría que te vayas a la mierda y la dejes. No tiene sentido que vivan lastimándose.

Él sonrió desconcertándome. No sabía si era bronca o alegría.

—No. ¡Ni loco la dejo! Yo la amo y no podría soportar la vida si ella no está a mi lado.

—No te entiendo. Por un lado decís una cosa y por otro...

—¿Qué es lo que no entendés? —me interrumpió abruptamente—. Todo lo que te digo es cierto, es así. Por un lado siento que si la dejo se muere y por otro lado, si ella se va el que se muere soy yo.

No había nada más que decir. El tipo necesitaba un oído y yo se lo había prestado, sólo eso. No tenía sentido emitir una opinión. Había un punto en el que ellos dos se conectaban y ese era el cierre.

Las cosas eran así y dijera lo que dijera ellos sabían que tenían un gran problema sin solución, que los “obligaba” a seguir estando juntos. Un cordón umbilical único y cerrado. Como casi todo el mundo tiene.

Seguí por un rato escuchando el sonido de sus palabras y el ruido áspero de la ginebra atravesando su garganta.

Después le propuse volver al velatorio. Yo no quería ir al cementerio pero Osvaldo insistió.

Gladis estaba liviana y radiante con un vestido verde corto y una capelina sacada de alguna película de época.

Tal vez él tenía razón con la historia del Polaco. Quizá ella se había sacado un peso de encima.

En un momento de la ceremonia Gladis se dio vuelta y me habló al oído. Osvaldo nos observaba y yo tuve miedo, aunque más que miedo era vergüenza.

—Vos y yo vamos a volver a hablar. —me susurró.

No pude contestar. El ingreso del cajón en la tierra detuvo mi respuesta. Ella como si nada caminó hacia Osvaldo y tomándolo con fuerza de la nuca lo besó en la boca.

Ese no fue un beso de amor, ese gesto guardaba adentro al más crudo de los dolores.

Osvaldo quedó sorprendido y tardó en reaccionar. Ella se fue caminando segura por entre las tumbas.

Fue la última vez que la vi, mejor dicho que la vimos.

Ese día todo cambió.

diez:

osvaldo

El se había cansado de pronosticarlo en cada oportunidad y finalmente se le cumplió, mi prima se fue y él quedó destrozado. Y si bien Osvaldo no estaba muerto como había dicho que iba a estar, se lo veía bastante herido.

Realmente no sé qué era lo mejor, no para él si no para mí. Puede sonar como un exceso de egoísmo lo sé, pero bueno es así.

El marido de prima venía indefectiblemente todos los domingos a la casa de mis viejos para sacar a pasear su tristeza. Pero lo peor es que no lo hacía por él, lo hacía por nosotros. Nos bendecía con su presencia.

Ese domingo yo estaba más molesto que de costumbre y para ser franco ya estaba cansado de verlo.

—Otra vez por acá vos, —le dije sin reparos.

—Viste ya soy como de la familia, —dijo simpáticamente.

—No... No sos de la familia ni nunca lo vas a ser. Eso lo tenés que tener en claro viejo, —disparé con un exceso de energía.

—Sí, lo sé. Es una forma de decir nada más, —deslizó con una cara triste que acaparó todas las miradas.

Alguien interrumpió y él con un sollozo angustiante aprovechó la interrupción para cautivarnos con un nuevo capítulo de su dramática historia de vida.

—La casa en donde vivíamos con Gladis, si bien la arreglamos toda nosotros, era del Polaco y hace más de un mes vinieron unos sobrinos de Trelew a reclamarla.

Aparentemente Inmaculada y el Polaco no estaban casados de forma legal y entre una cosa y otra me fueron metiendo en un quilombo judicial. En resumen me tuve que ir.

—¿Y cómo no nos dijiste nada Osvaldo? —dijo mi madre visiblemente conmovida.

—Realmente no quise molestar a nadie y me fui arreglando dentro de todo lo mejor que pude. —acotó.

Debo confesar que nos había conmovido a todos, incluso a mí.

—¿Dónde vivís ahora? —le pregunté.

—Acá nomás. En una pensión cerca de Puente de La Noria, —dijo y se quedó en silencio. La falta de palabras fortaleció su relato que lentamente se iba volviendo cada vez más dramático. Se quedó unos segundos sin hablar y continuó—. El lugar no es tan feo, además no me cobran mucho y de a poco me voy arreglando. Lo que pasa es que los domingos no queda nadie y yo me siento terriblemente solo. Por eso vengo a verlos, porque aunque vos tengas razón —dijo señalándome— y yo nunca pueda llegar a ser un miembro de esta familia, siento que son lo único que me quedó en este mundo. Lo único que tengo.

Les aseguro que no se podía creer como lloraba mi madre. Yo ya me había agotado y volví a detestarlo.

Otra vez Osvaldo había cambiado la jugada y empezaba de nuevo a manejar cómodamente la mano.

A mí no se me escapaba, yo lo olía y sabía que estaba fingiendo. El manejaba la situación y no era un problema de astucia, era que yo también sabía cómo hacerlo. De todas formas debo reconocer que ese hijo de puta era muy bueno para la novela dramática.

Me ató de pies y manos, me dejó sin palabras y aún más, Osvaldo le quitó sentido a todo lo que yo pudiese decir.

Mi viejo le ofreció que venga a vivir al fondo de su casa. En el quincho le pusieron un colchón y al otro día con la aprobación casi unánime de todos los presentes (salvo uno que se abstuvo, que obviamente era yo) apareció viviendo en la casa de mis viejos.

Desde ese día no sólo los domingos lo encontraba. Desde ese día se convirtió en una estampilla.

Lo peor de todo no era el hecho de que él estuviera ahí, lo más duro era no tener apoyo.

Día tras día este tipo mejoraba el juego volviéndolo más sutil, más exquisito. Esto le proporcionaba mayores adhesiones y simpatías y yo me sentía cada vez más defraudado por mi familia.

¿Por qué razón mis padres hacían todo lo que yo no quería que hagan? ¿Qué es lo que pasa generalmente entre los padres y los hijos para que cueste tanto establecer acuerdos?

¿Será que todos los participantes de este juego, imaginamos cómo debería ser el otro jugador?

—Habrán querido alguna vez tener un hijo como yo?

Me sentía molesto aunque más que molesto estaba dolido y la única solución que encontré para tratar de torcer el rumbo fue el cumpleaños de mi hermano menor. Seguramente lo iba a querer festejar en el quincho, donde dormía Osvaldo.

Era la oportunidad para decirle de buena manera, que se busque algo en donde vivir y que se vaya.

Esta vez decidí cambiar, jugar al revés. No dije una palabra del tema y esperé que ellos lo resuelvan haciéndome el indiferente.

Llegué tarde de trabajar, levanté a la familia y nos fuimos para la fiesta. Ahí estaban todos. Ahí estaba él, reemplazando a mi viejo en la parrilla. Me acerqué disimuladamente para hablarle.

—¿Y, te tuviste que ir a otro lado? —lo interrogué.

—Sí, pero bueno yo de todas formas les agradezco a todos la hospitalidad que tuvieron conmigo y principalmente a vos.

—¿A mí justamente? La verdad es que yo no fui el que más insistió para que te quedes.

—Bueno está bien, pero a pesar de todo aceptaste y eso vale mucho, es muy importante. No sé si vos entendés lo que significa para mí. —dijo con una mueca de alegría.

Qué le iba a decir si no tuve opción de aceptarlo o no. Sonréí con amabilidad y no dije nada.

Saber que se iba de la casa de mis viejos, me permitió después de varios meses tener una fiesta en paz. Estaba distendido, relajado y hasta más simpático, como un pez que vuelve al agua. Realmente me sentía aliviado.

A la hora de irnos, Osvaldo se subió a mi auto. Me molestó la actitud pero con tal de que se fuera, acepté llevarlo.

Hice dos cuadras en silencio y casi sin querer lo vi por el espejo retrovisor jugando con mis hijos. Eso era algo que me molestaba profundamente y no lo podía evitar.

Los chicos se reían y se divertían con cada ocurrencia de éste estúpido. Hasta parecía que lo querían.

Yo con cada sonrisa lo detestaba más.

—¿A dónde te llevo? —le pregunté. Él me miró como distraído y sonrió. Yo insistí—. ¿Para dónde vas?

Osvaldo contestó en voz baja como si hablara para adentro, algo que no llegué a escuchar.

—¿Tu papá no habló con vos? —interrumpió mi mujer, mientras él seguía jugando con los chicos.

—Sí, hablamos boludeces pero nada puntual. ¿De qué me tenía que hablar? —pregunté y quedé colgado de un silencio que duró diez largos segundos.

—Creo que arregló con él para que venga a vivir al departamento que hay adelante, lo que antes era la casa de tu abuela. —respondió mi mujer hablando a media voz.

—¿En casa? ¿Adelante de nuestra casa? —pregunté inquieto levantando el volumen, pero el sonido molesto del neumático pinchado girando sobre el asfalto, impidió que escuchara la respuesta de mi mujer, aunque estaba casi seguro que había sido una afirmación.

Frené el auto en el medio de la calle y bajé descolocado. La goma estaba totalmente desinflada.

Llamé a mi viejo pero no le pude decir nada. Sabía que me iba a recordar que la casa le pertenecía, por lo tanto podía hacer lo que se le daba la gana.

Miré a mí alrededor, estábamos en la estación.

Intenté quedarme en silencio tratando de comprender qué estaba pasando, pero no tuve tiempo para reflexionar. Mi auto se acercaba al cordón manejado por Osvaldo.

—¡Qué hacés pelotudo! —grité.

—Disculpá pero lo dejaste en la calle y es peligroso para tus hijos. —deslizó con cara de circunstancia.

Abrí la puerta agarrándolo del cuello dispuesto a golpearlo.

Él se cubría la cara como un chico.

Mis hijos y mi mujer gritaban para que no le pegue. Tenía todo en contra, todo listo para perder...

El juego estaba más embarrado que nunca y cualquier cosa que yo hiciera podía ser peor y eso Osvaldo lo sabía.

—Cálmate por favor que los chicos sufren con esto —me dijo.

En el medio de mi locura pude entender que el tipo tenía razón. Si lo golpeaba me metía en un drama familiar.

Me acerqué y le hablé al oído con un tono amenazante.

—Yo a vos no te debo nada, la puta que te parió. Esta noche dormís ahí pero mañana a la mañana desaparecés y te buscás otro lugar. ¿Entendiste no? —le dije con violencia y agregué como susurrando—. Te juro que si no te vas te mato.

Osvaldo me miró desconcertado y se acomodó en el asiento del auto sin decir nada.

Cambié la goma transpirando como un perro. Él me miraba por la ventanilla casi de reojo.

En un momento se bajó del auto con un gesto triste y empezó a alejarse con su mochila de jean. Por un instante lo pude ver cruzando el puente de la estación para tomarse el 278 y me alegré, pero cuando subí al auto estaba ahí sentado con mis hijos, dándoles unos chupetines que había comprado en el kiosco.

Cuando llegamos entró por el pasillo mirando el piso, saludó a los chicos y se fue a su departamento a dormir.

Yo decidí no hablar con nadie. Me recosté y no pude detener mi cabeza. Pasé una noche terrible en la que definitivamente no pude dormir.

Al día siguiente salí de casa bien temprano. La luz del departamento estaba apagada, él seguramente dormía.

Fue un día complejo, uno de esos días pesados.

Al regresar noté que tenía visitas en su departamento. Estaban mis padres ayudándolo a ordenar el lugar y como estaban los abuelos, también estaban mis hijos, que ni siquiera me vinieron a saludar. Por suerte en casa había quedado mi mujer.

—La verdad es que no aguento más esta situación. —le dije después de saludarla.

—No sé por qué te preocupas tanto, te va a hacer mal. No le des importancia y listo. —deslizó intentando tranquilizarme.

—Pero me siento invadido, están ocupando mis espacios.

—No exageres tanto. Vos sabés como son tus viejos. —dijo con un gesto caritativo y acotó—. No le des bola.

—No es tan sencillo. —le dije mientras me lavaba las manos.

—Hoy al mediodía lo invité a comer con nosotros. —escuché que me decía desde la cocina.

—¿Acá a casa? —respondí saliendo del baño descolocado.

—A casa ¿qué? —me contestó como si habláramos cosas distintas y continuó—. A veces me da lástima con tanto frío. —dijo mi mujer justificando su acción.

Dudé en hablar pero no podía quedarme con la espina.

—Hoy tuve una hora libre al mediodía y fui a buscar a los chicos al jardín y la boluda de la maestra me dijo: "ya los retiraron", usted quién es?"

—¿Y vos qué le dijiste? —preguntó sonriendo.

—Que era el padre, que le iba a decir. ¿No sé qué te causa tanta gracia? —deslicé molesto—. La maestra me pareció una idiota.

—Me río de la situación. Pero no te enojes, la señorita es buenísima. —dijo y me aclaró—. Hoy salieron antes.

—Podías haberme avisado, ¿no?

—Nunca vas a buscarnos, no imaginé que justo hoy ibas a ir, por eso no se me ocurrió decirte nada. Tuvieron el festejo de los cumpleaños del mes y yo no llegaba a buscarnos, sólo eso.

Yo no le dije nada, no grité ni discutí ni nada. Fue uno de esos momentos que aparecen rara vez en la vida en los que sentimos que no vale la pena pelear. Esas situaciones en las que uno haga lo que haga no va a poder torcer el rumbo. Una auténtica causa perdida. Así me encontraba yo, sumergido en un agujero, quebrado y vencido por demolición.

De golpe sentí que nada podía sacarme del ojo de la tormenta y eso me hizo dudar. ¿Y si yo estaba equivocado? —pensé. Tal vez el tipo este era una buena persona necesitada de afecto.

El razonamiento me calmó por un rato y me permitió encarar la noche de otra manera. Intenté entender que estaba haciendo una obra de bien y así me dormí.

Pero las cosas no fueron mejorando. Cada vez estaba más afuera de mi lugar y él más adentro de mi vida.

Yo llegaba de trabajar y Osvaldo estaba en mi casa cocinando, cuidando a mis hijos y seduciendo a mi mujer.

Estaba seguro que iba a las fiestitas del jardín de la nena y a los actos escolares del varón. Preparaba cenas con velas y buen vino que pagaba yo. Organizaba juegos y mantenía a toda la familia en un clima alegre afectuoso y relajado.

Realmente no sé si se acostaba con mi mujer pero aunque parezca mentira, a esta altura ese dato era anecdótico.

Yo llegaba sin que nadie lo notara como un fantasma, apenas si me veían, es más el único que siempre me saludaba respetuosamente era él, Osvaldo.

Él no era tonto y sabía que estaba en infracción, pero también sabía que al saludarme de esta manera se estaba justificando y el que quedaba desubicado era yo.

Por momentos no quería ni estar en mi propia casa. Llegaba me preparaba el mate y me iba al altillo a escribir.

No sabía cómo manejar la situación y para ser honesto no tenía ninguna chance de manejarla.

Lo único bueno era que no me podía acostumbrar a vivir así. —pensaba buscando convencerme, intentando encontrarle un lado positivo a todo esto.

Un viernes a la noche vinieron dos parejas amigas de visita y él preparó unas pizas. Armó la mesa con elegancia buscando que hagan juego las servilletas y el mantel.

Después de los saludos de rigor pasamos a la mesa.

Él coordinaba la cena hablando con soltura y claridad. Por momentos se veía deslumbrante, aunque para mi gusto era demasiado soberbio, ¿pero yo qué podía decir? A quién le podía importar mi opinión, si lo miraban embelesados.

Cada tanto recorría las caras de los comensales sin poder salir de mi asombro. Después miraba la hora en el reloj del comedor y no podía evitar sentirme parte del decorado.

Me recomponía pero su voz vibraba en mis oídos y se me hacía insopportable. Tan sólo comía y tomaba más allá del dolor de cabeza, pero de pronto una frase entró en mis oídos.

Él contaba algo de su infancia, una anécdota que me sonaba muy familiar. Todos disfrutaban el relato emocionados, hasta los chicos que generalmente no escuchan estas cosas, prestaban atención en silencio. Osvaldo sonreía con satisfacción y yo sabía que la historia que acababa de contar era mía. Mi historia...

—Esperen que voy a traerles algo. —dijo sobresaltado y salió rápido hacia su departamento.

La reunión quedó en absoluto silencio, sin conducción y casi sin sentido. Vacía y oscura.

Yo no tuve mejor idea que hacerme cargo de la situación.

—Disculpen lo que está pasando pero este tipo es un pelotudo, —acoté haciéndome el simpático.

—No te entiendo ¿Por qué decís eso? Todos tenemos un lado pelotudo, —deslizó mi amigo, sorprendido por mi acotación.

Él volvió y no me dejó justificar nada.

Se acomodó en la silla como quien va a hacer un viaje largo, abrió un cuadernito viejo y empezó a leer.

Cuando llegó al tercer renglón ya sabía que esa historia era mía. De todas maneras sentí que no era el momento y lo dejé seguir sin hacer acotaciones. Aguanté como pude esas dos carillas que era lo que yo ya sabía que duraba el relato.

"Nunca le había dicho como envidiaba esa pegada. Movía la pierna izquierda sin inmutarse e impactaba a la pelota de una manera casi diabólica. No parecía humano."

Yo lo miraba y haciéndome el tonto le consultaba acerca de sus zapatillas. Tenían que ser sus botines los que hacían girar la pelota con esa comba tan extraña.

—Le pego y me sale así. —deslizaba él con sinceridad.

Yo llegaba a mi casa y me ponía a practicar, pero honestamente a mí el chanfle me salía mal, muy mal.

Carlitos Estigarribia lo sacaba del alma, es más no lo tenía ni que sacar se le caía solo.

Con el tiempo aprendí a pegarle a la pelota más o menos así como él, con un poco de comba. Hasta me he animado en algún partido a patear un tiro libre.

Cuando fui creciendo me di cuenta que no era tan grave. Me hice a un lado y me convencí de que el fútbol no era lo que me interesaba. Lo "mío" era distinto, era lo poético, lo narrativo o todo aquello que me salía más o menos bien.

Crecemos de esa manera y llegamos sigilosos al reparto de las fichas, agarramos el color que nos toca y después, recién después, nos convencemos que ese era el color que queríamos elegir."

Todos lo felicitaron al terminar.

Yo no pude. Me esforzaba tratando de disimular, pero no podía comprender por qué lo hacía.

—¿De dónde sacaste eso? —le pregunté.

—Lo escribí en mis ratos libres. —respondió sin dudar.

—Ese relato es mío. Le cambiaste el nombre al protagonista pero es mío. —le dije con seguridad sin poder esconder el fastidio.

—Debe ser que tenés uno parecido. —me dijo intentando usar un razonamiento lógico.

—Claro, seguramente. —le dije.

En ese momento entendí que no se podía usar un razonamiento lógico con un hombre así.

Era imprevisible y muy rápido. Además casi siempre estaba mejor ubicado que yo.

Dijera lo que dijera iban a considerar mi pedido como el de un niño celoso al que le sacaron el juguete. Acá había que jugar otro juego, no el del enfrentamiento. Así fue que me hice el tonto.

—Puede ser, es parecido a uno mío. —dije, después me levanté y fui hasta el baño. Desde allí podía oírlos.

La reunión se desarrollaba con total naturalidad sin mí. No me necesitaban en lo más mínimo.

Es más era casi obvio que yo sobraba en esa reunión, en la que paradójicamente estaban mi familia y mis amigos.

Sin que se dieran cuenta me fui y les aseguro que no tuve que esforzarme para poder hacerlo. Nadie lo notó o a decir verdad Osvaldo fue el único que se dio cuenta de que yo me iba.

Él era la única persona que sabía lo que pasaba y estaba todo el tiempo pendiente de mí.

Me fui al altillo a intentar escribir.

Cerca de la una de la mañana escuché subir a alguien. Pensé que era mi mujer pero no fue así, era él.

—¿Qué necesitás? —le dije de mala manera.

—Vengo a hablar con vos. —deslizó en voz baja.

—No quiero que vengas a este lugar.

—¿Por qué? ¿No entiendo cuál es el problema?

—Porque no. ¡Que mierda te tengo que explicar a vos! —le grité descolocado sin tener en cuenta la hora.

—Está bien, disculpame. —dijo asustado.

—¿Qué carajo querés de mí, Osvaldo?

—Yo no quiero nada. No sé qué te pasa conmigo, pero me ves y te ponés como loco.

—¿Yo? Te metés con mi familia, con mi mujer, con mis hijos, con mis amigos. Hasta leés mis cosas como si fuesen tuyas. ¿Hasta dónde pensás seguir? —insistí.

—Pero no te vas a enojar por ese relato... Es una cagada. Además vos me lo regalaste una vez que fuimos a tomar algo y me dijiste que no te servía. —dijo restándole importancia.

—¡¡¡Eso es mentira!!! —contesté con vehemencia.

—Bueno quizás no te acordás. Pero eso es lo de menos, por qué darle tanta importancia. —deslizó con ese aire soberbio.

—¿Todo esto que estás haciendo es por lo que paso con Gladis, no? —le dije sin pensar y apenas terminé de decirlo me arrepentí.

—Para qué lo hice? Para joderlo, nada más. Ahora el juego se iba a poner más violento, punzante y destructivo. Había actuado como un pendejo caliente.

En pocas palabras le había declarado la guerra y había perdido mi único y preciado secreto.

—¿No sé de qué estás hablando? ¿Ni por qué la metés a Gladis en esto? —contestó con seguridad y madurez.

—Está bien Osvaldo, hablemos claro. Yo me acosté con ella. Una vez hace un tiempo. Una sola vez. —le dije y observé su semblante esperando la reacción, pero como no llegaba seguí hablando—. Si todo lo que hacés es por eso, ya está, basta. Te lo digo de frente y listo. Fue algo que se dio así y ahora ya está, no sé qué querés que haga, no puedo modificar el pasado.

Osvaldo se quedó tranquilo y en silencio como si ya supiera todo. Por un lado era más fácil, pero había algo que escondía.

No sé qué estaba pasando por su cabeza, pero yo hubiera preferido que se moleste, que reaccione mal. Él en cambio dejó escapar una sonrisa y como si quisiera consolarme me habló.

—¿Que se vaya a la mierda Gladis! De alguna manera nos dejó a los dos. ¿O no es así? —me interrogó.

—¿Por qué nos dejó a los dos? Si era tu mujer, no la mía. —le indiqué molesto—. A vos te dejó, no a mí. —dije sin poder esconder la decepción que me había provocado su afirmación.

—Bueno en parte es real, tenés razón. ¿Pero a vos no te dijo que te iba a volver a ver? —deslizó con ironía

—Eso fue hace mucho tiempo, no me acuerdo exactamente lo que dijo. —respondí con energía contradiciendo a mi memoria.

—Bueno eso dejémoslo así, no tiene importancia para mí. Yo vine hasta acá porque vos me necesitás o por lo menos entendí eso cuando te vi subir.

—Yo te necesito? Vos estás loco.

—Bueno me pareció que no te salían las cosas y dije voy a darle una mano, a ayudarlo. —dijo exhibiendo su bondad.

—Mirá vos... ¡Qué increíble! —dije sin poder esconder mi asombro—. Por mí te podés ir a la mismísima mierda Osvaldo. Y si podés no vuelvas nunca más.

—¿Pero qué te pasa loco? ¿Por qué te ponés así? ¿Por qué no me tratás bien? Acaso no ves que tu familia me aprecia. —dijo con un cinismo escalofriante.

—Te digo una sola cosa, un día de estos me voy a cansar y te voy a hacer mierda. Te lo juro. —le indiqué con violencia.

Él sonrió como si mis palabras fuesen tan sólo las amenazas de un adolescente herido.

—No exageres. Mañana hablamos. —dijo y después se fue.

Realmente no lo soportaba y no entendía cuál era la razón por la cual no lo mataba a golpes, sin tenerle tantas contemplaciones.

El tipo siempre sabía más que yo. Siempre estaba mejor parado. Lo que había pasado con Gladis ni siquiera lo había inmutado, es más me había dejado pensando a mí.

¿Cómo sabía Osvaldo lo que ella me había dicho al oído el día del entierro del Polaco? Si él no lo había podido escuchar y yo estaba seguro que no había ninguna persona cerca nuestro.

Gladis tampoco se lo había dicho, si ese día se fue y desde ese momento no la había vuelto a ver. Yo no había hablado con nadie acerca de esa conversación.

No tenía manera de explicarlo. Tampoco sabía cómo había hecho para conseguir el relato que había leído en la reunión.

A veces tenía la sensación de que Osvaldo me leía los pensamientos y aunque como razonamiento era absurdo, era el único que me explicaba su accionar tan claro y concreto.

¿Cuál era el truco de este hombre?

Seguramente había revisado minuciosamente todas mis cosas. Porque durante el transcurso del día, él tenía suficiente tiempo como para hacerlo sin que nada ni nadie lo perturbe.

Después de dar vueltas a ciegas por entre mis pensamientos, esa misma noche tomé una decisión.

Al día siguiente cuando volví de trabajar noté que estaban todos durmiendo. No pude disimular la pena que sentí al besar a mis hijos. Me acomodé en la cama al costado de mi mujer e hice como que dormía, ya que no pude pegar un ojo en toda la noche.

Al día siguiente decidí alterar mis horarios. Yo sabía que los jueves él iba a buscar a mis hijos al colegio. Volví antes, entré en su habitación y con cuidado empecé a revisar sus cosas.

Encontré zapatos, discos viejos, dibujos y un sinfín de papeles que tenían mi letra. Además había ropa mía que yo ya no usaba.

Me puse a leer por encima algunos papeles y confirmé que eran míos. Relatos antiguos y olvidados que por diversos motivos yo había descartado de algún cuento o novela.

De golpe sentí que me faltaba el aire.

Todo parecía grosero, como un exceso de posesión, mis hijos, mi esposa, mis escritos, mi casa...

Todo era mío, pero en este instante nada parecía pertenecerme.

Estaba sumergido en una encrucijada y sentirme perdido en mi propia vida era como una llaga en el alma.

Tanto tiempo buscando afirmarme, apoyado en la lógica y la previsibilidad y cada vez estaba más confundido.

Y la confusión se acrecentaba mucho más cuando lo tenía frente a frente. Por un lado sentía su amable admiración y por otro lado el cinismo de su mirada. Osvaldo se estaba apoderando de mis cosas intentando reemplazarme.

Porque el juego de este tipo era así, inofensivo y letal al mismo tiempo.

Tan cambiante como el guión de una película de suspenso en la que el mayordomo no es el asesino.

Cuando estaba por salir de su habitación pude ver la puerta del placard apenas abierta y no sé por qué supuse que él podía estar escondido ahí, espiándome... Pegué un salto y me tiré sobre la puerta abriéndola de golpe, pero no había nada.

Cuando la cerré, casi por casualidad, noté que tirada en el piso por detrás del mueble había una remera negra. La levanté y al ver las letras amarillas y el tipito volando me di cuenta que era la remera de "De la guarda". La remera que tenía el tipo del estacionamiento...

¿Cuánto hacía que este hijo de puta me estaba siguiendo?

Me enceguecí y entendí que no había ninguna salida. Bueno había una sola y era matarlo.

Buscar alguna situación en la que pudiera pegarle un tiro, envenenarlo o hacerlo desaparecer de una manera creíble.

Los pensamientos repiqueteaban en las paredes de mi cráneo y sólo cuando me tranquilizaba podía ver que esa opción era una estupidez. Pero últimamente me costaba tanto estar tranquilo.

Yo nunca había matado a nadie, no era mi manera de hacer las cosas ¿pero qué podía hacer?

Lo que me terminó de convencer fue un relato escrito con una máquina de escribir que encontré en su mesita de luz. Decía algo así como que ya me tenía acorralado, que sólo faltaba el último golpe para quedarse con todo. Hablaba también del final y de matar o de morir... Este malparido me quería matar a mí.

Esa era la razón por la que se metía en mi vida. Esa era la causa que lo llevaba a aparecer por todos lados.

Seguramente hacía mucho que me seguía, estudiando mis movimientos y mi forma de vivir. No podía perder tiempo porque Osvaldo era mucho más hábil de lo que aparentaba. El plan tenía que ser ajustado y lógico, sencillamente perfecto.

Podía encontrarlo por "casualidad" en algún lugar o podía entrar de noche en su habitación y simular un robo.

Cuando los oí llegar, decidí jugar rápido y esta vez me adelanté yo. Había preparado mate y la merienda para los chicos y eso lo puso inquieto.

En ese momento pude sentirme seguro. Noté que le molestaba que yo hiciese las cosas que habitualmente hacía él.

Pero el tipo se recompuso con mucha velocidad y cuando nos quedamos a solas me habló.

—Sabés que desde hace un tiempo tengo ganas de invitarte a pescar. ¿Qué te parece si vamos mañana?

—No. Te agradezco pero no me gusta la pesca. Además mañana es viernes. Hay gente que todavía trabaja. —ironicé.

—Ya lo sé. ¿Pero podrías faltar, no? ¿Qué te va a hacer una falta? —dijo tentándome.

Estaba lerdo de reacción. Esa era la oportunidad que yo estaba buscando. Él y yo solos y que gane el "mejor".

—Te digo que no es una mala idea eh, podría ser. ¿Y a dónde iríamos? ¿Tenés pensado algún lugar?

—Acá cerca, en San Vicente. —deslizó.

—Pero no hay mucha pesca en San Vicente.

—Ya lo sé, pero para serte sincero a mí tampoco me gusta la pesca. Es para salir un poco y despejarse.

Era la situación ideal, el momento justo para sacarme a este psicópata de encima.

Yo estaba buscando la ocasión y él me la había dado. Al pensar eso sentí un escalofrío en la nuca.

Había sido él el de la idea. Justo en el momento en el que yo no sabía cómo seguir, él me proponía esto.

Me estaba manejando otra vez. Iba a jugar nuevamente de visitante. ¿Pero qué otra opción tenía?

once:

San Vicente

A veces tenía la sensación de que Osvaldo pensaba por mí. Como en uno de esos autos de doble comando que se usan para aprender a manejar.

En casa no existieron cuestionamientos con la salida de pesca. En la medida que fuese con él, estaba todo permitido.

Osvaldo insistió en que dejara mi auto y fuésemos en el suyo. Yo no tenía ganas de discutir y me subí a ese Chevrolet 400 de color bordó. Tenía el mismo color que el primer cero kilómetro que había tenido mi viejo y no sé si fue el color, la cuerina de ese asiento amplio o el rugido del motor, pero algo me retrotrajo a mi infancia, a esos días en los que íbamos por la ruta dos camino a Mar del Plata, escuchando Creedence. Siempre pasábamos por un puente antes de Alpargatas en el que había dos inmensos paquetes de cigarrillos de publicidad, uno de cada lado de la ruta. Mis viejos me decían que cada vez que pasaba un auto te regalaban cigarrillos. Yo miraba los paquetes ansioso y mi madre disimuladamente me tiraba un cigarrillo hacia el asiento de atrás. Yo lo agarraba y se lo regalaba a mi papá.

El hecho de recordar actuó en mi cuerpo como un relajante muscular. No me dormí pero sentí calma. Tuve la sensación de que no podía ver a mi alrededor, ni tocar ni oler nada.

Hasta parecía que había perdido el deseo. Sólo estaba colgado del aire suspendido como flotando en algún lugar. Tan relajado y despreocupado que no quería perder ese instante.

No me quería despertar ni pensar en nada. Tal vez estaba muerto, pero ni siquiera eso me preocupó.

Fue todo tan profundo como efímero.

Cuando abrí los ojos tenía el volante del Chevrolet entre las manos y la extraña sensación de que no me importaba el mundo. Avanzaba librado al azar a más de cien kilómetros por hora, rozando una ruta que quizás conocía de algún otro lugar, de alguna otra historia o de alguna otra vida.

Muchas veces uno se olvida de la película y la vuelve a ver.

Pero en toda historia hay una escena, un hecho puntual que nos despierta avisándonos que esta película ya la vimos. Un punto exacto que destraba la cerradura y nos permite el acceso. Entonces se revela el misterio y recordamos todo, incluso el final.

El auto avanzaba intacto y yo por alguna razón no podía dejar de sentirme un ingenuo por haber creído el cuento de la vida correcta, aunque de alguna manera todos lo creemos.

Vamos creciendo y en un momento aceptamos que somos parte de la manada y ahí nos llevan a conocer el mundo, nos meten en lugares llenos de gente, nos rodean de música, aplausos y amor del bueno. Un amor que ellos nos van entregando sin tiempo ni razón. Nos acurrucan con sonrisas, lágrimas y besos.

Nosotros tan sólo tenemos que hacernos los tontos para no dejar de pertenecer y seguir recibiendo caricias. Pero al igual que ese punto que destraba la película, hay un lugar en el que nos devoramos la realidad de un sólo bocado.

Y en ese instante vemos que todos los aplausos no son nuestros. Ellos aplauden a la "imagen" que nosotros fuimos creando. Se enloquecen con nuestros jueguitos de ficción y con el brillo superficial de la pintura bicapa de nuestro chasis recién pintado.

Pero somos tan prescindibles que podemos faltar a la reunión o salir de nuestras vidas sin que nadie se entere.

Sin darme cuenta al hablar de la realidad había caído en ella. Tenía las manos doloridas y un confuso sentimiento de culpa, ¿Por qué estaba viajando en este auto solo? ¿Qué había pasado con Osvaldo? ¿Lo había matado?

Seguramente habíamos llegado a San Vicente y cerca de la laguna, mientras fingíamos pescar nos habíamos dicho cosas duras, irreversibles. Seguramente había ocurrido algo así.

Se empezaron a dibujar en el aire algunas preguntas y varias respuestas. Empecé a oír voces una era la de Osvaldo, la otra era la mía. El diálogo parecía cordial.

De fondo muy a lo lejos se podía escuchar el sonido particular que emiten los loros cuando vuelan en pequeñas bandadas. También el crujido de algún carro destartalado que circulaba por las calles de tierra.

Sentado en ese auto podía percibirlo todo, cada palabra tirada al aire y cada gesto, pero aunque me esforzara, no podía distinguir cuál de las dos voces era la mía.

—¿Qué cosas te hacían reír cuando eras chico?

—Honestamente no me acuerdo.

—Bueno, pero debía haber algo que te hacía sentirte bien.

—Sí, seguramente sí. Pero no me acuerdo qué era.

—A mí me gustaba quedarme a escribir de noche.

—¿Te gustaba eso o te gustaba imaginar el reconocimiento o la gloria que podían llegar a tener tus escritos?

—¿Cómo es eso?

—El aplauso, la admiración. Para mí eso siempre fue lo más importante. Aunque lo haya negado toda mi vida.

—Escribir no te resultaba un esfuerzo?

—No, para nada. Me gustaba. No sé.

—¿Y otra cosa? ¿Qué se yo la calesita, ir a la plaza o al cine?

—No sé. A mí me gustaba leer. Siempre me atraparon las historias enroscadas, ocultas, inconclusas.

—Sí más o menos como tu vida.

—No es gracioso. Vos ves una sola escena y te pensás que conocés toda la película.

—Por favor, si la mayor parte de lo que contás, jamás lo viviste.

—Todo es una gran mierda ¡eso es lo que querés decir?

—No, no exageres. Te digo la verdad nada más, pero parecería que eso te molesta.

—Mi vida fue normal, yo fui un chico normal.

—Puede ser. Entonces te lo voy a preguntar al revés ¿qué cosas te dolían cuando eras un chico?

—Me dolió la muerte de mi abuelo a los quince años. Pero lo que más me apenaba era imaginar la muerte de mi padre. Eso me provocaba una angustia importante.

—A quién no. ¿Pero de lo cotidiano que era lo que te dolía?

—No sé. Bueno me molestaba mucho que las cosas no me salgan bien. Bah más que bien, perfectas.

—Quizá tenés mucho escrito y poco vivido.

—¿Y vos me decís eso? Justo vos.

Una curva pronunciada me hizo perder el audio de la escena. Enderezé el volante y volví de la contramano tratando de mantenerlo derecho. El auto empezó a vibrar. Yo no me detuve y decidí regresar a la laguna, pero nada fue igual.

Ya no había sonidos de fondo ni el diálogo era ameno. Ahora sabía perfectamente quién era el que hablaba.

—Osvaldo, parecería que vos sos un estudioso del quehacer de los demás. Sabés lo que le pasa a cada uno, conocés el final de todas las historias. Increíble eh. —lo increpé.

—Ese sos vos no yo, —dijo con una sonrisa socarrona entre los labios—. Esa es tu historia. Sos vos el que no jugás por miedo a perder y le contás al mundo entero cómo se hace para ganar. Sos muy hábil en el manejo de esos relatos fantásticos, originales y commovedores. —respondió con firmeza levantando la apuesta.

—Me tenés harto. Estoy realmente muy cansado de vos.

—De mí o de vos estás cansado? —ironizó.

No había forma de dialogar con este hombre como uno lo puede hacer con cualquier persona. Además esa sonrisa de superación me descontrolaba.

—Vos sos un hijo de puta que se metió en mi vida para joderme, nada más que para eso. —le grité en la cara.

—Pero qué carajo podés decir si me pedías a gritos que te salve cagón. —me provocó.

Me levanté decidido a golpearlo pero algo me detuvo.

Él no se inmutó al tenerme cerca. Como si no lo asustara el peligro latente. Retrocedí e intenté tranquilizarme.

—Sabés que desde el primer día que te vi supe que me ibas a cagar la vida. ¿Quién carajo te crees que sos? —le dije.

—Vos solo te la cagás. Te la complicás al pedo. Vivís haciendo difícil lo que es fácil, siempre. —contestó con autosuficiencia y continuó—. ¿O acaso es mi culpa el resto de tu vida?

Era detestable, pero lo que más me molestaba era tener que aceptar que entre tantas pavadas, algunas cosas que decía eran ciertas. Obviamente que su objetivo no era que yo reflexione, él me incitaba. De alguna manera necesitaba que me fastidie y aunque yo eso lo sabía tenía miedo de reaccionar. No me atrevía a poner las manos en el fuego por mí mismo.

Osvaldo sabía que yo estaba a punto de quebrarme. Así y todo continuó metiendo el dedo en la llaga.

—¿Qué es lo que más te preocupa, que tus hijos se diviertan conmigo o que no se diviertan con vos? —deslizó irónicamente.

—¿Qué carajo sabés vos de eso, si nunca tuviste un hijo? —volví a levantar la voz visiblemente molesto.

—Tenés miedo de que me haya acostado con tu mujer ¿no?

—No sigas porque esto va a terminar mal. —le dije con un tono amenazante, tirando todas las cartas sobre la mesa.

—Siga o no siga el final es irreversible y a vos siempre te costaron los finales. O sea, tu amenaza no me convence.

—No puedo escucharte más.

—Si me voy en cinco minutos vas a necesitar que vuelva y eso lo sabés perfectamente. También te habrás dado cuenta que en esta historia va a quedar solamente uno de nosotros. Sólo uno... —dijo de manera amenazante—. Probablemente esta sea la última vez que estemos juntos. ¿Por qué entonces no hablamos con claridad?

Sentí una ráfaga de aire caliente, un viento leve que me empujaba, me distendía los músculos y me aflojaba la lengua.

No pude pensar lo que estaba diciendo. Estuve por unos segundos fuera de mí. O tal vez demasiado adentro...

—Tengo miedo. —le dije.

—Yo también tengo miedo. —me contestó.

—No sé cómo hacer para vivir sin ver todo desde adentro mío. Generalmente siento que si digo lo que me surge naturalmente y no lo que debo decir, me puedo quedar solo. Me preocupa saber quién va a estar al lado mío si no soy lo que siempre fui. —dije y sentí que se me había vaciado el cuerpo.

Osvaldo se quedó en silencio como nadando en una reflexión. Despues volvió a la escena con un grito descontextuado y agresivo.

—¡Basta! Eso que decís es mentira. Estás pensando en el efecto de tu frase y no sentís lo que contiene. Esa es tu imagen de preocupación la que querés que miremos. Y pensás que mostrándola te vas a sentir bien. Es más pensás que suena interesante decir lo que decís. Desde ahí imaginás que todos estamos pendientes de vos. —dijo señalándome con el dedo.

Estaba decidido a matarlo. Estaba harto de escuchar su tono de voz hablando siempre de mí, enjuiciándolo todo.

Intenté con fuerza espantar las imágenes de la consecuencia y mordiéndome la lengua puse la mente en blanco.

Quizá me demoré en buscar la manera, pero estaba decidido. Para Osvaldo no hubo tantos preparativos.

Movió el brazo rápidamente y me dio una trompada en el medio de la cara.

casteLao

Como sabiendo lo que iba a venir.

Yo no llegué al piso pero sentí un ardor profundo entre los ojos y un frío extraño que me corría por el tabique.

No sé cómo pero de un salto lo tomé de los hombros y lo tiré al suelo. Le puse las rodillas sobre sus brazos y apreté fuerte con mis manos sobre su cuello.

Osvaldo no me dejaba ver su dolor, simplemente sonreía. Se iba quedando de a poco sin aire pero no paraba de sonreír.

No podía matarlo pero lo tenía que matar.

Y apreté y apreté y apreté y apreté y apreté y...

doce:

acelerado

Como si estuviese harto de mí, el Chevrolet dijo basta y se fue apagando lentamente. Me detuve al costado de la ruta y pude ver que no había nada a mi alrededor. Nada de nada.

Todo el paisaje se acababa en la chapa bordó del auto y la línea blanca entrecortada sobre el asfalto.

Podía intentar la reparación, pero esta vez era mejor dejarme llevar por lo que sentía y no por lo que podía.

Abrí el baúl buscando algo y realmente no encontré lo que buscaba. O quizás sin saberlo estaba buscando ese bidón.

Lo abrí y lo oí. Tenía cinco litros de nafta.

Sin pensar demasiado y en una acción desesperada lo desparramé sobre el Chevrolet buscando cubrirlo todo, intentando protegerlo de mí, como quién sacrifica al caballo para que no sufra. Encendí el fuego y me fui.

Bastantes cosas me había dado ese auto, suficientes como para andar dudando. Ahora tenía que hacer la denuncia de desaparición y esperar cuarenta días para que el seguro me lo pague.

Que importaba de quién era...

Trescientos metros después seguía sintiendo el calor del fuego en mi espalda. Sabía que nunca es fácil borrar recuerdos, pero por alguna razón supuse que el fuego iba a poder con todo.

Algo se destrabó en mi cabeza y pude sentir que esta escena ya la había vivido, que ya había intentado alguna vez apagar un incendio metiéndole más fuego.

Tenía la sensación de que haga lo que haga nada iba a cambiar. Como si cada intento fuera una copia de lo ya intentado.

Como si reconocer que uno no entiende lo que dijo que entendía fuese una idiotez. Y si fuera así ¿cuál es el problema?

Tal vez yo era un idiota.

Además prefería eso a tener que mostrar una capacidad única y permanente para la explicación de todo.

Sabía que al quemar el auto realmente lo estaba protegiendo. Estaba grabando a "fuego" en mi mente un recuerdo único. Una culpa eterna. Toda la vida iba a llevar en mis ojos el crepitar de esa escena. Porque la culpa, que siempre se nos encariña, me iba a hacer volver y volver a ese lugar, como vuelve el asesino, el político o el padre arrepentido.

Además la culpa no sólo te condena a volver por siempre, también te mantiene ocupado.

Yo sabía todo eso. Sabía que estaba cometiendo un gran error. Sabía que me podía arrepentir.

¿Y si sabía todo eso, por qué carajo lo hacía?

Realmente uno cree entender, porque razona el hecho. Pero la razón no entiende. La mente te hace creer que entendés. Yo no sabía nada de lo que decía que sabía.

No entendía ni una palabra y en ese espacio de no entender, en ese esguince del alma, en ese punto que parecía el centro de mi vulnerabilidad, ahí estaba mi ventaja.

Volví a ese lugar del cual nunca me había ido. Saqué el bidón del baúl y le puse nafta al tanque.

Después arranqué el auto y seguí.

Tenía que empezar a hacer lo que no se debe hacer.

Tenía que aprender a irme sin avisar, sin protocolo ni despedidas. No asustarme al saber que quizás no iba a volver jamás.

De todas formas no podía evitar sentirme descubierto, porque algunas historias sonaban en mi alma como monedas cayendo en una alcancía vacía.

No es tan simple dejar de ser quienes somos, si ni siquiera sabemos quiénes somos.

En ese recorrido, empezar a descubrirnos a veces nos lastima.

Yo era un gran seductor que vivía haciéndose la paja y eso parecía un mal incurable.

Creo que uno siempre es, todo lo que esconde, lo que no se alcanza a ver, lo que no es apto para el consumo.

Uno lleva encima el karma de las palabras, sabiendo que cada palabra es la suma de sus letras.

Ahora si cambiamos las letras de lugar nos muestran otra cosa, otra cara, otra verdad, en definitiva otra palabra. Tan infalible y real como la primera.

El cuerpo me estallaba. Ya no sabía si era la vesícula, el stress, los pulmones, el culo o el ardor en los huevos.

Podría apostar que parte iba a colapsar primero. Necesitaba compadecerme de mí, necesitaba caridad.

Si yo aún estaba por algún rincón de ese cuerpo tenía que salir a hacerme cargo de todo o al menos de este auto que se me estaba escapando de las manos.

Por alguna causa no podía seguir andando así.

Pisé el acelerador para que el auto me sacara de acá, no del lugar, sino del momento.

A mucha velocidad cambia el programa y la cabeza sabe que hay que actuar sin pensar. Surge de la piel asomando por los poros el instinto de supervivencia y no hay lugar para nada más.

Aceleré más a fondo, buscando el límite de tolerancia de estas chapas. El auto empezó a vibrar y yo aceleré más y más y más. Tenía miedo porque me estaba costando sostenerlo en las curvas.

¿Cuál sería el punto máximo de esta exigencia?

Si uno pudiese recorrer el mismo camino pero a otra velocidad, hasta podría dedicarse a mirar el paisaje.

De esta forma era imposible mirar nada. Casi no veía la ruta. Pero a quién le puede interesar un detalle tan pequeño.

Sobre el parabrisas se estrelló un ángel.

Yo no pude ver de dónde había salido. Quedó pegado durante unos segundos en el vidrio y después se desprendió cayendo pesadamente sobre el asfalto. No llegué a verle bien la cara pero quizás por el volumen de sus alas más que un ángel era una libélula.

Estaba casi seguro que era un insecto, lo único que me hacía sospechar era esa cabellera rubia que tenía sobre la cabeza. Después se estrelló otro y otro y otro.

Ángeles o libélulas, no podía asegurar qué eran, pero de todas formas no paraba de acelerar.

El parabrisas se fue ensuciando con las "tripitas" realmente se veía muy poco, casi nada. Manejaba por intuición como adivinando por dónde iba. Algo se me cruzó en el camino.

Cuando quise girar el volante ya lo tenía encima. No hubo tiempo como para intentar nada. En un momento pensé que era Osvaldo haciendo señas para que me detenga.

Lo cierto es que no pude esquivarlo y me lo llevé por delante.

Pero por el ruido del golpe más que a una persona había atropellado a un perro. Y después se me cruzó otro y otro y otro. Tampoco los pude esquivar.

El siguiente fue un perro más grande demasiado grande para ser un perro. Este sí era Osvaldo...

Más tarde una persona alta y flaca, uno rubio y otra y otra...

Yo avanzaba enloquecido por la ruta llevándome a todos por delante, aplastando gente contra el asfalto.

En un momento siguiendo el giro del limpiaparabrisas sobre la mugre pude ver que la línea blanca se torcía y entré en una curva demasiado cerrada.

Había un cuerpo grande parado en el medio de la curva como si fuese un capricho de la tierra o del destino. Ese que estaba abajo era yo. Y no pude frenar, ni esquivar, ni nada...

Me llevé por delante y giré en el aire y caí. Caí irreversible como una manzana, lapidario como un adiós.

Y girando entendí que sólo uno puede detener su propio vuelo y a veces no es de la mejor manera.

No me di cuenta si tardaron mucho o poco. Honestamente no tengo quejas contra nadie. Es más, no sé ni quién vino. Sólo sé que me llevaron en medio de una cortina de humo y de una lluvia suave que me resultaba encantadora.

Escuchaba ruidos extraños, me despertaba y me dormía en pequeños intervalos de tiempo.

De pronto no escuchaba nada y lo que veía estaba explotado de luz, velado. Entre los brillos alcancé a divisar dos hombres de blanco y tres mujeres con el cabello recogido.

Esto no era el cielo, era el quirófano de un hospital.

Me dejaron en un costado de la sala cubierto con una sábana que me llegaba hasta la cintura.

No tenía fuerzas para pensar ni siquiera para moverme, pero no podía dejar de mirar a mi alrededor, registrando todo como una polilla regocijada por la luz.

No me preocupaba el tiempo y casi no distinguía los olores.

En el medio de esta situación entró un médico acomodándose la ropa, se sentó a mi lado y sin dirigirme la palabra me limpió la sangre del brazo izquierdo con un trapo rejilla.

Después me tomó la presión y como si algo lo hubiese activado empezó a hablar con un tono monótono.

—Tenés que bajar de peso, dejar de fumar, no ponerle sal a la comida, dejar el azúcar, hacer deporte y caminar que es muy bueno para el corazón. —dijo, después tomó aire y continuó—. Además tenés que operarte de la vesícula que es una pavada. Por ahora te voy a dar un antiespasmódico combinado con un analgésico para que te alivies.

Yo no pude contestar y por orden del profesional vino una enfermera y me inyectó algo que me dejó el culo latiendo.

Después me miró a los ojos con un gesto de ternura y sin emitir sonido se fue dejándome solo.

No se cuánto tiempo después llegó otro médico, se sentó a mi lado y me dijo más o menos lo mismo que el anterior.

Me pincharon otra vez. Y así fueron pasando uno tras otro intercambiando opiniones y criterios. Cada uno que venía indicaba otra inyección, intentando evitar no sé qué cosa, como si quisieran curarle el resfriado a un enfermo de cáncer.

Una enfermera pelirroja en su intento heroico por salvar al hombre, me llenó de anestesia y me durmió el alma. Y es sabido que con el alma dormido, el cuerpo es presa fácil.

No veía nada pero por los ruidos habían empezado a cortarme en pedazos. Trozaban mi cuerpo y me desarmaban como a un rompecabezas. Como un mecano de carne y hueso.

¿Cuál es la mejor manera de vivir?

¿Cómo debe hacer uno para no equivocarse? ¿O para equivocarse poco? ¿Qué pasa si se equivoca demasiado?

Yo tenía la sensación de haber perdido el instinto de supervivencia. ¿Pero por qué razón me estaban desarmando?

De pronto me dejaron sentado sin piernas y sin brazos.

Uno de los médicos hablaba en voz alta como si estuviese en la cancha. Conjeturaba acerca de los motivos de mi accidente, mezclando el dramatismo de la escena con la locura de su fin de semana en familia. Haciendo responsable de todo lo mío a una supuesta adicción y de todo lo suyo a su mujer y a sus hijos.

Cuando no se sabe qué pasó o cuando no hay nada que decir, el matrimonio, las drogas, el trabajo y los políticos se convierten en los responsables favoritos de casi todo.

Una doctora me habló con un tono imperativo, desafiante. Aunque creo que no me estaba hablando a mí, creo que se hablaba a sí misma intentando alguna justificación para su vida.

—¿Qué necesidad no? Que persona inconsciente. Seguramente tiene una familia, tiene hijos. ¿Pero qué hizo? Se cagó en el mundo sin pensar en los demás. Seguro que usted es de los que se quejan de todo. Un pelotudo. —dijo con un tono seguro.

Yo no le contesté, además creo que no podía hablar.

La doctora empezó a golpear sus dientes en un repiqueo molesto. Después se largó a llorar desconsoladamente.

No podía ver esos ojos claros llorando, eran tan intensos que me provocaban una tristeza profunda. Casi tenía ganas de llorar con ella, ayudarla, consolarla, pero me di cuenta que ese era un pensamiento de otro tiempo. En este momento no podía ni sonarme los mocos solo.

Al costado mío, yo no llegaba a verlos pero los escuchaba, hablaban de oportunidades, de porcentajes útiles de mi cuerpo, de procesos de rehabilitación y otras tonterías.

En un momento dejaron de hablar y empezaron a juntarme. Me metieron en un lugar pequeño oscuro y húmedo.

No sabía claramente dónde estaba, pero por alguna imagen que tenía guardada en la cabeza supuse que me estaban metiendo en el útero de una mujer.

La chica se veía dolorida. En un instante supuse que podía ser mi madre. Quise hablar pero no salían sonidos de mi boca.

Un enfermero notó mis gestos.

—¿Qué te pasa? —me dijo.

Gesticulé rápidamente. Creo que el tipo entendió. Pero no le dio trascendencia a mi pedido. Primero estaba la "vida".

Era la tercera vez que me cortaban y me metían ahí. La tercera vez que me hacía pelota con el Chevrolet. La tercera vez que me daban la oportunidad de volver a nacer.

Y los idiotas no me escuchaban. No entendían que nada, pero nada de nada iba a cambiar.

Adentro de ese cuerpo me iba a olvidar de todo e iba a volver a vivir la misma historia. Tres veces, todo de nuevo.

Era como escribir cien veces "esto no se hace" y justo en la frase número cien olvidarse que era exactamente lo que no se hacía. Y obviamente, volver a hacerlo.

Ellos no entendían nada o no querían entender y yo no sabía cómo hacer para comunicarme.

¿Por qué tenía que quedarme ahí? Si uno se tiene que morir porque ya está escrito en nuestro destino o por lo que sea, ¿por qué quedarse a hacerlo en un lugar tan oscuro y húmedo?

Sin pensarlo demasiado tomé la decisión y cuando la mujer se quedó dormida, saqué lentamente mi pierna por el agujero y sin tironeos bruscos fui sacando el resto del cuerpo. Agarré mis partes y sin que nadie me viera salí en bolas por el pasillo.

Como pude me calcé uno de esos trajes verdes que te ponen cuando te van a operar. Era espantoso, pero era menos llamativo que andar en cuero.

Es cierto que perdía algo de sangre, pero es preferible perder un poco de sangre que perder el tiempo.

trece:

no show

Todo el tiempo buscamos evitar el dolor y cada día tenemos más dolores. ¿Qué sabe la medicina acerca del dolor?

En ese instante juré que nunca más volvería a visitar a un médico, si me llevan que no me entere.

Llegando a la salida una persona me habló. Supuse que era alguien de seguridad. Me hice el tonto y salí rápidamente.

Ya en la calle comencé a buscar el auto con la mirada. A simple vista no estaba, debía ser cierto que lo había chocado.

De alguna manera tenía que salir de este lugar.

En la vereda de enfrente había una agencia de remís.

Crucé la calle y lo vi a Osvaldo.

Honestamente no me molestó su aparición. Digamos que su presencia me trajo alivio.

—¿Qué hacés acá? ¿Qué es lo que querés ahora? —le dije con demasiada seguridad.

—Das lástima así en ese estado. Sos casi una imagen surrealista con ese trajecito. Patético.

Tenía que pelear otra vez. Pero estaba demasiado agotado.

—Por qué no te vas y me dejás en paz. —le respondí.

—Así se te va a hacer muy difícil. No vas a tener cabida en ningún lado.— me advirtió.

—Basta, no te das cuenta que se acabó todo. Ganaste, ya está. Ahora quedate con mi vida, usala y divertite.

—No es tan así. —deslizó sorprendido.

—Chau Osvaldo.

Tal vez él no esperaba que yo reaccione así. La verdad es que yo tampoco lo esperaba.

Crucé y amablemente pedí un remís, por supuesto que no quisieron llevarme. Tenía sangre y el poncho verde me convertía en un tipo sospechoso. Por suerte venía un colectivo. Vi que era un verde y me subí sin dudar.

Bajé en la estación sin percibir que había viajado, como si a esta altura ya no me importara nada.

Cuando llegué al bar era de día. Me senté en la mesa en la que me sentaba comúnmente. Pedí un cortado y una de manteca.

Me relajé y me dejé llevar por el cuerpo que cansado de tantos manoseos me exigía gritos un poco de paz.

La calma me permitió escuchar una melodía dulce y armónica, que revoloteaba por el aire, alguien estaba tocando el piano. Cerré los ojos y me recosté en la canción.

No había ninguna duda, si alguien había perdido ese era yo. Tenía que reconocer la derrota de una buena vez y dejarme caer envuelto en una tristeza leve, arrastrándome sobre cada lagrimón y cada recuerdo.

Había perdido el rumbo y nada de lo que pensaba o hacía tenía ningún sentido. Todo esto era tal vez el fracaso más grande de mi vida. De todas formas y aunque sonara absurdo, creía que la culpa no era mía.

¿Cómo podía ser que yo haya fracasado y los culpables sean otros?

¿Qué clase de fracaso era éste? ¿Dónde carajo estaba yo cuando pasaban las cosas?

Uno se entristece y se cree que es el único humano dolorido y no ve que tiene las manos llenas de sangre.

Harto de tanta pregunta, me levanté de la silla.

Esa música era demasiado agradable como para sentirme mal.

Traté de no escucharla y me metí en el baño. Entonces me pude ver entre las pintadas del espejo. Ese baño me era familiar.

Sabía que no podía continuar mucho más tiempo sin ser visto. Sabía que mi "exilio" se tenía que acabar.

Un derrame en el ojo izquierdo me hizo recordar. No tengo idea del porqué, pero todo se me vino encima.

Fue un otoño, creo que el del ochenta y seis. Recuerdo que aquella mañana me hice la rata y me fui a un bar que estaba a unos metros de Florida y Tucumán.

Mientras escribía algún verso me fumé un Parisién y realmente me cayó muy mal. Me bajó la presión y unos minutos después estaba sentado en el inodoro de ese bar, mareado y sudando frío.

Cuando me recuperé fui hasta el espejo y me pude ver grande. Un hombre maduro con veinte años más en los ojos.

Escuché los ruidos, escuché las bombas, los platos rotos, los gritos de auxilio y las sirenas, pero me hice el tonto y no salí.

Desde ese día no puedo evitar sentir que estoy en el baño de algún bar, mirándome las arrugas en el espejo mientras el mundo explota a mi alrededor.

Todos sufren y el fracasado soy yo.

Días y días pidiendo café, pidiendo piedad, pidiendo atención, pidiendo amor. Siempre pidiendo, pero sin dar.

Siempre creyéndome el centro del universo occidental, sin reconocer que soy un trámoso que acomoda las piezas para justificar todo y salir ilesos.

Soy el tipo que tiene que hablar, pero nunca oír.

Volví a mirar y sentí que me quedaba solo con un espejo vacío, en el que no me reflejaba, como si yo fuera un fantasma.

No estaba contento ni triste, estaba solo.

Volví a la mesa convencido de querer quedarme ahí, pedí una ginebra con hielo y me dediqué a la observación del espectáculo.

Una mujer rubia me miraba sin reparos.

De golpe giró, se puso de pie y caminó hacia mi mesa.

Estaba apretada en ese vestido, como cuando te prestan ropa para una fiesta, justo un talle menor que el tuyo.

Pero la casualidad del talle le redondeaba el cuerpo y si bien sus curvas eran auspiciosas, lo más llamativo era la profundidad de sus ojos marrones, aunque sus zapatos azules tenían lo suyo.

Parecía decidida a ir al baño y cuando pasó cerca de mi mesa tiró las servilletas al piso. Frenó de golpe y se agachó a levantarlas.

—Perdoname. —me dijo y siguió caminando, avanzó unos metros y volvió hacia mí—. A vos te conozco de algún lado, ¿no?

La miré pero no tenía la menor idea de dónde la podía conocer. Sonréí y traté de forzar la memoria, para saber si era profesora o de qué lugar decía que me conocía.

—Disculpame pero no te recuerdo. —me justifiqué—. ¿Vos trabajas en alguna escuela?

—No, nada que ver. —deslizó y se quedó unos segundos en silencio—. No sé, pero tu cara me es familiar.

—¿Vos vivís por acá? —le pregunté.

—Sí, pero no es eso. Ya me voy a acordar. —dijo y girando como si se hubiera olvidado algo volvió a su mesa.

La miraba disimuladamente, era hermosa.

Abrió la cartera y sacó una libreta roja, buscó entre las hojas y agarró unos papeles que parecían fotos. Guardó todo prolijamente y le indicó al mozo que se pasaba a mi mesa.

—¿Me puedo sentar? —dijo y se sentó sin esperar mi respuesta.

Puso las fotos al lado de mi café como para que las viera, mientras el mozo le traía el suyo.

—Ya sé de dónde. —dijo con una sonrisa.

En una de las fotos estaba ella metida en un grupo de chicas y chicos adolescentes que posaban graciosos para la cámara. Medio escondido por detrás de todos, estaba yo.

—Esta foto la sacaron en el cumpleaños de una amiga, vos no eras del grupo. —afirmó con seguridad.

—No, no sé. Este soy yo, pero del resto no conozco a nadie.

—¿Vos no eras amigo de Gustavo Etchegoyen? —preguntó.

—Sí. —respondí y en el acto lo distinguí a Gustavo en la parte de adelante de la foto. Se me vinieron a la cabeza algunas imágenes—. La fiesta fue en Adrogué, ¿no? —le dije.

—Sí, en la casa de Carla Marrapodi. —dijo y se quedó en silencio como si pensara con seriedad todo lo que seguía.

Fue un silencio incómodo. Se me cruzaban cosas por la cabeza, como un collage sin lógica. Tomé un sorbo de café, jugué con la cucharita entre mis dedos y cuando no pude seguir sosteniendo la falta de sonido, hablé.

—No sé bien qué hacía ahí, creo que me había invitado Gustavo. —deslicé buscándole algún sentido al encuentro, pero ella no me dejó continuar y me interrumpió abruptamente.

—Sé que te puede parecer extraño, pero hace mucho tiempo que te estoy buscando. —dijo dejándose sin reacción.

—No sé qué decirte...

—No digas nada, escuchame a mí. Voy a ser clara y directa. —Tomó un trago de agua y se largó a hablar—. Obviamente no te acordás, pero esa fiesta fue genial. Había mucho alcohol y varios terminamos en pedo. Me costó mucho ordenar las secuencias de lo que pasó, pero tu cara de ingenuidad me enloquecía. Vos me dijiste cosas tan dulces... Y bueno en un momento como la casa estaba colapsada fuimos hasta el lavadero y nos quedamos jugando un rato, hasta que hicimos el amor. —dijo sin reparo.

Yo estaba completamente perdido. Si a ella, conociéndolos a todos le había costado ordenar las secuencias, a mí se me hacía imposible imaginarme cogiendo con esta mujer.

Claramente la cara se me había transformado, intentando imaginar cómo seguía este juego.

—No me mires así, no estoy diciendo nada terrible. Para mí fue una noche hermosa, nunca había hecho el amor arriba de una lavarropas y te aclaro que no quiero nada de vos. —dijo y sonrió.

—No dije nada, es que no me acuerdo.

—Si lo veo en tu cara. —indicó y suspiró desilusionada—. Hace poco me separé de mi marido, tenemos una hija en común. Pero digamos que lo que me persigue es algo que nunca dije, porque realmente no lo pude hablar con nadie. —tomó aire como si necesitara un impulso y habló—. Bueno redondeando, yo estoy totalmente convencida de que Verónica es hija tuya.

La vista se me puso estática y no pude hablar.

No podía decir que me sorprendió, porque exactamente después que dijo lo del lavarropas se me cruzaron muchas cosas por la cabeza, pero rogaba que esta mujer no dijera eso, lo ansiaba con el alma, pero lo dijo...

—Mi marido tiene mucho dinero, así que acá no hay un tema económico de por medio. —deslizó intentando aclarar y continuó como si supiera claramente hacia dónde iba—. Dos días después de la fiesta me puse de novio con Gustavo y él siempre pensó que era el padre de mi embarazo. Yo nunca le pude decir que no era así. —dijo algo apenada.

La miraba intentando rastrear algún dato en mi cabeza pero honestamente yo no recordaba haber tenido sexo con nadie en esa fiesta. En un momento sentí la necesidad de hacérselo saber y no supe cómo. Ella me miraba fijamente a los ojos y yo no entendía qué era lo que buscaba.

—Ese día después de hacer el amor en el lavadero, volvimos hacia donde estaban todos y nos sentamos en un sillón de cuero negro. —continuó segura—. Nos reímos como idiotas y en un momento vos decidiste robarte un cassette blanco de una banda que estaba de moda en ese momento, "kool and The Gang".

El cassette era de mi amiga, es más lo habíamos comprado juntas el día anterior porque a ella le encantaba. —dijo como si estuviera viendo lo que contaba—. A mí me pareció una locura lo que querías hacer, pero tu sonrisa me cautivaba y en ese momento hubiera aceptado cualquier cosa. Eso tampoco nunca se lo dije a nadie. —deslizó como si sacara un peso de encima.

Trataba casi desesperadamente de que no se note lo que sentía, que mi cara no refleje la sorpresa en la que estaba inmerso, pero ese cassette aún lo tenía guardado en mi casa...

Ella tomó aire y continuó.

—Exactamente a los treinta días supe que estaba embarazada, fue dos días antes de cumplir un mes de novios con Gustavo. No tenía ni idea de que podía ser tuyo.

—¿Y por qué motivo no dijiste nada en ese momento? —la interrogué casi sin sentido.

—¿Para qué? Se hubiera armado un quilombo innecesario. —dijo convencida y después fue como si dudara por unos segundos—. Yo estaba enamorada de tu amigo, a vos ni te conocía. Él no lo hubiera aceptado jamás esto, se habría distanciado de vos y no ganábamos nada. —se quedó en silencio como esperando una reflexión de mi parte, que no iba a llegar. Despues avanzó con el relato—. Ese día me gustaste, estábamos en pedo y se dio así, pero te repito yo no sabía ni quién eras. Además en ese momento creía que había una posibilidad de que él fuera el padre. Con el tiempo comprobé que no, pero en ese momento la había.

Mi frente se había llenado de sudor, ella miraba la foto intentando reacomodar lo que estaba por decir.

—Cuando nació Vero, Gustavo estaba sumamente feliz y pensé ya está, esto termina acá y listo. Me hice fuerte, traté de borrar el hecho y guardé el secreto durante veinte años. —golpeó la taza con la cucharita y siguió hablando—. Es mucho tiempo lo sé, pero siempre estuve convencida de que me iba a morir sin que nadie lo supiera.

—¿Entonces qué pasó? ¿Por qué estás acá contándome todo esto? —la interrumpí.

—Porque en un momento sentí que era totalmente injusto que Verónica no conozca la verdad y que vos no tuvieras ni idea de que tenés una hija dando vueltas por el mundo. —deslizó sin sobresaltos como si supiera lo que yo le podía preguntar.

Trataba de convencerme de que todo esto era una pavada, pero ese cassette de mierda me complicaba la idea.

—Cada día se parece más a vos y hace unos años encontré la foto y lo comprobé con certeza. —me dijo de una manera tan dulce que me hizo desconfiar.

—Hay algo que no me cierra, algo que vos no decís. —deslicé con seguridad, casi acusándola.

—No, no hay nada más. Creeme que te estoy diciendo todo lo que te tengo que decir.

—Yo no sé ni tu nombre.

—No hace falta que lo sepas. —me indicó convencida.

—Eso es una pavada. —le dije y pensé que estaba empezando a desanudar la trama de la historia.

—El cassette tiene un borde que se quemó apenas, con tu cigarrillo. —dijo buscando impresionarme de nuevo.

—Ya entendí que sabés lo del cassette, todavía lo tengo en mi poder. Pero hay algo que te hizo cambiar de opinión y no sé qué es. —le indiqué, después me recosté en la silla y le hablé con franqueza—. ¿Vos cómo sabés tan claramente que el padre puedo ser yo? —la interrogué buscando aire.

—Lo sé. No me preguntes nada de eso porque no voy a entrar en detalles técnicos, pero lo sé. —afirmó.

—¿Por qué decidiste contármelo ahora? ¿Cómo fue que me encontraste en este lugar? —insistí con vehemencia convencido de que la solución estaba por ahí.

Ella se puso tensa con mis preguntas como si no quisiera hablar de eso y dudó durante unos segundos.

—Hace un par de meses me extirparon un quiste, no era nada, era benigno. Pero en ese momento sentí que me podía morir. No es demasiado original lo que digo ya sé que todos nos vamos a morir, pero en ese momento lo sentí profundamente y surgió la necesidad de que alguien sepa la verdad. No quise decírsela a Vero porque le iba a complicar la vida.

—Entonces tomaste la exquisita decisión de complicármela a mí, ¿no? —la interrumpí molesto.

—No es tan así. No sabía cómo te lo ibas a tomar, de hecho tener una hija no es una complicación. —aclaró dejando a la vista que sabía perfectamente lo que quería.

Nos quedamos en silencio de nuevo sin saber cómo seguir. Yo intentaba hacer pie en el hielo quebradizo que era mi vida.

Ella estaba convencida de que estaba haciendo lo correcto. Quizá en el fondo tenía razón, pero para mi gusto lo tenía que haber hecho veinte años antes.

—No fue sencillo tomar la decisión, ni fue fácil encontrarte. Primero no sabía quién eras, después que apareció la foto fui descartando a los conocidos y me di cuenta que eras el único del que no tenía ninguna referencia y además reconocí tu sonrisa, que es igual a la de Vero.

—Eso es un golpe bajo y lo sabés.

—Tomalo como quieras, pero es la verdad. —dijo algo incómoda y continuó—. No podía buscarte entre los contactos de Gustavo porque podía generar un quilombo en mi pareja, además ustedes últimamente no se hablaban. Cuando nos separamos ya hace un año, te empecé a rastrear. No quería interferir en tu vida ni molestarte, entonces noté que cada tanto pasabas por este bar y bueno, decidí generar un encuentro.

—Lo entiendo, digamos que la escena de las servilletas fue premeditada. —le dije con suspicacia.

—Sí, pero no exageres.

—No, está bien. Lo que veo es que me estás siguiendo hace varios meses. —reflexioné y sin esperar la confirmación insistí—. Saber eso te juro por Dios, me deja mucho más tranquilo. —le dije sin esconder mi malestar.

—Es verdad que te estaba buscando, pero te repito lo que te dije de entrada, no necesito nada tuyo, no quiero dinero, la nena está sana. Nada. —me indicó.

—No entiendo qué carajo pensás de mí. Te aparecés acá, no sé ni tu nombre y tengo que aceptar que tengo una hija de veinte años con vos. Es un delirio por dónde lo mire, me entendés. —le dije de mala manera al borde de perder la línea.

—Entiendo perfectamente que no es fácil, pero para mí tampoco lo es. —deslizó.

—No es fácil no, es una locura. —dije levantando la voz. Ella cerró los ojos acusando el impacto y yo avancé molesto—. Hagamos una cosa, si no te parece mal te voy a llamar Mabel para que tengas un nombre al menos.

—No seas tarado. Me llamo Mariana. —deslizó y reflexionó como si estuviera lista para mostrar un lado más humano—. Creo que hay un destino y a veces tengo miedo que el destino me juegue una mala pasada. Me pone muy mal imaginar a Vero sola en el mundo y sin ninguna referencia.

—Claro, entonces le das como referencia a un pelotudo como yo, que no sabe ni quién es, ni qué carajo hace de su vida, diciéndole: "Vero, este es papá". —deslicé violentamente, después tome una bocanada profunda de aire y le hablé con toda mi honestidad—. Mariana o quién carajo seas, ¿cómo hago para aceptar que esto es verdad, si no creo que sea verdad?

—No lo sé... —dijo desde el alma.

Las respuestas simples generan agujeros profundos.

No sé si fue lo que dijo o el tono en el que me lo dijo, pero esa mujer me hizo trastabillar. Ella se dio cuenta y siguió hablando.

—Fueron unos minutos que estuvimos juntos, yo también tardé mucho tiempo en saber si el recuerdo era real y en un punto estoy como vos, el único dato que tengo es tu sonrisa y ese cassette de "Kool and The gang". —deslizó tiernamente bajando la guardia y me sofocó—. Creeme que no pude hacerlo antes, no tuve coraje y pensé que podía arruinar todo en un instante.

—Eso lo entiendo, pero te pido que por un instante te pongas en mi lugar. —le dije y sonréi.

—Esa sonrisa... Es la de mi hija. —susurró levemente, después se recompuso y continuó—. Durante meses intenté ponerme en tu lugar y realmente no pude. Disculpame si al contarte esto te complico pero yo necesitaba un alivio.

La miraba absorto sin poder creer lo que decía y casi inconscientemente la historia se me empezó a meter adentro, se me hizo carne. No puedo negar que tenía dudas pero la imagen del sillón negro había comenzado a aparecer en mi cabeza.

Honestamente hubiese preferido no escuchar nada de lo que me había contado esta mujer.

Ella se paró como para irse y yo me puse nervioso. Después sonrió y la seguí. Sentí ganas de abrazarla y lo hice. Ella también me abrazó, pero no fue amor, fue como el encuentro de dos viejos compañeros de aventuras.

No me di cuenta de los ruidos hasta que empezaron a crecer. Miraba sin comprender qué pasaba en la puerta del bar, hasta que vi entrar a esos hombres, que escapaban de la policía.

Movimientos de sillas, gritos, la gente tirándose al piso y los disparos retumbando con martillazos.

Pude ver la bala flotando en el aire...

Todo se detuvo como si el recinto quedara en pausa, hasta la bala quedó suspendida.

Sólo yo podía moverme y ese hombre que se acercaba lentamente por mi derecha. Giré la cabeza sin dejar de abrazarla y pude ver que era Osvaldo.

—Qué emotivo tu abrazo. —deslizó irónicamente.

—¿Qué es esto? —lo interrogué.

—Esta es tu vida. ¿Qué otra cosa te parece que puede ser? —dijo y continuó—. No perdamos tiempo. ¿Ves esa bala no? —preguntó y siguió—. Bueno, se les escapó y viene hacia tu mejilla. No es tu día de suerte amigo.

catorce: recovecos

Como si respondiera a un mandato divino, decidí volver a casa. ¿Los que me rodeaban de qué me podían acusar, de ser egoista? Si todo fue al azar, no era mi culpa. ¿Cuál era el pecado que había cometido?

La vida parece más fácil, cuando hay pocas opciones, pero aún así no podía distinguir entre el bien y el mal, si es que había un bien y un mal.

El mundo es extraño, hay estudiantes de tango que no bailan de a dos, amantes a distancia, asesinos virtuales que nunca olieron sangre, presos vip, padres terriblemente ocupados, amigos con poco tiempo, putas vírgenes, gobernantes ricos de pueblos pobres, doctores de gente sana y una larga lista de incongruencias.

Nos escondemos y huimos al roce de la piel porque somos absurdos, temerosos e inconexos. Y cuando creemos que nadie nos ve nos convertimos en pajeros inconfesables.

Por suerte yo sabía que tenía que volver, seguramente me estaban esperando y si no volvía pronto iba a tener que improvisar que para mí era algo nefasto.

Uno puede pasarse la vida buscándole la solución a ese problema que lo desvela, puede retorcerse intentando encontrar el mejor final de cada historia que le toque vivir. Pero nada de lo que uno imagina es la verdad.

Sólo cuando estemos frente a un problema real, vamos a sentir que los pensamientos no sirven para nada.

En ese momento vamos a actuar de manera espontánea. En ese instante, vamos a hacer lo que podemos y no lo que pensamos.

Debemos admitir que todo es sencillamente imperfecto y en esos recovecos de la imperfección se encuentra la vida. Por más que nos esforcemos en buscar caminos seguros que nos alejen de esas fallas, en un momento nos damos cuenta que no siempre se pueden esquivar.

De pronto aparecemos perdidos bajo la lluvia esperando a alguien que quizás nunca llegue y aun sabiendo que la espera es en vano, no nos vamos de ahí por nada del mundo.

De golpe tuve la extraña sensación de que no me podía mover. Si me movía, me caía. Hasta respirar me daba vértigo.

Todo lo que me rodeaba parecía surrealista. El llanto de esa mujer, el dramatismo de ese hombre pidiendo monedas, los chicos de la calle ajenos a todo... Eran escenas exageradas y poco creíbles, como casi todas las cosas reales.

Tal vez todos tengamos una vida paralela. Quizás haya uno igual a nosotros mismos caminando por ahí, con el que no nos vamos a encontrar. Probablemente nunca nos crucemos con ese amor de otro tiempo, para poder decirle cuánto lo añoramos.

Reconozco que a mí siempre me gustaron las situaciones extremas o problemáticas, porque generan otra sensibilidad en la gente. Una sensibilidad que se les va apenas termina la tormenta.

Como aquella noche de lluvia en Constitución, que no había trenes y el cincuenta y uno iba repleto.

Esa noche me fui con el nueve a Pompeya, viajando con una cuarentona que me pidió ayuda en la estación. La lluvia me había lavado la vergüenza y había logrado un encuentro no forzado, casi casual. Como si fuera una metamorfosis berreta.

Empecé a acelerar el paso, tratando de no ser visto. Pero a decir verdad, nadie me estaba mirando a mí.

Como quién deja el equipaje para poder viajar mejor, fui soltando lentamente mis recuerdos.

Vivimos abrigados por tibias añoranzas del pasado—pensé. Un pasado que no se cansa de pasar.

Las puertas van quedando abiertas para que tengamos que volver, pero no a cerrarlas, sino a hacer que las cerramos.

Pude sentir que entre el principio y el final de algo no hay diferencias. Como si cada historia fuese tan sólo un reacomodamiento de algunas letras. Amor y Roma, barro y robar, hambre y hembra.

En la calle había poco tráfico y con el cielo nublado era difícil saber qué hora era. Tal vez el olor a galletas, era el indicio más certero de un atardecer. ¿Aunque para que nos sirve saber la hora?

Tal vez en este mismo instante, alguien se esté muriendo solo. Tal vez alguno esté naciendo en algún lugar del planeta.

Alguno que se inmola en nombre de su Dios, alguno que gana mucho dinero y otro que no tiene ni para comer.

Tal vez en este instante esté pasando de todo o quizá no esté pasando nada.

Pero, no depende sólo de mí.

Un auto tocó bocina, sugiriéndome que no cruzara la calle.

Todo está mezclado de forma incoherente. Mi cabeza es un gran desorden. Todas las cabezas y las almas están inmersas en un complejo descontrol. O quizás es este desorden el que genera una gran armonía. La vida es como la armonía del desorden.

Por la esquina de enfrente venía caminando una rubia culona, que pensaba en su vida y en lo caro que está todo. Uno de un auto le toca bocina y casi se lleva puesto a un viejo que venía en bicicleta. El viejo deja de preocuparse por la pensión, para poder putear al del auto.

De golpe, la puerta de casa. Busqué en los bolsillos pero no tenía la llave. Con tanto quilombo quizás había quedado en el auto.

Toqué timbre y esperé unos segundos. La voz de Nicolás se escuchó a lo lejos.

—Me parece que tocaron el timbre. —dijo.

—Acá no sonó hijo. —le contestó mi mujer.

El nene insistió y ella decidió hacerle caso para demostrarle que estaba equivocado. Pude escuchar los pasos de mi mujer que se acercaban rápidamente.

—Soy yo. —le dije cuando percibí su llegada.

—¿Quién es? —insistió.

—Yo amor, me olvidé la llave. —le indiqué y cuando sentí que me observaba por la mirilla, sonréi.

Alguien llegó corriendo por detrás de ella.

—¿Quién es mamá? —retumbó la voz de mi hijo.

—No sé, no hay nadie.

—Pensé que era papá. —insistió Nico.

—Sí, soy yo! —grité con fuerza.

—Ya va a venir Nico, quedate tranquilo.

Pensé que era una broma pero empezaron a irse, entonces golpeé la puerta con fuerza, pero no me escuchaban.

Miré por el agujero de la cerradura y noté que se alejaban hacia el interior de la casa.

Algo inquieto toqué nuevamente el timbre pero esta vez fue de manera exagerada y golpeé y grité, pero no sirvió de nada.

Me alejé de la puerta para comprobar algo de lo que ya estaba seguro, era la puerta de mi casa.

No entendía lo que pasaba. Insistí varias veces más, pero no había caso, no me escuchaban.

Tuve ganas de llorar, pero no podía permitírmelo.

Me senté en el cordón de la vereda sin saber qué hacer.

Al lado de la bolsa de la basura pude ver una carpeta que era mía, apoyada en el poste de luz. Me paré y la tomé entre las manos. Estaba llena de papeles viejos que habían sido míos pero que desde hacía mucho tiempo no estaban en mi poder, me di cuenta rápidamente por esa carta escrita en una hoja de carpeta que le había mandado a mi maestra de primer grado.

Por la vereda de enfrente se acercaba Osvaldo.

—¿Qué hacés ahí? —me dijo.

—Estoy intentando entrar a mi casa. Si tenés una llave abríme la puerta por favor. —le pedí.

—No entendiste nada. —deslizó.

—No me jodas porque te mato. —lo amenacé.

—¿No te diste cuenta que no te vieron? —dijo y esperó mi respuesta que no llegó—. Yo te avisé.

—¿Qué me avisaste pelotudo?

—Mil veces te dije que te cuides, que frenes, que por una vez en tu vida le des valor a lo que tenés.

—Abríme y no me rompas más las pelotas, Osvaldo. —le ordené totalmente descolocado.

Él no se movió y no me dejó otra opción.

Apoyé la carpeta en la vereda, salté sobre su cuerpo y lo tomé del cuello. Sorpresivamente caí al piso y me quedé agarrando el aire como si él no estuviera ahí.

—Ya no estás acá. —me dijo con nostalgia.

—¿Qué decís?

—Te dije tenés treinta segundos y no me escuchaste. —me indicó con una convicción exagerada.

—¿La bala? —pregunté asombrado.

—Sí.

—¡La bala no me mató! —le grité.

—Ay por favor, no seas ingenuo. —dijo y me miró fijamente. Entonces pude ver algo que no quería ver, la cara de Osvaldo empezó a mutar y ese gesto irónico se fue haciendo triste... Pude percibir su pena. Él se dio cuenta de eso y me aclaró—. Por eso no te ven. Podes entrar y quedarte todo el tiempo que quieras dando vueltas por la casa, viendo a tus hijos crecer y a tu mujer vivir tranquila, pero no podés participar en nada.

—¡Qué estupidez! —grité nervioso—. No tiene lógica. No ves que ni siquiera tengo sangre. —dije tocándome la cara.

Él sonrió con piedad y yo rápidamente me miré la mano. Estaba húmeda, pero no parecía sangre.

La acerqué a mi boca le pasé la lengua sin pensar y sentí el sabor amargo del café expreso.

—¡Es café! —le grité y aplaudí en el aire y volví a hacerlo varias veces con insistencia, hasta que se me nubló la vista.

Cuando volví a ver noté que la chica rubia se puso de pie y empezó a caminar hacia mí. Yo dejé de aplaudir como un tarado y dudé un instante. No podía permitir que las cosas vuelvan a pasar. No podía dejar que ella llegue hasta mi mesa.

Sin dudar me paré y salí rápido hacia el baño. Mariana me miró sorprendida, pero yo no me detuve.

Espié por la puerta entreabierta y la vi entrar en el baño de mujeres. Me senté en el inodoro con la carpeta sobre las piernas y cerré los ojos con fuerza.

Desde ese lugar pude escuchar todo, las sillas, los gritos y los tiros, pero no salí.

En un momento el silencio se hizo espeso y de fondo seguía sonando el piano. Ya nada era lo que debía ser.

De golpe aparecí parado frente al espejo. Tenía que detenerme y evitar la mala jugada.

En mi cabeza corrían los segundos y las imágenes, como hormigas de un hormiguero recién pisado.

Casi sin pensar abandoné el baño y avancé descontrolado hasta la puerta del bar. Mariana me miraba confundida. Yo decidí no prestarle atención, porque necesitaba volver a casa para saber cómo seguía todo.

Los recuerdos de mi vida giraban y se encadenaban lenta e inexorablemente. De golpe levanté la vista y dejé de recordar.

Empecé a imaginar mi llegada. Seguramente la puerta no iba a estar cerrada. Seguro que la iba a encontrar entreabierta. A veces los chicos salen a comprar caramelos y no la cierran, se olvidan. Yo siempre los reto. Recordé y sonréi.

Estaba seguro que el pasillo iba a estar ahí, como siempre con sus cerámicas en blanco y negro.

Sabía que tenía que avanzar unos metros y casi seguro que en el departamento de Osvaldo estaría prendida la luz, ya lo podía ver, ya lo sentía.

Yo me conocía, seguramente iba a dudar entre saludarlo o no. Porque la relación con Osvaldo es un poco así...

Finalmente golpearía con suavidad en su puerta y él iba a salir. Tengo su cara en la cabeza, como si lo estuviera viendo ahora y me iba a decir: —¿Querés tomar unos mates?

—Dale, por qué no. —le iba a contestar yo, sin pormenores.

Él empezaría a cebar con esa parsimonia que lo caracteriza y yo me daría cuenta de su tristeza, más allá de la calma aparente que seguramente iban a tener sus ojos.

Entonces le iba a decir que yo le quería agradecer todo lo que hizo por mí. —Osvaldo gracias por todo.

No iba a saber qué otra cosa más decirle. Aunque es muy probable que agregara algo como: —Vos casi sin querer me devolviste algo mío, que yo no sabía que era mío.

Seguro que se iba a emocionar... Y la emoción es jodida porque él no iba a saber cómo seguir, pero yo iba a insistir: —Te lo digo seriamente hermano. Te quiero agradecer de corazón.

Osvaldo se iba a poner contento, porque cuando uno agradece desde el alma el otro se pone bien, eso es matemática pura.

Seguramente la alegría no le iba a alcanzar para esconder ese dejo de melancolía en la cara.

No soy adivino, pero yo lo sé. Va a ser así.

—¿Qué te pasa? —Le iba a decir yo.

—Estoy triste porque me voy de acá.

—¿Y por qué te vas ahora? —le iba a preguntar.

—Me quiero ir, volvió Gladis y decidimos probar darnos una oportunidad de estar de nuevo juntos.

—Y bueno, está bien, hay que intentarlo —le diría yo.

Después seguro que nos íbamos a quedar unos segundos en silencio y uno de los dos iba a decir:— Bueno...

Y el otro, es indistinto quién, pero seguramente respondería: —Suerte con todo.

Yo iba a salir de su departamento y sin ninguna duda iba a volver en el acto a abrazarlo...

Crucé la avenida y casi pierdo la carpeta al chocar con un hombre de lentes que avanzaba apurado.

Volví a imaginar y volví a la despedida.

Apenas cuando terminara de abrazarlo, yo me iba a ir directo para casa. Tenía ganas de jugar con mis hijos, hacer el amor con mi mujer, visitar a mis viejos, a mis hermanos, a mi abuela, pero primero tenía veinte pasos. No sé cómo me acordé ahora, pero yo sabía que desde la casa de Osvaldo hasta mi casa había veinte pasos, ni más ni menos.

Después iba a abrir la puerta, que generalmente es algo que uno hace de manera mecánica, pero esta vez iba a ser distinto, porque cuando uno abre algo, cierra otra cosa.

Así es la vida pensé...

Ya faltaba poco. Intenté cruzar la calle y a lo lejos divisé mi cuadra, se veía calma.

Fijé la vista y encontré la puerta de mi casa. Lo noté por el color o tal vez por el contexto o por la historia o porque sí.

Estaba como quien sale del cine, después de una película intensa. Como frenar cuando venimos demasiado rápido.

Cuando llegué la puerta estaba cerrada. Puede pasar, a veces imaginamos las cosas con tanta ansiedad que exageramos un poco.

Osvaldo seguía parado ahí.

—¿Qué hacés acá en la puerta? —le dije y continué—. Pensé que te habías ido.

—¿A dónde querés que vaya? —respondió.

—A encontrarte con Gladis, me dijiste que van a probar de estar juntos de nuevo, ¿no te acordás?

—Yo no te dije nada. Eso seguro lo imaginaste.

—Estaba convencido de que me lo dijiste. —le contesté y golpeé la puerta de casa con fuerza. Sin esperar, volví a golpear. El brazo me temblaba y sin medir nada, volví a hacerlo.

Nadie contestaba y yo empecé a ponerme nervioso.

—¿Pensaste que las cosas iban a cambiar, no? —me preguntó y sin esperar mi respuesta continuó hablando—. Te entiendo, no es fácil. En esos momentos uno hace cualquier cosa por cambiar la historia. —dijo y sonrió.

—¿De qué te reís? —le grité.

—Seguro que te encerraste en el baño para esperar que pase todo, ¿no? —indicó y volvió a sonreír.

—¿Qué es lo gracioso, la concha de tu madre?

—No es gracioso, es patético... En esos momentos siempre hacemos cosas patéticas. —dijo conmovido con lágrimas en los ojos—. Uno supone que la vida es como una película, pero no es así. Las cosas no se modifican tan fácilmente.

—Bueno, no me hagas perder más tiempo. Vos tenés la llave, abrime que quiero ver a mi familia. —le dije como suplicando.

—Yo no tengo la llave.

—Osvaldo, por favor...

—Mi última casa fue en Quilmes, donde vos te cogiste a Gladis. —dijo sin tapujos.

—Te pido por favor no empecés con eso de nuevo, ahora no. —le respondí inquieto.

—No lo digo como un reclamo, ya no tengo ganas de reclamar nada. —deslizó y se quedó en silencio—. Después de eso las cosas empezaron a ir mal, ella se fue y a mí se me quemó la cabeza, entonces me fui a la mierda...

—No me importa eso, quiero entrar a mi casa ¡me entendés! —le grité casi al borde de la desesperación.

—Como no te voy a entender... Un martes de agosto no vi el 278 que venía de frente y no me pude despedir de nadie.

—Dejate de joder y abrime, no me hagas pasar por este momento de mierda. —le ordené y seguí sin poder detenerme—. Si te hice algo que te hizo mal, quiero disculparme para siempre...

—No tengo la llave de tu casa. —me interrumpió sin escucharme y agregó—. Nunca viví en tu casa, siempre estuve en tu cabeza y no te van a abrir, ni te van a escuchar porque la bala fue real hermano... Un idiota de la Federal tiró al bulto y te dio a vos. Te juro que quise ayudarte, pero no pude.

Empecé a golpear la puerta con desesperación, pero nada.

Cuando me di vuelta Osvaldo ya no estaba.

Sentí que me faltaba un poco el aire, cerré los ojos y cuando los volví a abrir pude ver desde el piso los zapatos azules de Mariana que salían del bar.

—Apurate. —dijo un tipo.

—Me apuro, pero perdió mucha sangre. —respondió el otro.

Sangre.

Negras.

Nubes.

Suben.

No se veía un carajo.

El médico le dijo al de la ambulancia:— Se nos va, Omar.

Omar.

Amor.

- Fin -

índice

- uno: **El vuelo de la mosca** / 7
- dos: **La hija** / 16
- tres: **Ragaci** / 20
- cuatro: **Lorca** / 35
- cinco: **La entrevista** / 41
- seis: **La fiesta** / 46
- siete: **El discurso** / 55
- ochos: **El tren** / 60
- nueve: **El marido de mi prima** / 69
- diez: **Osvaldo** / 80
- once: **San Vicente** / 96
- doce: **Acelerado** / 103
- trece: **No Show** / 111
- catorce: **Recovecos** / 124

Esta edición se terminó de imprimir en los talleres gráficos de Ola Ediciones, Garibaldi 1291, Lomas de Zamora, Buenos Aires, Argentina, con una tirada de 200 ejemplares durante el mes de septiembre del 2019.



Cuando tomamos una palabra y reordenamos las letras que la componen, formando una nueva palabra, estamos construyendo un anagrama.

"Todo comenzó por casualidad cuando sentí que necesitaba analizar los fracasos de mi vida. En ese momento lo conocí. Era un tipo triste, les aseguro que daba pena, pero él lo sabía y esa era su ventaja... Poco a poco se fue metiendo en mi vida, poco a poco fue quedándose con todo... Ocupando cada espacio que yo dejaba vacío.

Pude sentir que entre el principio y el final de algo no había diferencias, como si cada historia fuese tan sólo un reacomodamiento de algunas situaciones. Entonces entendí que cambiando las cosas de lugar podía ver otra cara, otra verdad, en definitiva otra historia, que era tan real como la primera. Como si fuésemos anagramas de nosotros mismos."

Fernando Roberto Castelao

Nació en Lomas de Zamora en 1966. Se recibió de Técnico Químico, Diseñador Industrial y Realizador Cinematográfico.

En la actualidad está casado, es padre de tres hijos y se dedica a la docencia.

Publicó "Crac" (2005), "Ola" (2009), "Profano" (2011), "Malcamino" (2016) y "Las Piernas de la Sirena" (2018).

Acá está "**ANAGRAMA**"

(Una novela intervenida, escrita ayer nomás.)

ISBN 978-987-29287-4-2



9 789872 928742